



Editorial Universidad de Antioquia

Voltaire

Cándido o el optimismo

Traducción y prólogo

Pablo Montoya



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
1803

FACULTAD DE COMUNICACIONES



Biblioteca Clásica
para Jóvenes Lectores

Cándido o el optimismo

Voltaire



Voltaire

Cándido o el optimismo

Voltaire

Traducción y prólogo
Pablo Montoya

Editorial Universidad de Antioquia



Biblioteca Clásica para Jóvenes Lectores

Editorial Universidad de Antioquia
Biblioteca Clásica para Jóvenes Lectores
Editora: Doris Elena Aguirre Grisales
© De esta edición, de la traducción y el prólogo, Editorial
Universidad de Antioquia®
ISBN: 978-958-714-378-2

Traducción y prólogo: Pablo Montoya
Candide, ou l'Optimisme, François-Marie Arouet (Voltaire)
Primera edición en la Editorial Universidad
de Antioquia: junio de 2010
Primera reimpresión: marzo de 2020
Diseño y diagramación: Luisa Fernanda Bernal Bernal,
Imprenta Universidad de Antioquia
Corrección: Stella Caicedo Villa, Imprenta Universidad
de Antioquia

Impreso y hecho en Colombia / Printed and made in Colombia
Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio
o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la
Editorial Universidad de Antioquia

Las imágenes incluidas en esta obra se reproducen con fines
educativos y académicos, de conformidad con lo dispuesto en
los artículos 31-43 del Capítulo III de la Ley 23 de 1982 sobre
derechos de autor

Editorial Universidad de Antioquia
Teléfonos: (574) 219 50 10. Telefax: (574) 219 50 12
Correo electrónico: editorial@quimbaya.udea.edu.co
Sitio web: <http://editorial.udea.edu.co>
Apartado 1226. Medellín. Colombia

Imprenta Universidad de Antioquia
Teléfono: (574) 219 53 30. Telefax: (574) 219 53 32
Correo electrónico: imprenta@quimbaya.udea.edu.co

CONTENIDO

VOLTAIRE, xi

NOTA DEL TRADUCTOR, xiii

PRÓLOGO, xv

I

Cómo Cándido se educó en un hermoso castillo y cómo fue su expulsión, 3

II

Lo que sucedió a Cándido entre los Búlgaros, 7

III

Cómo Cándido se salvó de los Búlgaros y lo que le sucedió, 11

IV

Cómo Cándido dio con su viejo maestro de filosofía, el doctor Pangloss, y lo que sucedió, 15

V

Tempestad, naufragio, terremoto, y lo que sucedió al doctor Pangloss, a Cándido y al anabaptista Jacques, 21

VI

Cómo se hizo un magnífico auto de fe para impedir los terremotos y cómo Cándido fue azotado, 28

VII

Cómo una vieja cuidó a Cándido y cómo este encontró a quien amaba, 33

VIII

Historia de Cunegunda, 36

IX

Lo que sucedió a Cunegunda, a Cándido, al gran inquisidor y al Judío, 41

X

El agobio de Cándido, de Cunegunda y de la vieja al llegar a Cádiz y cómo se embarcaron, 44

XI

Historia de la vieja, 48

XII

Continuación de los infortunios de la vieja, 54

XIII

Cómo Cándido fue obligado a separarse de la bella Cunegunda y de la vieja, 60

XIV

Cómo recibieron a Cándido y Cacambo los jesuitas de Paraguay, 64

XV

Cómo Cándido mató al hermano de su querida Cunegunda, 70

XVI

Lo que sucedió a los dos viajeros con dos muchachas, dos micos y los salvajes llamados Orejones, 74

XVII

Llegada de Cándido y su criado al país de Eldorado y lo que vieron allí, 81

XVIII

Lo que vieron en el país de Eldorado, 87

XIX

Lo que les sucedió en Surinam, y cómo Cándido conoció a Martín, 97

XX

Lo que sucedió a Cándido y a Martín en el mar, 106

XXI

Cándido y Martín se aproximan a las costas de Francia y razonan, 110

XXII

Lo que les sucedió a Cándido y a Martín en Francia, 113

XXIII

Cándido y Martín van por las costas de Inglaterra, 129

XXIV

Paquette y fray Giroflé, 132

XXV

Visita al señor Pococuranté, noble veneciano, 140

XXVI

La cena que Cándido y Martín compartieron con seis extranjeros y quiénes eran estos, 150

XXVII

Viaje de Cándido a Constantinopla, 155

XXVIII

Lo que sucedió a Cándido, a Cunegunda, a Pangloss, a Martín, etc., 161

XXIX

Cómo Cándido encontró a Cunegunda y a la vieja, 166

XXX

Conclusión, 168

NOTAS, 176

FUENTES DE LAS IMÁGENES, 183

VOLTAIRE

- 1694 (21 de noviembre). Nace en París-Francia Voltaire (seudónimo de François-Marie Arouet), el quinto hijo del notario François Arouet y de Marie Marguerite d'Aumary.
- 1704-1711. Estudia en el colegio jesuita Louis-le-Grand donde recibe educación literaria y conocimientos del latín y del griego.
1706. Escribe la tragedia *Amulius y Numitor*; de la que se publicaron posteriormente algunos fragmentos.
- 1711-1713. Estudia Derecho y en 1713 se desempeña como secretario de la embajada francesa en La Haya.
1715. Es recluido en La Bastilla por escribir y divulgar una sátira contra el duque de Orléans.
1718. Publica su tragedia en verso *Edipo*, con la que logra notorio reconocimiento.

1723. Obtiene éxito con su epopeya *La Henriade*, dedicada al rey Enrique IV; es recluido nuevamente en La Bastilla por una disputa con un noble, y posteriormente es desterrado a Gran Bretaña donde permanece entre 1726 y 1728.
1731. Escribe la *Historia de Carlos XII*, obra precursora de las *Cartas filosóficas* que publicará en 1734.
- 1734-1741. Publica la tragedia *Zaire, Adélaïde du Guesclin, La muerte de César, Alzira o los americanos, El hijo pródigo, Mahoma o el fanatismo*.
1742. Es nombrado historiador de Francia y Caballero de la Cámara Real de Alemania.
1746. Es elegido miembro de la Academia Francesa.
- 1748-1751. Escribe “Micromegas”, “Zadig” y *El siglo de Luis XIV*.
- 1751-1765. Como buena muestra del pensamiento de la Ilustración, se publica la *Enciclopedia* en la que Voltaire participa con Jean d’Alembert, Montesquieu, Denis Diderot y Jean Jacques Rousseau.
1759. Publica *Cándido o el optimismo*, obra por la que recibe fuertes críticas por las elaboradas sátiras que emplea a fondo contra el sistema militar y político y contra la teoría filosófica de Gottfried Leibniz.
- 1760-1764. Publica *Tancredo, Tratado sobre la tolerancia* y *Diccionario filosófico*.
- 1778 (30 de mayo). Muere en París a la edad de 84 años; su tumba se encuentra en el Panteón de esta ciudad.

NOTA DEL TRADUCTOR

Para esta traducción me he basado en la segunda edición de *Cándido o el optimismo* de 1761, revisada por su autor. Con respecto a la primera, de 1759, esta edición posee varias correcciones y adiciones. La principal de ellas es la reconstrucción del capítulo xxii, en el que Cándido pasa por París, y del cual Voltaire y sus primeros lectores tuvieron muchas reservas. La ortografía y la puntuación del texto en francés, publicado por La Pléiade en su volumen de *Romans et contes*, están modernizadas. A esta modernización he propuesto una más, sobre todo en lo que tiene que ver con la puntuación. Me inclino al uso frecuente del punto seguido y no al punto y coma que, en la versión francesa modernizada de *Cándido*, es bastante frecuente. Se ha dicho que las nuevas

generaciones de lectores asimilan a su modo los clásicos de la literatura y esta traducción se apoya en esta premisa. Sin embargo, he respetado los diferentes y, a veces, repentinos cambios verbales que Voltaire utiliza en este relato, la división de los párrafos y el uso de las mayúsculas en algunas palabras. Existen numerosas traducciones de *Cándido* al español. Hemos leído casi siempre las españolas, las mexicanas y las argentinas. Es raro que en Colombia se haya traducido a Voltaire. El privilegio de esta es que ha sido realizada exclusivamente para la Biblioteca Clásica para Jóvenes Lectores de la Universidad de Antioquia. A este claustro y a sus estudiantes dedico mi esfuerzo.

PRÓLOGO

Como François Villon y François Rabelais, como Michel de Montaigne y Víctor Hugo, como Gustave Flaubert y Charles Baudelaire, Voltaire es una forma memorable de decir Francia. El Voltaire de las tragedias y las epopeyas, el de las novelas y los cuentos, soporta la grandeza de una lengua y la elevada construcción de un estilo literario. El otro, el inseparable del escritor, el que padeció las cárceles y las palizas, el que vivió las persecuciones y los exilios, el que combatió a los intransigentes religiosos y a los pedantes sabios de su época, es crucial para entender cómo se ha avanzado en la necesaria defensa del individuo. A partir de Voltaire, con sus *Cartas filosóficas*, con su *Tratado sobre la tolerancia*, con sus cuentos en los que sobresale

Cándido o el optimismo, es posible ver cómo la sociedad occidental ha crecido en su tortuoso camino hacia la adquisición de una dignidad cívica. Gracias a Voltaire no solo se consolida una tradición literaria, sino que se perfila el hombre laico y moderno: esa criatura que aún sigue enfrentando la estulticia del rebaño humano y las cotidianas inclinaciones hacia la barbarie de sus pastores.

Sin embargo, no toda su obra ha logrado vencer las contingencias del tiempo. Una buena parte de ella, que él mismo y sus contemporáneos valoraron con ostentación, hoy resulta marchita en su ampulosidad y produce en los lectores algo semejante al aburrimiento ocasionado por los textos que, en una de las escenas de *Cándido*, se fustigan con insolencia maravillosa. Se podría decir, corriendo el riesgo que supone toda generalización, que *Cándido o el optimismo* ha logrado opacar mucho de lo que Voltaire escribió. Acaso todo ello se deba a la impecable factura de esta obra, al fuerte impacto que produce siempre en los lectores su mofa del optimismo, a esa gracia vertiginosa con que el autor aborda los males que acompañan a sus personajes en el abrupto deambular por diversos rincones del mundo.

Se sabe que Voltaire ejerció su oficio de escritor en medio de la nobleza europea. Conoció a fondo

la francesa, la inglesa y la prusiana, y de las otras supo lo suficiente para alimentar la esencia de sus libros. Siendo el hijo de un notario, Voltaire se encargó con una sagacidad, que a veces lindó con la artimaña y el engaño, de escalar rápido en la adquisición de sus títulos nobiliarios. Muy de acuerdo con su siglo, tramposo e impúdico, Voltaire se forjó una fortuna que, si se siguen con minucia los procesos jurídicos que la ornaron (falsificación de documentos, acciones en el comercio de la esclavitud, etc.), resulta algo brumosa. Con todo, es esta nobleza, a la que él terminó perteneciendo con excelentes cartas de presentación, la que es atacada eficazmente en *Cándido*. Su tejido de insensateces religiosas y filosóficas, su segregacionismo jactancioso, su explotación ilimitada de los miserables de la tierra, sus afectos y amoríos hipócritas, sus diversiones que la envolvían en un tedio insondable, sus torpes relaciones políticas que terminaron por convertir el mundo de entonces en un polvorín infernal, todo esto está reflejado con lúcida sorna en varios capítulos de *Cándido*. Las noblezas por donde transita el ingenuo joven de Westfalia y sus amigos de vicisitudes son las que produjeron masacres, sevicias y resentimientos sin fin en la Guerra de los Siete Años. Esa misma nobleza era la que, entre tanto, se formulaba preguntas metafísicas so-

bre el mal físico y el mal moral; la que, a través de sus pensadores, creía que el suyo era el mejor de los mundos posibles; la que buscaba una ecuación matemática para explicarse las leyes de la creación divina; la que iba a las comedias y a los espectáculos de danza, y discutía sobre cuál debía ser la lengua indicada para que la música plasmara los verdaderos sentimientos humanos.

Pero no solo es la nobleza el blanco de los ataques de *Cándido*. La crítica que se formula en estas páginas abarca diferentes estamentos de las insanas sociedades que los hombres han logrado edificar a lo largo de los siglos. En la obra se revelan la ambición y la intolerancia de la Iglesia y sus órdenes religiosas, la corrupción de los estamentos policivos, los ámbitos represivos y brutales de los militares, la rapacidad de los abogados y los editores literarios, la usura característica de los judíos, las estúpidas pero mortíferas guerras santas de los musulmanes, el trajinar por los océanos de una piratería sangrienta hasta el sarcasmo, el arribismo, la angurria y la ignorancia de los más menesterosos. Y todos estos ataques jamás desconocen que, en el fondo, lo que dinamiza esa unánime ansia de abusar del otro es el dinero. Tal es, quizás, una de las conclusiones fundamentales que Voltaire propone en esta obra.

Pero, por supuesto, hay otra conclusión que ha atraído con más fuerza la atención de los críticos: el desmoronamiento de un cierto optimismo que la nobleza europea enarbolaba a través de sus tratados filosóficos. Leibniz es el nombre que más aparece a la hora de querer encontrar fuentes librescas precisas para la mejor comprensión de *Cándido*. Pero no solo están Leibniz y sus seguidores. El mismo Voltaire cultivó tal optimismo durante una buena parte de su vida. Lo explicó en sus tratados, lo engalanó en sus versos, lo plasmó en su multitudinaria correspondencia, lo justificó en sus paliques con los sabios de esos tiempos. Su amante más importante, Madame de Châtelet, practicó tal optimismo que, palabras más palabras menos, decía que no había otro mundo mejor que este y que, pese a sus múltiples males y al encadenamiento interminable de sus vicios, era en el que existían los goces, las felicidades supremas, el buscado bien. Fue este optimismo, sin duda, el que le permitió a Voltaire enfrentar las dificultades presentes en su vida de escritor e intelectual, y muchos de los desalientos provocados por la maltrecha condición humana. Pero cuando Voltaire se entera de que Madame de Châtelet lo engaña y muere en un parto de un hijo ajeno en 1749, cuando se precipitan

las persecuciones en Prusia contra su obra y su nombre bajo las órdenes de Federico II en 1752, cuando se le detiene y humilla en Francfort en 1753, cuando se produce el terremoto en Lisboa y estalla la guerra entre Francia e Inglaterra por los territorios de América del Norte en 1755, cuando inicia la Guerra de los Siete Años en 1756, algo en él flaquea y la barca del optimismo empieza a hacer aguas por todas partes. En realidad, es contra su propio optimismo que Voltaire escribe *Cándido*.

En 1759, en la tregua que el invierno imponía a las matanzas de la guerra, se publica este relato. Su impacto en el mundo literario es impresionante. Se venden de inmediato veinte mil ejemplares, cifra enorme para la época. Luego siguen las numerosas traducciones al inglés, al alemán, al español, al italiano. El libro suscita de entrada la admiración y el repudio. Se lee a escondidas porque es prohibido. Los intrínquilis de la guerra parecen olvidarse y las gentes solo hablan de las aventuras de este grupo de desgraciados que recorren el planeta de un lado a otro, sorteando los males provocados por el hombre y la naturaleza, en busca de una escurridiza felicidad. De todas las obras de Voltaire, *Cándido o el optimismo* es la más leída y la más estudiada. Se saben ya las fuentes utilizadas por el escritor para

construir sus personajes y la fábula que sostiene el libro. No es este el sitio para profundizar en ellas, pero acaso sea necesario mencionar algunas. Su fondo histórico es la misma época de Voltaire: la guerra entre prusianos y austriacos representada aquí a través de los Búlgaros y los Ávaros respectivamente. Por otra parte, está la guerra entre ingleses y franceses por las tierras de Canadá y la de portugueses y españoles por Paraguay. El rey de los Búlgaros, se ha dicho, es una alusión irónica a Federico, monarca prusiano que admiró Voltaire para luego despreciarlo por sus falsas pretensiones pacifistas. El terremoto de Lisboa y el auto de fe que habría de celebrarse ese mismo día nutren otro de los capítulos importantes de *Cándido*. Se conoce, de la misma manera, dónde se documentó Voltaire para escribir los pasajes correspondientes a América. Con respecto a las misiones de los jesuitas en Paraguay, Voltaire, que se había educado entre ellos, precisa las fuentes en el capítulo 154 de su *Ensayo sobre las costumbres*, escrito en 1758 y titulado: “Del Paraguay. De la dominación de los jesuitas en esta parte de América; de sus querellas con los españoles y los portugueses”. Eldorado, ese lugar donde realmente todo está bien pero adonde nadie puede ir, surge de las lecturas que Voltaire hizo de Walter Raleigh (*Relación de la Guayana*),

de Garcilaso de la Vega (*Los Comentarios reales de los Incas*), de Antonio de Herrera y Tordesillas (*Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*) y de Antonio de Solís y Rivadeneyra (*Historia de la conquista de México. Población y progresos de la América septentrional y conocida por el nombre de Nueva España*). La crítica especializada ha identificado de dónde surgieron los tres personajes clave del relato: Cándido parece ser una transposición del joven amigo de Voltaire, Claude Pierre Patu; Cunegunda posee los perfiles de Madame Bentinck, una de las últimas amadas del escritor; y Pangloss es una réplica sarcástica de Johann Heinrich Meister, uno de sus amigos pedagogos de la nobleza prusiana. Y el propio Voltaire, o al menos su visión desencantada del mundo, se encuentra diseminado en esos dos inolvidables baluartes del escepticismo y el tedio: el maniqueo Martín y el sabio veneciano Pococuranté.

Cándido tiene, como toda obra maestra, varios elementos literarios arraigados en viejas tradiciones. Su formato general es el de la novela de viajes. De hecho, este es uno de los modelos que más trabajó Voltaire en sus cuentos. “Micromegas”, “Zadig”, “El ingenuo”, “La princesa de Babilonia”, entre otros, están contruidos sobre tal prin-

cipio organizador. Este recurso le permite al escritor tomar de cada una de las regiones recreadas el aspecto más característico: tempestades y ataques piratas en el mar, guerras en Alemania, terremoto e inquisición en Portugal, masacres en Marruecos, jesuitas en Paraguay, Eldorado en Perú, descortesía, mezquindad y robo en París, asesinato de un almirante vencido en Plymouth, encuentro con siete reyes venidos a menos en Venecia. En rigor, *Cándido* es una suerte de deliciosa caricatura de lo que se conoce como novela helenística. Este tipo de novela europea, muy de moda en el siglo XVIII, pone a funcionar su maquinaria a través del encuentro de un par de amantes, de su separación, de sus consecutivas desgracias y de su reencuentro final. Y digo caricatura, porque lo que hace Voltaire es seguir el ejemplo que su contemporáneo Jean Joseph Vadé proponía para este tipo de novelas. Vadé escribía hacia 1758, en sus *Cuentos y versos en prosa*: “Es necesario que el héroe sea quemado, ahogado, ahorcado, y que enseguida se case con su amada”. Hay en *Cándido*, por otro lado, una savia picaresca que lo emparenta con *Lazarillo de Tormes* y las clásicas obras que se desprenden de este género hasta llegar al *Quijote*: Pangloss, Cacambo, la vieja, Cunegunda, el mismo joven protagonista y la multitud de faci-

nerosos que desfilan en estas páginas, son claros descendientes de la jocosidad y la extravagancia de los pícaros españoles. Al modo de *Las mil y una noches*, *Cándido* es también un cuento formado por muchos cuentos. La técnica de los relatos encajonados otorga a la obra un ostensible parentesco con la literatura árabe que, no se olvide, era otra de las modas literarias en las cortes francesas del siglo XVIII. *Cándido*, finalmente, se podría leer como una novela corta de aprendizaje, aunque algunos lectores concluyan que al final del libro el personaje principal, al encontrar la clave de la existencia, es decir, la posibilidad de cultivar su propio jardín, se encuentre en el mismo punto de partida de la historia. Acaso esta obra de Voltaire no sea más que una paródica manera de reflejar la imposibilidad de hallar la felicidad en la tierra. Con todo, es posible afirmar que, desde su interrogación irónica del mundo, *Cándido* propone a los lectores algunas conclusiones útiles para vivir. Una de ellas podría ser, y me apoyo aquí en las mismas palabras de Voltaire: “La felicidad es posible, pero hay que pagarla a un precio elevado”. Otra podría estar encerrada en la conclusión dada por Cándido y sus amigos: hay que trabajar porque no hay otro modo más eficaz para vencer los grandes males: el tedio, el vicio

y la necesidad. Una más sería que el aprendizaje de Cándido ha llegado a tal punto que al menos ya puede interrumpir a su maestro Pangloss para decirle lo que él piensa por sí mismo. Pero es necesario precisar que *Cándido* no es más que una ficción que intenta develar una realidad y, como tal, permite las perspectivas de interpretación propias de cada lector.

Entre esta alternación de relatos y discusiones que es *Cándido o el optimismo*, la acción avanza con una rapidez asombrosa. Voltaire no especula demasiado, no se pierde en descripciones inútiles, pero tampoco peca de esquematismos literarios. Sus personajes son dibujados con brevedad contundente y los entornos se ajustan hábilmente a este trazo. Aunque la obra acude a la alegoría, de aquella se ha dicho que no es más que una semblanza divertida de lo que significa ser expulsado del Paraíso, no se asfixia en sus límites. Es evidente que Cándido es el personaje central, pero todos los secundarios dejan en el lector una huella imborrable. En realidad, Cándido sobresale justamente porque en sus páginas reina un equilibrio magistral de espacios, personajes y reflexiones. Ninguno de los veinte lugares recreados ahoga al otro, y las cinco grandes discusiones que sostienen la filosofía del libro actúan como pausas

oxigenantes. De este libro, del cual Voltaire gustaba decir que era tan sólo una “coïonnerie”, se desprende, por último, una tradición literaria y artística crucial. De sus apartes sobre la guerra surgen, siglos después, *Viaje al fondo de la noche* de Louis Ferdinand Céline, *Las aventuras del buen soldado Schweik* de Jaroslav Hasek, *El tambor de hojalata* de Gunter Grass y *Vida y época de Michael K* de J. M. Coetzee. Todos los protagonistas centrales de estas novelas son hombres simples e ingenuos situados en medio del fragor del odio y los enredos del crimen oficializado que definen toda guerra. Del cinismo sobre el comportamiento humano, presente a todo lo largo de *Cándido*, se desprende una gama de escritores que, en Francia, van desde Léon Bloy hasta Michel Houellebecq. Sin el Voltaire que se lanza a la defensa de la dignidad humana en medio de lo que es manipulación e intolerancia, es imposible comprender esa otra tradición literaria que asume al escritor como un elemento indispensable para la denuncia de los excesos de los poderosos. Con Voltaire se inaugura lo que podría denominarse la figura del intelectual comprometido con los humillados y los ofendidos. Sin Voltaire y su defensa al ciudadano Calas, es imposible comprender a Víctor Hugo y su ataque a la condena de muerte, a Émile Zola

y el caso Dreyfus, a André Gide y sus denuncias del imperialismo capitalista y comunista, a Albert Camus y a Jean Paul Sartre y sus alegatos contra el colonialismo. Voltaire es, pues, uno de esos hombres necesarios para todas las épocas. En la de hoy es indispensable para no sucumbir ante sus estragos y sus humanas ignominias.

Alfortville, Francia, octubre de 2009.

Pablo Montoya. Escritor y profesor de literatura de la Universidad de Antioquia. Ha publicado los libros de cuentos *Cuentos de Niquía*, *La sinfónica y otros cuentos musicales*, *Habitantes*, *Razia* y *Réquiem por un fantasma*; los libros de prosas poéticas *Viajeros*, *Cuaderno de París*, *Trazos* y *Sólo una luz de agua: Francisco de Asís* y *Giotto*; los libros de ensayos *Música de pájaros* y *Novela histórica en Colombia*; y las novelas *La sed del ojo* y *Lejos de Roma*.

CÁNDIDO O EL OPTIMISMO

Traducido del alemán por el Señor Doctor Ralph¹

Con las adiciones que se le encontraron
en el bolsillo cuando murió en Minden,
el año de gracia de 1759

CAPÍTULO I

CÓMO CÁNDIDO SE EDUCÓ EN UN HERMOSO CASTILLO Y CÓMO FUE SU EXPULSIÓN

Había en Westfalia, en el castillo del señor barón de Thunder-ten-tronckh,² un joven a quien la naturaleza había otorgado los hábitos más dulces. Su apariencia anunciaba su alma. Poseía un juicio recto y un espíritu simple. Creo que, por esta razón, se le llamaba Cándido. Los criados más viejos de la casa sospechaban que era hijo de la hermana del señor barón y de un honesto gentilhombre de la vecindad, con quien la señorita jamás quiso desposarse. Este, en realidad, no había podido probar más que setenta y un grados de nobleza, y el resto de su árbol genealógico se había extraviado en la injuria del tiempo.

El señor barón era uno de los señores más ricos de Westfalia. Su castillo tenía una puerta y varias ventanas. Su gran sala estaba ornada con una tapicería. Los perros de sus patios compo-

nían una jauría apropiada. Sus palafreneros eran sus capataces. El vicario del pueblo, su gran limosnero. Y todos ellos lo llamaban monseñor, y reían cuando les echaba cuentos.

La señora baronesa, que pesaba cerca de trescientas cincuenta libras, suscitaba una admiración muy grande por tal motivo, y favorecía los honores de la casa con una dignidad que la hacían aún más respetable. Su hija Cunegunda, de diecisiete años, era subida de color, fresca, grasosita y provocativa. El hijo del barón parecía en todo digno de su padre. El preceptor Pangloss³ era el oráculo de la casa, y el pequeño Cándido escuchaba sus lecciones con la buena fe propia de su edad y de su temperamento.

Pangloss enseñaba la metafísico-teólogo-cosmólogo-tontería. Probaba de manera encomiable que no hay efecto sin causa, y que, en el mejor de los mundos posibles, el castillo del señor barón era el más bello de los castillos y la señora la mejor de las baronesas posibles.

“Está demostrado —argüía— que las cosas no pueden ser de otro modo, ya que, estando todo hecho para un fin, todo conduce necesariamente al mejor de los fines. Obsérvese bien que las narices han sido hechas para llevar anteojos, y por eso portamos anteojos. Las piernas han sido cla-

ramente fabricadas para ser calzadas, y por eso llevamos zapatos. Las piedras existen para ser talladas y para construir con ellas castillos, y de este modo su señoría posee un hermoso castillo. El barón más poderoso de la provincia debe ser el mejor alojado. Y, al ser los cerdos hechos para ser comidos, nosotros comeremos cerdo a lo largo del año. Por consiguiente, quienes dicen que todo está bien dicen una sandez. Lo que habría que decir es que todo está de la mejor manera”.

Cándido escuchaba atento y creía con inocencia. Consideraba a la señorita Cunegunda bella en extremo, aunque él nunca había tenido el atrevimiento de decírselo. Concluía que luego de la suprema felicidad que era ser el barón de Thunder-tronckh; el segundo nivel consistía en ser la señorita Cunegunda; el tercero, poder verla todos los días; y el cuarto, escuchar al maestro Pangloss, el más grande de los filósofos de la provincia y, por ende, de toda la tierra.

Un día Cunegunda se paseaba cerca del castillo, en el pequeño bosque llamado *Parque*⁴. De repente, vio al doctor Pangloss entre la maleza. Este impartía una lección de física experimental a una de las sirvientas de su madre, pelinegra, hermosa y bastante dócil. Como la señorita Cunegunda poseía disposición para las ciencias,

observó, con la respiración contenida, las experiencias reiteradas de las que era testigo. Vio con claridad la razón suficiente del Doctor, los efectos y las causas, y se dio vuelta agitadísima, pensativa, invadida por las ansias de la sabiduría. Y pensaba que ella podía, sin mayor problema, ser la razón suficiente del joven Cándido, quien a su vez podía ser la suya.

De regreso al castillo, se topó con Cándido y enrojeció. El joven se sonrojó también. Se dieron los buenos días con voz entrecortada. Cándido le habló sin saber lo que decía. Al día siguiente, después de la cena, al levantarse de la mesa, Cunegunda y Cándido se encontraron de nuevo, esta vez detrás de un biombo. Cunegunda dejó caer su pañuelo y Cándido lo recogió. Ella le tomó inocentemente la mano. Él le besó inocentemente esa mano con una vivacidad, una sensibilidad y una gracia particulares. Sus bocas se juntaron, sus ojos se inflamaron, sus rodillas temblaron, sus manos se desorientaron. El señor barón de Thunder-ten-tronckh pasó cerca del biombo y, al ver tal causa y tal efecto, expulsó a Cándido del castillo con patadas en el trasero. Cunegunda se desmayó y, cuando volvió en sí, la baronesa la abofeteó. Y todo fue confusión en el más bello y amable de los castillos posibles.

CAPÍTULO II

LO QUE SUCEDIÓ A CÁNDIDO ENTRE LOS BÚLGAROS⁵

Cándido, expulsado del paraíso terrenal, caminó durante un tiempo sin saber hacia dónde. Lloraba, dirigía los ojos al cielo, a menudo los dirigía al más hermoso de los castillos que encerraba la más bella de las baronesas. Se acostó sin comer, en medio del campo, entre dos surcos. La nieve caía copiosamente. Transido de frío, al otro día Cándido se enrumbó hacia la vecina ciudad de Valdberghoff-trarbk-dikdorff. No tenía dinero y estaba muerto de hambre y de cansancio. Con tristeza se detuvo frente a la puerta de una taberna. Dos hombres vestidos de azul lo señalaron: “Camarada —dijo uno de ellos—, he ahí un joven buen mozo y que goza de la talla requerida”. Se aproximaron a Cándido y le pidieron, de la manera más civilizada, compartir la cena. “Señores —les dijo Cándido con modestia—,

ustedes me honran, pero no tengo con qué pagar mi cuenta”. “¡Ah!, señor —le dijo uno de los azules⁶—, las personas como usted, con tan grata presencia y de tan altos méritos, nunca pagan: ¿acaso no mide usted cinco pies con cinco pulgadas de altura?”. “Sí, señores, esa es precisamente mi estatura”, dijo Cándido haciendo una reverencia. “¡Ah!, señor, entonces siéntese en la mesa, que nosotros no solo pagamos la cuenta, sino que no permitiremos que le falte dinero; los hombres solo están hechos para socorrerse los unos a los otros”. “Tienen razón —dijo Cándido—. Es lo que el señor Pangloss me ha dicho siempre, y yo constato que todo está del mejor modo posible”. Los dos hombres le ruegan aceptar algunos escudos⁷, él los recibe y extiende un recibo. Ellos lo rechazan y se sientan a la mesa: “¿No es verdad que usted ama tiernamente...?”. “¡Oh!, sí —responde—, amo con ternura a la señorita Cunegunda”. “No —dice uno de los azules—, lo que le preguntamos es si usted ama tiernamente al rey de los Búlgaros”. “En absoluto —contesta Cándido—, nunca lo he visto”. “¡Cómo!, pero si es el más encantador de los reyes, y hay que beber en su honor”. “¡Oh!, con tantísimo gusto, señores”. Y beben. “Pero basta ya con esta historia —le dicen de pronto—, usted es el apoyo

y el sostén, el defensor, el héroe que necesitan los Búlgaros, su fortuna ya está hecha y su gloria asegurada”. Y enseguida lo sacan del lugar, le encadenan los pies, lo conducen al regimiento. Lo hacen voltear a la derecha y a la izquierda, sacar la baqueta, volver a meter la baqueta, apuntar, tirar, doblar el paso, y le dan treinta baquetazos. Al día siguiente, Cándido hace los ejercicios un poco menos mal y le dan veinte. Al otro día, solo le dan diez y es considerado por sus camaradas como un verdadero prodigio.

Cándido, estupefacto, no lograba comprender cómo se había convertido en héroe. Un bello día de primavera se le ocurrió dar un paseo. Caminó recto y engreído, creyendo que era todo un privilegio de la especie humana, así como de la especie animal, servirse de sus piernas placenteramente. No había recorrido dos leguas cuando, de súbito, otros cuatro héroes de seis pies de altura lo alcanzan, le amarran las manos y lo llevan a un calabozo. Le preguntaron jurídicamente si prefería ser fustigado treinta y seis veces por todo el regimiento, o recibir de un solo envión doce balas de plomo en los sesos. Cándido hubiera querido decir que las voluntades son libres y que no prefería ni lo uno ni lo otro. Pero como había que escoger, se decidió, en virtud de ese

don de Dios llamado *libertad*, pasar treinta y seis veces por las baquetas. Solo aguantó dos tandas. El regimiento estaba compuesto por dos mil hombres. Esto le significó a Cándido cuatro mil baquetazos que, desde la nuca hasta el culo, le pusieron los músculos y los nervios a flor de piel. Como iba a procederse a una tercera vuelta, Cándido, en el límite de sus fuerzas, pidió como gracia que se tuviera la bondad de volarle la tapa de los sesos. Obtuvo este favor. Se le vendan entonces los ojos y le ordenan arrodillarse. El rey de los Búlgaros⁸ pasa en ese preciso momento y se informa del crimen del condenado. Este rey era sabio y comprendió, por todo lo que escuchó de Cándido, que se trataba de un joven metafísico ignaro de las cosas del mundo. Por tal razón le concedió el perdón con una clemencia que sería motivo de elogio en todas las gacetas del mundo y en todos los siglos por venir. Un valiente cirujano curó a Cándido en tres semanas con los lenitivos enseñados por Dioscórides. Ya tenía un poco de piel y podía caminar, cuando el rey de los Búlgaros declaró la guerra al rey de los Ávaros.

CAPÍTULO III

CÓMO CÁNDIDO SE SALVÓ DE LOS BÚLGAROS Y LO QUE LE SUCEDIÓ

Nada era tan bello, tan habilidoso, tan fulgurante, tan bien organizado como los dos ejércitos. Las trompetas, los pífanos, los oboes, los tambores, los cañones formaban una tal armonía como nunca se había escuchado en el infierno. Los cañones aniquilaron de entrada más o menos a seis mil hombres en cada bando. Enseguida, la mosquetería despachó del mejor de los mundos posibles entre nueve y diez mil tunantes que apestaban el terreno. La bayoneta fue también la razón suficiente de la muerte de otros miles de hombres. El total podía subir sin tropiezos a unas treinta mil almas. Cándido, que temblaba como un filósofo, se escondió durante esta carnicería heroica.

Finalmente, mientras los dos reyes hacían cantar sus *Tè Deum* en cada uno de los campos, decidió razonar sobre los efectos y las causas en otro

lado. Pasó por encima de montones de muertos y de agonizantes, y alcanzó un pueblo vecino. Era un pueblo Ávaro que los Búlgaros redujeron a cenizas, según las leyes del derecho público. Aquí, viejos aplastados por los golpes veían morir a sus mujeres degolladas, de cuyas mamas ensangrentadas se pegaban sus hijos. Allá, muchachas con los vientres abiertos, después de haber calmado las necesidades naturales de algunos héroes, lanzaban sus últimos suspiros. Otros más, llenos de quemaduras, pedían a gritos que se les acabara de matar. Los sesos se expandían por la tierra al lado de brazos y piernas mutiladas.

Cándido huyó rápidamente hacia otro pueblo. Este pertenecía a los Búlgaros, y los héroes Ávaros lo habían tratado de igual guisa. Caminando siempre por entre miembros palpitantes, o a través de ruinas, Cándido salió por fin del teatro de la guerra, con algunas provisiones que llevaba en su zurrón y sin olvidar a la señorita Cunegunda. Le faltaron las provisiones cuando llegó a Holanda. Pero como había escuchado decir que en ese país todo el mundo era cristiano y tenía dinero, no dudó que lo tratarían tan bien como en el castillo del señor barón, antes de que lo expulsaran a causa de los bellos ojos de la señorita Cunegunda.

Pidió limosna a varios personajes graves. Estos le respondieron que si continuaba ejerciendo semejante oficio, lo encerrarían en una correccional para que allí le enseñaran mejores formas de vivir.

Luego se dirigió a un hombre que acababa de hablar solo, durante una hora y en una gran asamblea, sobre la caridad. El orador, mirándolo por encima del hombro, le dijo: “¿Usted qué viene a hacer aquí?, ¿está entre nosotros por una buena causa?”. “No hay efecto sin causa —respondió Cándido con modestia—, todo se encadena y está arreglado de la mejor manera posible. Fue necesario que me expulsaran de la compañía de la señorita Cunegunda, que pasara por las baquetas, y es necesario que ahora pida pan hasta que pueda ganarlo por mis propios medios. Y todo esto no podía ser de otro modo”. “Amigo mío —le dijo el orador—, ¿cree usted que el papa sea el anticristo?”. “Aún no he escuchado decir tales cosas, respondió Cándido. Pero que lo sea o no, a mí me hace falta pan para comer”. “No te das cuenta de que no mereces tenerlo —dijo el otro—. Lárgate, granuja, vete, miserable, y no te vuelvas a aproximar a mí”. La mujer del orador sacó la cabeza por la ventana, y al darse cuenta de que había un hombre que dudaba si el papa era el

anticristo, le lanzó a la cabeza un vaso lleno de... ¡Oh, cielos! ¡Qué excesivo es el celo de la religión entre las damas!

Un hombre que no había sido bautizado, un buen anabaptista de nombre Jacques, vio la manera cruel e ignominiosa con que se trataba a uno de sus hermanos, un ser con dos pies y sin plumas y que además poseía alma. Lo llevó a su casa, lo limpió, le ofreció pan y cerveza, le obsequió dos florines, y hasta quiso enseñarle a trabajar en una de sus manufacturas de telas persas que se fabrican en Holanda. Cándido, prostrado ante él, le decía: “El maestro Pangloss me explicó muy bien que todo en este mundo está de la mejor manera posible; pues yo me siento infinitamente más conmovido por su extrema generosidad que por la dureza de ese señor de capa negra y de su señora esposa”.

Al día siguiente, mientras daba un paseo por las calles, Cándido encontró a un pordiosero cubierto de pústulas, los ojos moribundos, la punta de la nariz roída, la boca desencajada, los dientes podridos, la voz cavernosa, atormentado por una tos violenta y que arrojaba un diente a cada esfuerzo realizado.

CAPÍTULO IV

CÓMO CÁNDIDO DIO CON SU VIEJO MAESTRO DE FILOSOFÍA, EL DOCTOR PANGLOSS, Y LO QUE SUCEDIÓ

Cándido, estremecido más por la compasión que por el horror, regaló al mendigo los dos florines que había recibido de Jacques el anabaptista. El fantasma lo miró fijamente, lloró y se le vino encima. Cándido, asustado, retrocedió. “¡Ay! —dijo el miserable al otro miserable—, ¿no reconoce a su querido Pangloss?”. “¿Qué oigo? ¡Es usted, querido Maestro! ¡Y en semejante estado! ¿Qué desgracia le ha sucedido? ¿Ya no vive en el más hermoso de los castillos? ¿Qué sucedió con la señorita Cunegunda, la perla de las doncellas, la obra maestra de la naturaleza?”. “No puedo más”, dijo Pangloss. Enseguida Cándido lo llevó al establo del anabaptista donde le dio un poco de pan. Cuando Pangloss se hubo recuperado preguntó: “¿Y Cunegunda?”. “Está

muerta”, respondió el otro. Cándido se desmayó. Su amigo lo reanimó con un poco de vinagre que halló por azar en el establo. Cándido abrió los ojos. “¡Cunegunda muerta! ¡Ah!, ¿dónde estás mejor de los mundos? Pero, ¿de qué enfermedad murió? ¿No sería porque me vio expulsar a patadas del hermoso castillo de su padre?”. “No —dijo Pangloss—, fue despanzurrada por soldados Búlgaros después de haber sido violada tantas veces como una mujer puede serlo. Al barón le cortaron la cabeza cuando quiso defenderla. La señora baronesa, a su vez, fue despedazada. A mi pobre pupilo lo trataron precisamente como a su hermana. Y en cuanto al castillo, de él no ha quedado piedra sobre piedra, ni siquiera un granero, ni una oveja, ni un pato, ni un árbol. Pero hemos sido vengados con justicia, ya que los Ávaros hicieron lo mismo con una baronía cercana perteneciente a un señor Búlgaro”.

Al escuchar estas palabras, Cándido volvió a desmayarse. Más tarde volvió en sí, dijo todo lo que debía decir, inquirió por la causa y el efecto y por la razón suficiente que había puesto a Pangloss en un estado tan calamitoso. “¡Ay! —dijo el otro—, es el amor. El amor, ese consuelo del género humano, el gran conservador del universo, el alma de todos los seres sensibles, el tierno amor”. “¡Ay!

—dijo Cándido—, he conocido tal amor, el soberano de los corazones, el alma de nuestra alma, y para saberlo solo me han valido un beso y veinte patadas en el culo. Pero, ¿cómo esta bella causa produjo en usted un efecto tan abominable?”.

Pangloss respondió en estos términos: “¡Oh, mi querido Cándido!, usted conoció a Paquette, la hermosa doncella de nuestra augusta baronesa. Déjeme decirle que gocé en sus brazos las delicias del paraíso, y ellas ocasionaron los padecimientos infernales que me han devorado. Paquette estaba infectada de ese mal que sabemos y tal vez ha muerto por su causa. Recibió el presente de un franciscano muy sabio que, si nos remontamos al origen, lo había obtenido de una vieja condesa, quien lo había recibido de un capitán de caballería, quien a su vez se lo debía a una marquesa, y esta a un paje, y este lo había adquirido de un jesuita quien, siendo novicio, lo había heredado en línea directa de uno de los compañeros de Cristóbal Colón. Pero en lo que a mí respecta, no se lo transmitiré a nadie, ya que moriré pronto.

“¡Oh, Pangloss!” —exclamó Cándido—, ¡he aquí una extraña genealogía! ¿No fue entonces el diablo la raíz de todo?”. “En absoluto —replicó el gran hombre—. Era una cosa indispensable en el mejor de los mundos posibles, un ingre-

diente necesario. Pues si Colón no hubiera atrapado en una isla de América esta enfermedad que emponzoña la fuente de la generación, que a menudo impide la generación, y que se opone al gran destino de la naturaleza, jamás hubiéramos obtenido el chocolate ni la cochinilla. Hay que tener en cuenta, por otro lado, que hoy en día, en nuestro continente, esta enfermedad nos concierne como sucede con la controversia. Los Turcos, los Hindúes, los Persas, los Chinos, los Siameses, los Japoneses no la conocen todavía. Pero existe una razón suficiente para que ellos puedan conocerla dentro de algunos siglos. Mientras esperamos, la enfermedad ha forjado un maravilloso progreso entre nosotros y, particularmente, en estos grandes ejércitos compuestos por honestos mercenarios, bien educados, que deciden el destino de los Estados. Podemos asegurar que, cuando treinta mil hombres combaten en ordenada batalla contra tropas de igual número, hay alrededor de veinte mil sifilíticos de cada lado”.

“He aquí algo admirable —dijo Cándido—. Con todo, usted debe curarse”. “¿Y cómo puedo hacerlo? —dijo Pangloss—. No tengo un céntimo, amigo mío. Y, en toda la extensión del globo, uno no puede hacerse sangrar ni tomar una lavativa sin haber pagado, o sin que alguien pague por nosotros”.

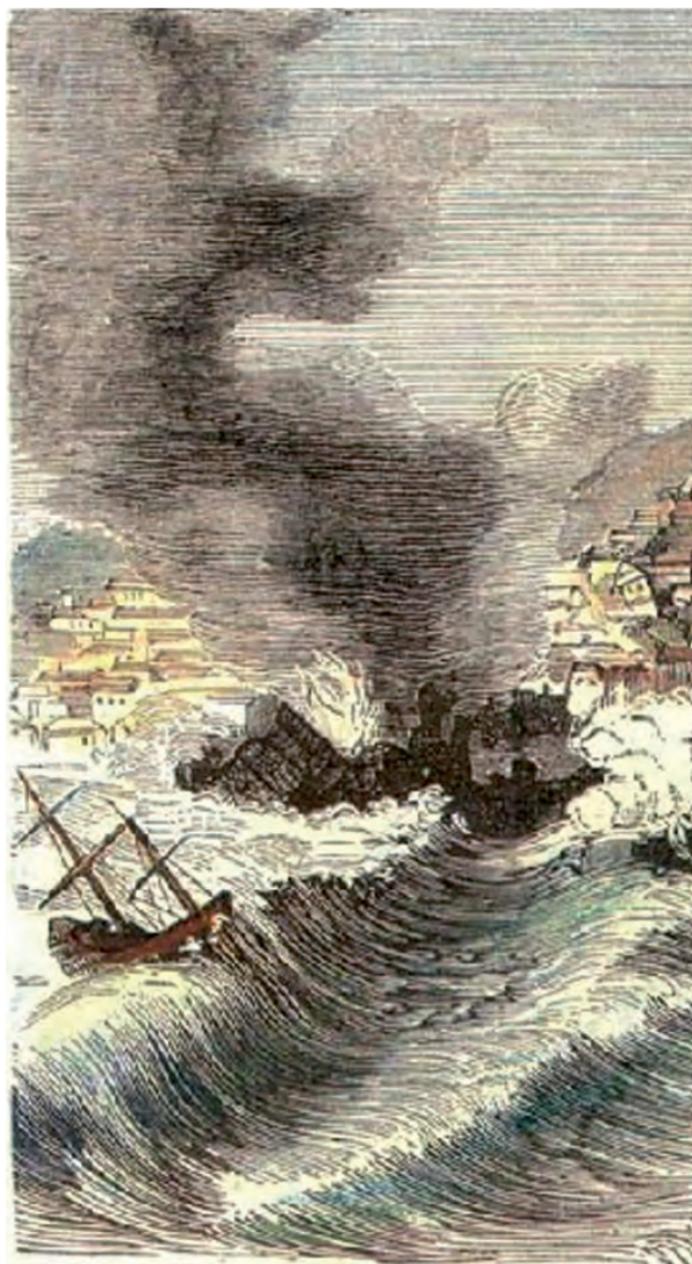
Estas últimas palabras terminaron por convencer a Cándido. Se lanzó a los pies de su caritativo anabaptista Jacques, y le trazó un cuadro tan conmovedor de su amigo que el buen hombre no vaciló en acoger al doctor Pangloss. Luego lo hizo curar a sus expensas. Pangloss, en la cura, tan solo perdió un ojo y una oreja. Pero como escribía bien y sabía perfectamente la aritmética, el anabaptista Jacques lo empleó como su tenedor de libros. Al cabo de dos meses, en vista de un viaje que debía realizar a Lisboa por sus asuntos de comercio, llevó a los dos filósofos en su navío. Pangloss explicaba cómo todo era del mejor modo posible. Pero Jacques no compartía esta opinión. “Es preciso —afirmaba— que los hombres hayan corrompido un poco a la naturaleza, pues ellos no nacieron lobos, sino que se convirtieron en lobos. Dios no les dio cañones ni bayonetas, en cambio se construyeron cañones y bayonetas para destruirse entre sí. Podría agregar a esto las bancarrotas y la justicia que se apodera de los bienes de quienes quiebran para frustrar a los acreedores”. “Pero todo esto es indispensable —replicó el doctor tuerto—, y las desgracias procuran el bien general. De tal suerte que, mientras haya más desgracias particulares, todo se vuelve mejor”. Y en tanto él razonaba, el

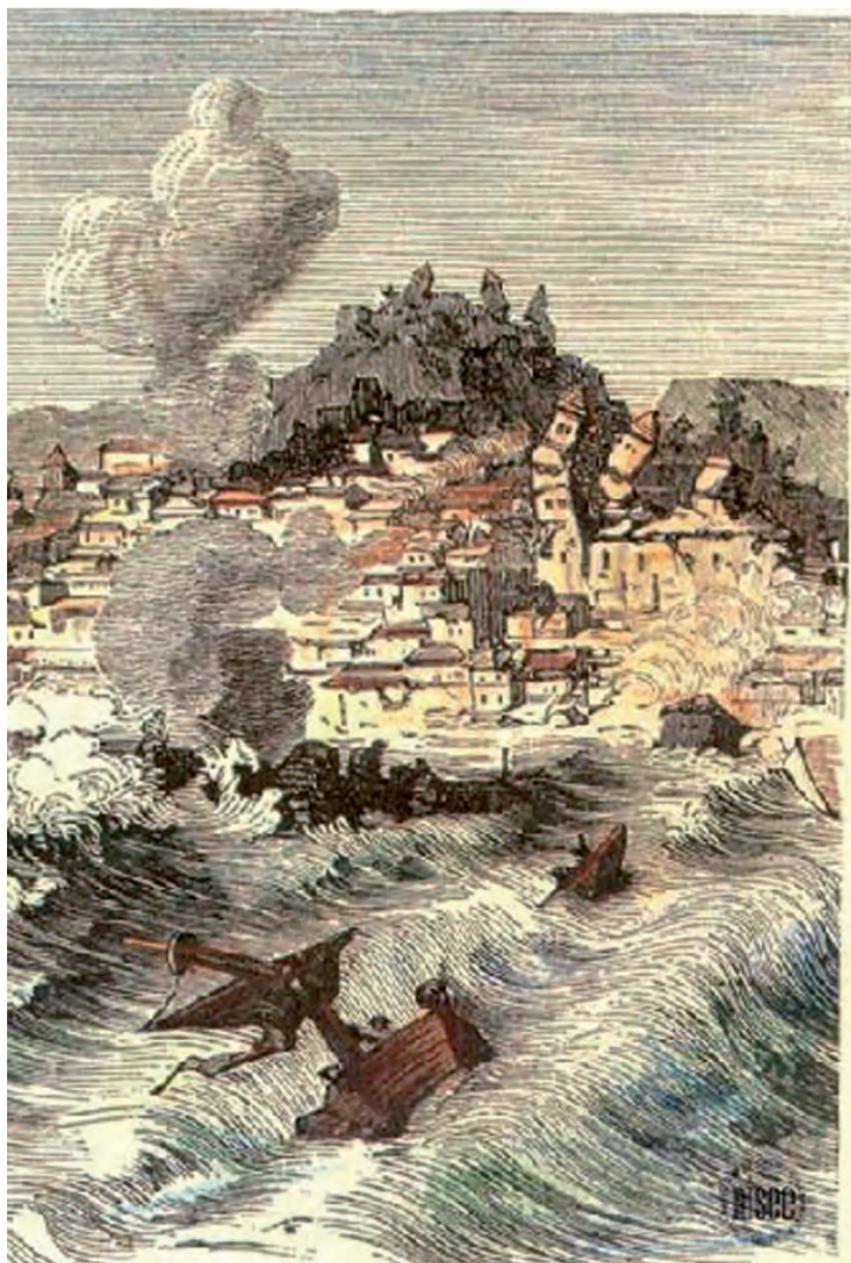
aire se oscurecía, los vientos soplaban desde los cuatro puntos cardinales, y el navío fue asaltado, a la vista del puerto de Lisboa, por la más pavorosa de las tempestades.

CAPÍTULO V

TEMPESTAD, NAUFRAGIO, TERREMOTO, Y LO QUE SUCEDIÓ AL DOCTOR PANGLOSS, A CÁNDIDO Y AL ANABAPTISTA JACQUES

La mitad de los pasajeros, debilitados y azorados por las angustias inconcebibles que el balanceo de un navío produce en los nervios y en los humores de los cuerpos que se agitan en sentidos contrarios, no tenían la fuerza para advertir el peligro. La otra mitad lanzaba gritos y súplicas. Las velas estaban deshechas, los mástiles rotos, el navío despedazado. Obraba quien podía, nadie se entendía, nadie mandaba. El anabaptista ayudaba un poco en la maniobra y se encontraba en la tilla. Un marinero furioso lo golpea rudamente y lo lanza sobre las planchas. Pero por el golpe mismo que le dio, una violenta sacudida lo tumbó y lo arrojó de cabeza fuera del navío. Quedó colgado de una parte del despedazado mástil. El buen Jacques corrió a socorrerlo, lo ayudó a subir y,





debido al esfuerzo, fue precipitado hacia el mar. El marinero lo dejó perecer sin siquiera mirarlo. Cándido se aproximó, vio a su benefactor que reapareció por un momento para luego desaparecer por siempre en las aguas embravecidas. Quiso tirarse al mar y seguirlo. Sin embargo, el filósofo Pangloss se lo impidió, probándole que la ensenada de Lisboa había sido hecha expresamente para que el anabaptista se ahogara en ella. Mientras que él probaba *a priori* tal argumento, el navío se partió completamente, y todos perecieron, salvo Pangloss, Cándido y el marinero que había dejado ahogar al virtuoso anabaptista. El bribón nadó hasta la playa. Pangloss y Cándido fueron arrastrados por una tabla hacia el mismo sitio.

Cuando recobraron las fuerzas, se dirigieron a Lisboa. Les quedaba algo de dinero y esperaban que, luego de haberse salvado de la tempestad, pudieran hacerlo del hambre.

Apenas entraron a la ciudad, y en tanto lamentaban la muerte de su benefactor, comenzó a temblar la tierra. El mar se levanta enardecido sobre el puerto y destroza los barcos anclados. Remolinos de llamas y de cenizas cubren las calles y las plazas públicas. Las casas se desploman, los techos caen sobre sus cimientos y estos se desintegran. Treinta mil habitantes de todas

las edades y de ambos sexos quedan aplastados bajo las ruinas. “¿Habrá alguna cosa que ganar aquí?”, decía el marinero mientras silbaba y juraba. “¿Cuál puede ser la razón suficiente de este fenómeno?”, decía Pangloss. “¡He aquí el último día del mundo!”, suspiraba Cándido. El marinero corre en medio del desastre, enfrenta la muerte con tal de hallar dinero, lo encuentra y se apodera de él. Luego se embriaga y, recuperado de la resaca, compra los favores de la primera prostituta que se cruza entre los escombros de las casas destruidas y en medio de los agonizantes y los muertos. Pangloss, sin embargo, le tomaba de la manga. “Amigo mío —le decía—, lo tuyo no está bien, usted agrede la razón universal, y abusa incorrectamente de su tiempo”. “¡Válgame Dios! —respondió el otro—, soy marinero y nací en Batavia. He marchado cuatro veces sobre el crucifijo en cuatro viajes al Japón. ¡Aquí tienes al mejor hombre para tu razón universal!”.

Algunas esquirlas de piedra habían herido a Cándido. Estaba tendido en la calle, en medio de los escombros. “¡Ay! —le decía a Pangloss—, procúreme un poco de vino y de aceite que me muero”. “Este terremoto no es una cosa nueva, respondió Pangloss. La ciudad de Lima tuvo las mismas sacudidas en América el

año pasado; las mismas causas y los mismos efectos. Ciertamente, hay un reguero de azufre bajo la tierra que va desde Lima hasta Lisboa”. “Nada es más probable —dijo Cándido—. Pero, por Dios, deme un poco de aceite y de vino”. “¿Cómo, probable? —replicó el filósofo—. Yo sostengo que la cosa está demostrada”. Cándido terminó por perder el conocimiento, y Pangloss le trajo un poco de agua de una fuente vecina.

Al otro día, repararon un poco sus fuerzas con algunas provisiones que encontraron entre los escombros. Más tarde se dispusieron, como los demás, a aliviar el sufrimiento de quienes habían escapado de la muerte. Algunos ciudadanos que socorrieron les dieron la mejor cena que se podía dar en semejante desastre. Es verdad que la comida era triste y los comensales mojaban el pan con sus lágrimas. Pangloss los consoló asegurándoles que las cosas no podían ser mejor de otro modo. “Todo esto —dijo— es lo mejor posible. Pues si hay un volcán en Lisboa, no podría estar en otro lado, ya que es imposible que las cosas no estén donde están. Y así todo está necesariamente bien”.

Un hombrecito ataviado de negro, próximo de la Inquisición, que estaba a su lado, tomó respetuosamente la palabra y dijo: “Parece que el Señor no cree en el pecado original; puesto que

si todo está del mejor modo posible, entonces no hay ni caída ni castigo”.

“Pido humildemente perdón a su Excelencia —respondió Pangloss con cortesía—. La caída del hombre y la maldición entran sin duda en el mejor de los mundos posibles”. “¿El Señor no cree entonces en la libertad?”, dijo el hombrecito. “Su Excelencia me excusará —dijo Pangloss—, la libertad puede subsistir con la necesidad absoluta; y era necesario que nosotros fuéramos libres; y, finalmente, la voluntad determinada...”. Pangloss pronunciaba esta frase, cuando el familiar hizo una señal con la cabeza a su lacayo, que le servía vino de Porto o de Oporto.

CAPÍTULO VI

CÓMO SE HIZO UN MAGNÍFICO AUTO DE FE PARA IMPEDIR LOS TERREMOTOS Y CÓMO CÁNDIDO FUE AZOTADO

Sucedido el terremoto que arrasó las tres cuartas partes de Lisboa, los sabios del país, no teniendo otro medio más eficaz para prevenir una ruina total, le obsequiaron al pueblo un magnífico auto de fe. La Universidad de Coimbra decidió que el espectáculo de algunas personas quemadas a fuego lento, en gran ceremonia, era un secreto infalible para impedir los temblores de tierra.

Habían capturado, por consiguiente, a un Vizcaíno convencido de haberse desposado con su comadre, y a dos Portugueses que, al comerse un pollo, le habían extraído la grasa. Después de la cena vinieron por Pangloss y por Cándido y los amarraron. El uno por haber hablado y el otro por haber escuchado con aire de aprobación. Los condujeron por separado a dos estancias de extrema frescura

donde el sol jamás incomodaba. Ocho días más tarde los vistieron con sambenitos y les ornaron las cabezas con mitras de papel. La mitra y el sambenito de Cándido estaban pintados con flamas invertidas y diablos desprovistos de garras y de colas. Los de Pangloss, al contrario, portaban garras y colas y las flamas se veían enhietas. Caminaron en procesión ataviados de este modo. Escucharon un sermón patético y después una música suntuosa de fabordones. A Cándido lo azotaron rítmicamente mientras cantaban. El Vizcaíno y los hombres que no quisieron comer tocino fueron quemados. Y a Pangloss lo colgaron, así esto no fuera lo que se acostumbraba. El mismo día la tierra tembló de nuevo con un estruendo espantoso.

Cándido, horrorizado, sobrecogido, enloquecido, ensangrentado, estremecido, se decía a sí mismo: “Si este es el mejor de los mundos posibles, ¿cómo son entonces los otros? Acepto que solo me hayan azotado, de hecho también lo fui entre los Búlgaros. Pero, ¡oh, mi querido Pangloss!, ¡el más grande de los filósofos!, ¿era necesario que viera cómo lo ahorcaban sin saber el porqué? ¡Oh, mi querido anabaptista!, ¡el mejor de los hombres!, ¿era necesario que lo viera ahogarse en el puerto? ¡Oh, señorita Cunegunda!,



Maniera di bruciare quelli che furono



condannati dalla Inquisizione.

ila perla de las doncellas!, ¿era necesario que le hubieran despanzurrado el vientre?”.

Cándido apenas podía sostenerse. Fue alejándose, aturdido por las prédicas, azotado, absuelto y bendecido, cuando una vieja lo abordó y le dijo: “Hijo mío, tenga coraje y sígame”.

CAPÍTULO VII

CÓMO UNA VIEJA CUIDÓ A CÁNDIDO Y CÓMO ESTE ENCONTRÓ A QUIEN AMABA

Cándido no tuvo coraje, pero siguió a la vieja hasta una casucha. La mujer le dio una pomada para que se untara y le dio de beber y de comer. Le mostró una cama pequeña y limpia. Cerca del lecho había un traje. “Coma, beba, duerma —le dijo—, y que nuestra Señora de Atocha, San Antonio de Padua y Santiago de Compostela cuiden de usted. Volveré mañana”. Cándido, sorprendido por lo que había visto, por lo que había padecido, y más todavía perplejo por la caridad de la vieja, quiso besarle la mano. “No es mi mano lo que debe besar —dijo ella—. Mejor úntese la pomada, coma y beba”.

A pesar de tantas desgracias, Cándido comió y durmió. Al día siguiente, la vieja le trae el almuerzo, examina su espalda y le unta otra pomada. Luego le trae la comida. Regresa hacia la noche y le trae la cena. Al otro día realiza las mismas ceremonias.

“¿Quién es usted? —le preguntaba siempre Cándido—; ¿quién le ha inspirado tanta bondad?, ¿con qué gracias podría yo pagarle?”. Pero la mujer no respondía. En la siguiente noche volvió sin la cena. “Venga conmigo —dijo—, y no diga una palabra”. Lo toma del brazo y caminan por el campo poco menos de una milla. Arriban a una casa aislada, rodeada de jardines y de canales. La vieja toca la puerta. Le abren. Lleva a Cándido por una escalera oculta, entran a un gabinete dorado, lo deja sobre un sofá brocado, cierra la puerta y se va. Cándido creía soñar. Miraba toda su vida como si se tratara de un funesto sueño, y el momento presente como un agradable sueño.

Pronto la vieja reapareció. Apenas lograba sostener a una mujer asustadiza, de talle majestuoso, brillante de joyas y cubierto su rostro por un velo. “Quíteselo”, le ordenó la vieja a Cándido. El joven se aproximó y, con mano tímida, levantó el velo. ¡Qué momento! ¡Qué sorpresa! Creía ver a la señorita Cunegunda. Y en efecto la veía. Era ella misma. Las fuerzas lo abandonaron y, sin poder proferir palabra alguna, cayó a sus pies. Cunegunda se desvaneció sobre el sofá. La vieja los obsequia con aguas espirituosas. Los amantes se reaniman y hablan. Al principio son palabras entrecortadas, preguntas y respuestas que se cruzan, suspiros, lá-

grimas, gritos. La vieja les pide que hagan menos escándalo, y los deja solos. “¡Cómo! ¡Es usted —le dice Cándido—, usted viva! ¡Y la encuentro en Portugal! ¿No la violaron entonces? ¿No le abrieron el vientre, tal como Pangloss me lo aseguró?”. “Sí —dijo la bella Cunegunda—, pero no siempre se muere por estos dos accidentes”. “Pero, ¿a su padre y a su madre los mataron?”. “Nada es más cierto”, dijo Cunegunda llorando. “¿Y su hermano?”. “A él también”. “¿Y por qué está usted en Portugal? ¿Cómo supo que yo estaba aquí? ¿Y por cuál extraña aventura me ha hecho conducir hasta esta casa?”. “Le contaré todo —replicó la dama—. Pero antes cuénteme lo que le sucedió después del inocente beso que me dio y de las patadas que usted recibió”.

Cándido obedeció con respeto profundo y pese a su desconcierto, a su voz temblorosa y débil, y aunque su columna vertebral aún le dolía, le contó de manera ingenua todo lo que le había ocurrido desde el momento de su separación. Cunegunda levantaba los ojos al cielo. Derramaba lágrimas por la muerte del anabaptista y de Pangloss. Enseguida ella habló en estos términos. Y Cándido, que la devoraba con los ojos, no se perdió ni una sola de sus palabras.

CAPÍTULO VIII

HISTORIA DE CUNEGUNDA

“Estaba en mi cama, dormía profundamente, cuando el cielo determinó enviar a los Búlgaros a nuestro hermoso castillo de Thunder-ten-tronckh. Ellos degollaron a mi padre y a mi hermano y descuartizaron a mi madre. Un enorme Búlgaro, que medía seis pies, al darse cuenta de que yo me había desmayado al ver tal espectáculo, empezó a violarme. Esta situación me hizo volver en mí. Entonces grité, hice repulsa, mordí, arañé. Quise arrancarle los ojos al enorme Búlgaro sin saber que todo lo que acontecía en el castillo de mi padre era algo habitual. El bruto me dio una cuchillada en el costado izquierdo de la cual tengo una cicatriz. “¡Ay!, espero verla”, dijo el ingenuo Cándido. “La verá —dijo Cunegunda—. Pero continuemos”. “Continúe”, dijo Cándido.

Ella retomó de este modo el hilo de su historia: “Un capitán Búlgaro entró, me vio ensangren-

tada, y el soldado ni siquiera se inmutó con su presencia. El capitán se enfureció ante el poco respeto que suscitaba en el bruto y, sobre mi cuerpo, lo mató. Luego me hizo vendar y me llevó a su campamento como prisionera de guerra. Yo le lavaba las pocas camisas que tenía y preparaba la cocina. Debo confesarlo que le parecía hermosa. Y no niego que él estaba bien plantado y que su piel era blanca y suave. Por otra parte, era un hombre de poco espíritu y poca filosofía. Bien se veía que no había sido educado por el doctor Pangloss. Al cabo de tres meses, perdió todo su dinero, se hastió de mí y me vendió a un Judío llamado don Isacar, traficante en Holanda y en Portugal y gran enamorado de las mujeres. El Judío se encariñó, por supuesto, conmigo. Pero no pudo triunfar ya que le resistí mejor que al soldado Búlgaro. Una persona honorable puede ser violada una vez, pero su virtud se consolida. El Judío me trajo, para amansarme, a esta casa de campo que usted ve ahora. Yo había creído que sobre la tierra no existía algo más hermoso que el castillo de Thunder-ten-tronckh, pero estaba del todo equivocada.

”Un día, el gran inquisidor me vio en la misa. Me contempló durante un rato y mandó a decirme que debíamos hablar de asuntos secretos. Me

condujeron a su palacio. Le conté de mis orígenes nobles. Me señaló lo indigno que era, para una mujer de mi rango, pertenecer a un Israelita. Se le propuso a don Isacar que me cediera al monseñor. Don Isacar, que es el banquero de la corte y el hombre de los créditos, no quiso. El inquisidor lo amenazó con un auto de fe. Finalmente, mi Judío, intimidado, negoció de tal manera que tanto la casa como yo las compartirían los dos. El Judío nos gozaría los lunes, los miércoles y el día del sábado; mientras que el inquisidor nos tendría los otros días de la semana. Hace seis meses que esta convención existe. Pero ha habido querellas: a menudo no se sabe muy bien si la noche del sábado o la del domingo pertenece a la ley antigua o a la nueva. En cuanto a mí, hasta el presente he resistido a ambos, y creo que siempre he sido amada por tal razón.

”En fin, para frenar el flagelo de los terremotos, y para amedrentar a don Isacar, al señor inquisidor se le ocurrió celebrar un auto de fe. Me hizo el honor de invitarme. Me ubicaron de la mejor manera. A las damas nos sirvieron refrescos entre la misa y la ejecución. En verdad, me llené de pavor cuando quemaron a los dos Judíos y al honesto Vizcaíno que se había casado con su comadre. Pero ¡cuál fue mi sorpresa, mi espanto, mi

confusión, al ver, vestida de sambenito y bajo una mitra, una figura semejante a la de Pangloss! Me restregaba los ojos y miraba con atención. Cuando lo colgaron, se me desmadejó el cuerpo. Apenas recuperé mis sentidos lo vi a usted desnudo. Ese fue el colmo del horror y de la consternación, del dolor y de la desesperanza. Y he de confesarle que su piel es aún más blanca y de un encarnado más perfecto que la del capitán de los Búlgaros. Tal visión redobló todos los sentimientos que me aplastaban y me consumían. Exclamé y quise decir: '¡Deténganse!, ¡bárbaros!'. La voz, no obstante, me faltó y mis gritos hubieran sido inútiles. Cuando usted recibió los azotes me dije: '¿Cómo es posible que el amable Cándido y el sabio Pangloss estén en Lisboa, el uno para recibir cien fuetazos, y el otro para ser ahorcado por orden del señor inquisidor del cual yo soy la bien amada? Pangloss entonces me engañaba cruelmente cuando me decía que todo en el mundo iba de la mejor manera posible'.

"Agitada, extraviada, ora fuera de mí misma, ora a punto de morir de debilidad, tenía la cabeza llena de imágenes de la masacre de mi padre, de mi madre, de mi hermano, de la insolencia de mi vil soldado Búlgaro, de la cuchillada que me dio, de mi servidumbre, de mi oficio de co-

cinera, de mi capitán Búlgaro, de mi perverso don Isacar, de mi abominable inquisidor, del ahorcamiento del doctor Pangloss, de ese gran *miserere* para fabordón que escuchábamos mientras usted era azotado, y sobre todo del beso que yo le di detrás del biombo, aquel día en que nos vimos por última vez. Supliqué a Dios que usted me fuera devuelto por tantas pruebas padecidas. Pedí a mi vieja que lo cuidara y que lo trajera hasta aquí. Ha realizado perfectamente mi petición. He tenido la indecible alegría de volver a verlo, de escucharlo, de poder hablarle. Imagino que usted debe tener un hambre de lobo. Yo también tengo mucho apetito. Comencemos entonces por la cena”.

Y he aquí que los dos se sientan a la mesa. Luego se instalan en el sofá del cual ya se ha dicho algo. Estaban allí cuando el señor don Isacar, uno de los dueños de la casa, llegó. Era el día sábado. Venía a gozar de sus derechos y a explicar la ternura de su amor.

CAPÍTULO IX

LO QUE SUCEDIÓ A CUNEGUNDA, A CÁNDIDO, AL GRAN INQUISIDOR Y AL JUDÍO

Don Isacar era el Hebreo más iracundo que se haya visto en Israel desde el cautiverio de Babilonia. “¡Cómo! —dijo—, perra Galilea, ¿no te basta con el señor inquisidor? ¿Es preciso que este forajido comparta también conmigo?”. Al decir esto, sacó un largo puñal que siempre lo acompañaba. Pensó que su adversario no poseía armas y se lanzó sobre Cándido. Pero nuestro Westfaliano había recibido de manos de la vieja, con el vestido, una flamante espada. Saca su espada y, a pesar de sus modales suaves, deja tirado al Israelita, muerto en el piso, a los pies de Cunegunda.

“¡Virgen santa! —exclamó la mujer—, ¿qué pasará con nosotros? ¡Un hombre muerto en mis aposentos! Si llega la justicia, estamos perdidos”. “Si Pangloss no estuviese colgado —dijo Cándido—, nos daría un buen consejo en este caso ex-

tremo, pues era un gran filósofo. En su ausencia, no obstante, consultemos a la vieja”. Con prudencia, esta empezó a expresar su opinión cuando otra pequeña puerta se abrió. Era la una de la mañana e iniciaba el domingo. Tal día pertenecía al señor inquisidor. Él entró y vio al azotado Cándido con la espada en la mano, a un muerto tirado en el suelo, a Cunegunda aterrorizada, y a la vieja que daba consejos.

En este instante a Cándido se le vinieron los siguientes razonamientos: “Si este santo hombre pide auxilio, me hará quemar infaliblemente. Podrá hacer lo mismo con Cunegunda, y ya me ha hecho azotar sin misericordia. Es mi rival, yo estoy ejercitándome en el oficio de matar, por lo que no hay lugar para la duda.” Este último razonamiento fue certero y veloz y, sin darle tiempo al inquisidor para que se recuperara de la sorpresa, lo atravesó de una estocada. Luego lo arrojó al lado del Judío. “Ahora sí que estamos perdidos —dijo Cunegunda—, no tenemos salvación. Seremos excomulgados, nuestra hora ha llegado. ¿Qué ha hecho usted, mi dulce de nacimiento, para matar en dos minutos a un Judío y a un prelado?”. “Mi bella señorita —respondió Cándido—, cuando se está enamorado, hay celos y se ha sido fueteadado por la Inquisición, ya uno no sabe muy bien quién es”.

La vieja tomó la palabra y dijo: “Hay tres caballos andaluces en la caballeriza con sus sillas y sus bridas. Que el valiente Cándido los prepare. La señora tiene moidores⁹ y diamantes. Montemos rápido a los caballos y, aunque yo solo pueda apoyarme sobre una de mis nalgas, vayamos a Cádiz. Hace el mejor tiempo del mundo, y es toda una dicha viajar en medio de la frescura de la noche”.

Enseguida Cándido ensilló los tres caballos. Hicieron treinta millas de un solo tirón. En tanto se alejaban, la Santa Hermandad llegó a la casa. Entierran a monseñor en una hermosa iglesia, y arrojan a Isacar a un muladar.

Cándido, Cunegunda y la vieja habían llegado a la pequeña ciudad de Avacena, situada entre las montañas de la Sierra Morena, y hablaban de esta manera en una taberna.

CAPÍTULO X

EL AGOBIO DE CÁNDIDO, DE CUNEGUNDA Y DE LA VIEJA AL LLEGAR A CÁDIZ Y CÓMO SE EMBARCARON

“¿Quién pudo haberme robado mis pistolas¹⁰ y mis diamantes? —decía entre lágrimas Cunegunda—. ¿De qué viviremos? ¿Qué podremos hacer? ¿Dónde encontrar inquisidores y Judíos que me den otro tanto?”. “¡Ay! —dijo la vieja—, sospecho de un reverendo padre que se alojó en el mismo albergue que nosotros tomamos en Badajoz; ¡Dios me libre de lanzar un juicio temerario!, pero él entró varias veces a nuestra habitación, y salió mucho tiempo antes que nosotros”. “¡Ay! —dijo Cándido—, el bueno de Pangloss con frecuencia me probaba que los bienes de la tierra son comunes a todos los hombres, y que cada quien posee un derecho legal para usarlos. Ese franciscano nos debió, siguiendo tales principios, dejar algo para culminar nuestro viaje. ¿No le ha dejado nada en

absoluto, mi bella Cunegunda?”. “Ni un maravedí”, dijo ella. “¿Qué hacemos entonces?”, dijo Cándido. “Vendamos uno de los caballos —dijo la vieja—. Yo montaré a la grupa detrás de la señorita, así solo pueda apoyarme en una de mis nalgas, y llegaremos a Cádiz”.

Había en el mismo hospedaje un prior benedictino. Él les compró el caballo a muy buen precio. Cándido, Cunegunda y la vieja pasaron por Lucena, por Chillas, por Lebrija, y llegaron finalmente a Cádiz. Allí se equipaba una flota y se reunían tropas para hacer entrar en razón a los reverendos padres jesuitas del Paraguay, a quienes se acusaba de haber levantado una de sus hordas contra los reyes de España y de Portugal, cerca de la ciudad del Santo Sacramento. Cándido, que había prestado sus servicios entre los Búlgaros, hizo ante el general del pequeño ejército una demostración tan llena de gracia, de velocidad, de juicio y de habilidad que se le otorgó el comando de una compañía de infantería. Y he aquí al nuevo capitán que se embarca con la señorita Cunegunda, la vieja, dos criados y los dos caballos andaluces que habían pertenecido al gran inquisidor de Portugal.

Durante toda la travesía razonaron bastante sobre la filosofía del pobre Pangloss. “Vamos hacia

otro mundo —decía Cándido—, y sin duda en él todo va muy bien. Pues hay que confesar que podríamos lamentarnos un poco de lo que ocurre en el nuestro, tanto en el sentido físico como en el moral”. “Yo le amo a usted de todo corazón —decía Cunegunda—, pero mi alma aún está espantada por lo que vi y por lo que le tocó vivir”. “Todo irá bien —replicaba Cándido—, el mar de este nuevo mundo ya vale más que los mares de nuestra Europa. Es más calmo y los vientos son más constantes. Ciertamente el nuevo mundo es el mejor de los mundos posibles”. “¡Dios lo quiera! —decía Cunegunda—. Pero yo he sido tan desgraciada en el mío que mi corazón está cerrado a la esperanza”. “Ustedes se quejan demasiado —les dijo la vieja—. Y no creo que hayan padecido tantos infortunios como yo”. Cunegunda se puso a reír y le pareció asaz divertida esta vieja que pretendía ser más desgraciada que ella. “¡Ay! —le contestó esta—, mi buena mujer, a menos que usted haya sido violada por dos Búlgaros, que haya recibido dos puñaladas en el vientre, que le hayan destruido dos de sus castillos, que hayan degollado delante de usted a dos madres y a dos padres, y que haya visto azotar a dos de sus amantes en un auto de fe, no veo cómo pueda sobrepasarme en sufrimientos. Además, añádale a todo esto el hecho

de que yo nací baronesa con setenta y dos grados de nobleza, y después terminé siendo cocinera”. “Señorita —respondió la vieja—, ignora usted mis orígenes. Si le muestro mi trasero no diría las cosas que ha dicho, y suspendería su juicio”. Tal discurso provocó extrema curiosidad en el espíritu de Cunegunda y de Cándido. La vieja entonces les habló en estos términos.

CAPÍTULO XI

HISTORIA DE LA VIEJA

“No siempre mis ojos han sido turbios y enrojecidos, ni mi nariz siempre ha tocado mi mentón, y no siempre he sido sirvienta. Soy la hija del papa Urbano X y de la princesa de Palestrina¹¹. Me educaron hasta los catorce años en un palacio que, a su lado, todos los castillos de sus barones alemanes podrían servir de caballerizas. Solo uno de mis trajes valía más que todas las magnificencias de Westfalia. Crecí en medio de la belleza, de la gracia y del talento, entre los placeres, las cortesías y las esperanzas. Inspiraba el amor en tanto mis pechos adquirían su mejor forma. ¡Y qué pechos! Blancos, firmes, tallados como los de la Venus de Médicis. ¡Y qué ojos! ¡Qué parpados! ¡Qué negrísimas cejas! Dos llamas ardían en mis pupilas y borraban el titilar de las estrellas, como me decían los poetas de mi región. Las mujeres que me vestían y desvestían caían en éxtasis al

mirarme por delante y por detrás. Y todos los hombres ansiaban estar en su lugar.

”Fui la novia de un príncipe soberano de Massa Carrara. ¡Qué príncipe! Tan precioso como yo, y lleno de dulzura y de encantos, fulgente de espíritu y ardiente en el amor. Lo amaba como se ama la primera vez, con idolatría y locura. Las nupcias fueron preparadas. Todo era pompa y magnificencia inauditas. Fiestas, cabalgatas, torneos, óperas bufas sin cesar. Italia entera compuso para mí los mejores sonetos. Alcanzaba las cimas de mi felicidad cuando una vieja marquesa, que había sido amante de mi príncipe, lo invitó a tomar chocolate en su casa. En menos de dos horas, él murió entre convulsiones espantosas. Pero eso fue solo una bagatela. Mi madre, desesperada pero menos afligida que yo, quiso alejarse por un tiempo de tan funesta circunstancia. Poseía, cerca de Gaeta, una bella propiedad. Nos embarcamos en una galera de la región, dorada como el altar de San Pedro de Roma. Pero he aquí que un corsario de Salé se precipita sobre nosotros y nos aborda. Nuestros soldados se defendieron como soldados del papa: se pusieron de rodillas, tiraron las armas, y pedían al corsario una absolución *in articulo mortis*.

”Enseguida los desnudaron y todos quedaron como monos. Con mi madre, con nuestras da-

mas de compañía y conmigo hicieron lo mismo. Es algo admirable la diligencia con que esos señores desvisten al mundo. Pero lo que más me sorprendió fue que nos metieran el dedo en un lugar en que las mujeres solo nos dejamos meter cánulas. Esta ceremonia me pareció bien extraña. Pero así se juzgan las cosas cuando uno no ha salido de su país. Muy pronto supe que hacían esto para verificar si escondíamos diamantes en tales recovecos. Es una costumbre establecida desde tiempos inmemoriales entre las naciones civilizadas que recorren los mares. Supe, también, que los señores y muy religiosos caballeros de Malta jamás faltan a este hábito cuando se trata de Turcos y de Turcas. Es una ley del derecho de las gentes que nunca se ha derogado.

”No les diré lo duro que es para una joven princesa ser llevada a Marruecos y que allí la esclavicen con su madre. Ya imaginarán todo lo que padecemos en el navío corsario. Mi madre todavía era bella. Nuestras damas de compañía, nuestras simples criadas, eran más encantadoras que cualquier mujer que pudiera hallarse en África. Y en cuanto a mí, era encantadora, hermosa, la gracia misma y, además, poseía mi virginidad. Pero no sería por mucho tiempo. La flor reservada para el hermoso príncipe de Massa Carrara fue

raptada por el capitán corsario. Se trataba de un negro abominable que creía haberme otorgado un gran honor. De verdad fue necesario que la señora princesa de Palestrina y yo nos mantuviésemos fuertes para resistir todo lo que nos tocó hasta que llegamos a Marruecos. ¡Pero sigamos! Esas son cosas tan comunes que no vale la pena hablar de ellas.

”Marruecos naufragaba en la sangre cuando llegamos. Cincuenta hijos del emperador Muley Ismael¹² habían formado cada uno su propio bando, lo que producía, en efecto, cincuenta guerras civiles de negros contra negros, de negros contra morenos, de morenos contra morenos, de mulatos contra mulatos. Todo el imperio estaba sumido en una interminable carnicería.

”Apenas desembarcamos, los negros de una facción enemiga se presentaron para quitarle el botín a mi corsario. Nosotros representábamos, luego de los diamantes y el oro, el cargamento más valioso. Fui testigo entonces de un combate como jamás se ha visto en las latitudes de Europa. Los pueblos septentrionales no tienen la sangre tan ardiente. No poseen la rabia de las mujeres como se ve comúnmente en África. Parece que ustedes los europeos tuvieran leche en las venas. Es más bien vitriolo y fuego lo que corre por las

de los habitantes del monte Atlas y de los países vecinos. Combatieron con el furor de los leones, de los tigres y de las serpientes de la comarca con tal de tenernos. Un Moro agarró a mi madre por el brazo derecho, el lugarteniente de mi capitán la retuvo por el izquierdo. Un soldado Moro la tomó de una pierna, uno de nuestros piratas la tomó por la otra. Nuestras damas de compañía se vieron de un momento a otro en la misma situación, agarradas por cuatro soldados. Mi capitán me escondía detrás de él. Tenía la cimitarra y con ella mataba a quien se opusiera a su rabia. Finalmente, vi a todas las Italianas y a mi madre desgarradas, despedazadas, masacradas por los monstruos que las disputaban. Mis compañeros prisioneros, los soldados, los marineros, los negros y morenos, los blancos y mulatos, y mi capitán, todos ellos murieron. Yo quedé, agonizante, sobre una montaña de muertos. Escenas similares sucedían, como se sabe, en más de trescientas leguas alrededor, sin que faltaran las cinco oraciones diarias ordenadas por Mahoma.

”Con bastante esfuerzo me deshice de la multitud de cadáveres sangrientos, y me arrastré hasta un gran naranjo que crecía al borde de un riachuelo. Allí caí agobiada por el espanto, el cansancio, la desesperanza y el hambre. Poco

después mis embotados sentidos se dejaron llevar por un sueño que tenía más visos de desvanecimiento que de reposo. Estaba sumida en tal estado de debilidad y de insensibilidad, suspendida entre la vida y la muerte, cuando sentí que algo se agitaba sobre mi cuerpo. Abrí los ojos y vi a un hombre blanco y de buena apariencia que suspiraba y decía entre dientes: *O che sciagura d'essere senza c...!*¹³.

CAPÍTULO XII

CONTINUACIÓN DE LOS INFORTUNIOS DE LA VIEJA

“Arrobada y feliz de poder escuchar la lengua de mi patria, y no menos sorprendida de las palabras proferidas por el hombre, le respondí que había infortunios más grandes comparados con el que lo aquejaba a él. Lo instruí en pocas palabras sobre los horrores que había padecido y volví a desmayarme. Me llevó a una casa vecina, me acomodó en una cama, me dio de comer, me sirvió, me consoló, me halagó, me dijo que no había visto nada más bello que yo y que jamás había lamentado tanto como ahora lo que nadie podía devolverle. ‘Nací en Nápoles —me dijo—. Allí se castran dos o tres mil niños cada año. Unos mueren, otros adquieren una voz más hermosa que la de las mujeres, otros más gobiernan los Estados. Me hicieron la operación con gran éxito y fui músico de la capilla de la señora princesa de Palestrina’.¹⁴ ¡De mi madre!, exclamé yo. ‘¡De

su madre! —exclamó él en sollozos—. ¡Cómo!, ¿era usted esa joven princesa que yo crié hasta la edad de seis años y que prometía ser tan bella como lo es ahora?’. Soy yo misma. Mi madre está a cuatrocientos pasos de aquí, despedazada, bajo un montón de muertos...

”Le conté todo lo sucedido. El contó también sus aventuras. Supe que una potencia cristiana lo envió adonde el rey de Marruecos, con el fin de concluir un tratado con este monarca, por el cual se le suministraría pólvora, cañones y navíos, para ayudarle a aniquilar el comercio con otros cristianos. ‘Mi misión está hecha —dijo el honesto eunuco—. Voy a embarcarme a Ceuta y la llevaré a Italia. *Ma che sciagura d’essere senza c...!*’.

”Le agradecí con lágrimas de ternura. Pero en lugar de llevarme a Italia, me condujo a Argel y allí me vendió al dey de esta provincia. Apenas fui vendida, se declaró en Argel esa peste maldita y furiosa que le ha dado la vuelta a Asia, a África y a Europa. Ustedes han tenido terremotos, pero, señorita, ¿alguna vez han tenido la peste? ‘Nunca’, respondió la baronesa.

”Si la hubiera tenido —replicó la vieja—, confesaría que es algo situado muy por encima de los terremotos. La peste es común en África. Yo la padecí. Figúrese usted la situación de la hija

de un papa, de quince años de edad, que en tres meses había conocido la pobreza y la esclavitud y era violada todos los días, que había visto descuartizar a su madre, que había experimentado el hambre y la guerra, y ahora moría de peste en Argel. Sin embargo, no morí. Pero mi eunuco y el dey, y casi todo el serrallo de Argel, perecieron.

”Cuando los primeros estragos de esta peste espantosa pasaron, los esclavos del dey se vendieron. Un mercader me compró y me llevó a Túnez. Allí me vendió a otro mercader que me revendió en Trípoli. De Trípoli fui vendida de nuevo en Alejandría, de Alejandría pasé a Esmirna y de Esmirna a Constantinopla. Finalmente, caí en manos de un agá de jenízaros a quien muy pronto le ordenaron defender Azov de los Rusos que la tenían sitiada.

”El agá, hombre muy galante, llevó consigo su serrallo y nos alojó en un pequeño fuerte a la orilla del Palus Meótides, que era custodiado por dos eunucos negros y veinte soldados. Se masacraron Rusos de la manera más prodigiosa, pero estos respondieron magníficamente. Azov fue incendiada, su población asesinada, y no se perdonó ni sexo ni edad. Solo quedaba nuestro pequeño fuerte. Los enemigos quisieron someternos a través de la hambruna. Los veinte jenízaros

habían jurado no rendirse jamás. Los extremos del hambre los empujaron a comerse, con tal de no violar su juramento, a nuestros dos eunucos. Al cabo de algunos días, resolvieron comerse a las mujeres.

”Teníamos un imán muy piadoso y compasivo, quien les hizo un conmovedor sermón para persuadirlos de que no podían matarnos. ‘Córtenles —dijo—, solamente una nalga a cada una de estas damas y tendrán un buen bocado. Y si quedan con hambre, tendrán después algo más para comer. El cielo les sabrá recompensar una acción tan caritativa, y habrá de socorrerlos’.

”Él era elocuente y terminó por convencerlos. Se nos hizo esta horrible operación. El imán nos aplicó el mismo bálsamo que se les unta a los niños circuncisos. Todas nosotras estábamos al borde de la muerte.

”Apenas los jenízaros tuvieron la comida que les suministramos, los Rusos llegaron en sus embarcaciones planas. Ni uno solo de los jenízaros escapó. Los Rusos no hicieron caso de nuestra situación. En todas partes, como se sabe, hay cirujanos franceses. Uno de ellos, hábil y juicioso, cuidó de nosotras. Nos curó y yo me acordaré por siempre de que, cuando mis llagas se aliviaron, me lanzó algunas propuestas. Por lo demás, él se

encargó de consolarnos a todas, asegurándonos que en varias partes parecida circunstancia había ocurrido, y que tal era la ley de la guerra.

”Una vez mis compañeras pudieron caminar, se les obligó a ir a Moscú. A mí me tocó en suerte caer en manos de un boyardo, quien me hizo su jardinera, y me prodigaba veinte fuetazos al día. Pero el boyardo fue condenado a la rueda con otros treinta de su estirpe que se vieron involucrados en cierta intriga de corte. Me aproveché de esta aventura y escapé. Atravesé toda Rusia. Durante un tiempo fui sirvienta de una taberna en Riga, luego en Rostock, en Wismar, en Leipzig, en Cassel, en Utrecht, en Leyden, en La Haya, en Rotterdam. Y fui envejeciendo en la miseria y en el oprobio, con media nalga y siempre recordando que era la hija de un papa. Cien veces quise matarme, pero amaba la vida. Esta debilidad ridícula es tal vez una de nuestras inclinaciones más ominosas, pues ¿hay algo más necio que querer cargar continuamente un fardo que podemos tirarlo al suelo en cualquier momento?, ¿que sentir horror por nuestro ser y aferrarnos a él?, ¿que acariciar la serpiente que nos devora hasta que nos haya comido el corazón?

”He visto en los países que el destino me ha hecho recorrer, y en las tabernas donde he trabajado, a una gran cantidad de personas maldecir su

existencia. Pero solo he visto a doce que voluntariamente pusieron término a sus desgracias: tres negros, cuatro Ingleses, cuatro Genoveses y un profesor Alemán llamado Robeck. Terminé por ser sirvienta del Judío don Isacar. Él me puso a su lado, mi bella señorita. Me apegué a su suerte y, como ve, me he ocupado más de sus aventuras que de las mías. Jamás le habría confesado mis infortunios si no me hubiera picado la lengua, y si no se acostumbrara en los barcos contar historias para sortear el tedio. En fin, señorita, tengo experiencia y conozco el mundo. Haga la prueba, pídale a cada pasajero que le cuente su historia. Si se topa uno solo que no haya despotricado con frecuencia contra la vida, uno que no haya dicho alguna vez que es el más malhadado de los hombres, entonces arrójeme de cabeza al mar”.

CAPÍTULO XIII

CÓMO CÁNDIDO FUE OBLIGADO A SEPARARSE DE LA BELLA CUNEGUNDA Y DE LA VIEJA

La bella Cunegunda, al escuchar la historia de la vieja, le ofreció todas las cortesías debidas a una persona de su rango y de su mérito. Aceptó gustosa la propuesta que se le hizo, y recomendó a cada uno de los pasajeros que le contaran sus aventuras. Cándido y su amada reconocieron que la vieja tenía razón. “Es una lástima —decía Cándido—, que el sabio Pangloss haya sido ahorcado en contra de lo habitual en un auto de fe. Sin duda nos diría cosas admirables sobre los males físicos y morales que cubren la tierra y el mar, y yo me habría llenado de fuerza para endilgarle con todo respeto algunas objeciones”.

El navío avanzaba en tanto que cada uno refería su historia. Arribaron a Buenos Aires. Cunegunda, el capitán Cándido y la vieja fueron a la casa del gobernador Don Fernando de Ibarra y

Figueroa y Mascareñas y Lampourdos y Souza. Tal señor poseía un orgullo apropiado para un hombre con tantos apellidos. Hablaba con tan noble desdén, llevando la nariz a tanta altura, elevando tan despiadadamente la voz, tomando un tono tan imponente, afectando una postura tan altanera, que todos aquellos que lo saludaban se veían tentados a darle una paliza. Amaba a las mujeres con furor. Cunegunda le pareció lo más bello que había visto. La primera cosa que hizo fue preguntarle si no era la mujer del capitán. El continente con que formuló esta pregunta alarmó a Cándido. Este no se atrevió a decirle que era su mujer, porque en efecto no lo era. No se atrevió a decirle que era su hermana porque tampoco lo era. Y aunque esta mentira oficiosa antaño estuviese a la moda entre los antiguos y pudiera ser útil a los modernos, el alma de Cándido era demasiado pura para traicionar a la verdad. “La señorita Cunegunda —dijo—, me hará el honor de desposarme, y nosotros le suplicamos a Vuestra Excelencia dignarse a realizar nuestra boda”.

Don Fernando de Ibarra y Figueroa y Mascareñas y Lampourdos y Souza levantó su bigote, sonrió amargamente y ordenó al capitán Cándido que fuera a pasar revista a su compañía. Cándido obedeció. El gobernador se quedó con

la señorita Cunegunda. Le declaró su pasión, le aseguró que al día siguiente se casaría con ella ante la Iglesia, o de cualquier otro modo siempre y cuando ello pluguiera a sus encantos. Cunegunda le pidió un cuarto de hora para recogerse, solicitar consejo a la vieja y tomar una determinación.

La vieja dijo a Cunegunda: “Señorita, usted tiene setenta y dos grados de nobleza y ni un solo céntimo. Solo usted puede decidir ser la mujer del señor más rico de la América Meridional, y el que tiene los bigotes más hermosos. ¿Podrá superar esta gran prueba a su fidelidad? Usted ha sido violada por los Búlgaros. Un Judío y un inquisidor han gozado de sus buenas gracias. No olvide que las desdichas otorgan sus derechos. Confieso que, si yo estuviera en su lugar, no tendría ningún escrúpulo en casarme con el señor gobernador y hacer al mismo tiempo la fortuna del capitán Cándido”. Y mientras la vieja hablaba con toda la prudencia que favorecen la edad y la experiencia, se vio entrar en el puerto una pequeña nave. Llevaba un alcalde y aguaciles y he aquí lo que sucedió.

La vieja adivinó muy bien que se trataba del franciscano de la manga ancha que había robado el dinero y las joyas de Cunegunda en la ciudad de Badajoz, cuando huían apresuradamente con Cándido. Este monje quiso vender algunas de las

pedras preciosas a un joyero. El mercader reconoció que eran las del gran inquisidor. El franciscano, antes de ser ahorcado, confesó que las había robado. Indicó a las personas y las rutas que tomaron. La fuga de Cándido y Cunegunda era pues asunto conocido. Se les siguió hasta Cádiz. Se envió sin pérdida de tiempo un navío en su persecución. El navío estaba ya en el puerto de Buenos Aires. La noticia de que un alcalde iba a desembarcar para perseguir a los asesinos del gran inquisidor se expandió rápidamente. La vieja, con suma prudencia, se dio cuenta de lo que tenía que hacerse. “Usted no puede huir —le dijo a Cunegunda—, y no tiene nada que temer. No fue usted quien asesinó al inquisidor. Y, por otra parte, es el gobernador quien la ama y no soportará por ningún motivo que a usted se le maltrate. Quédese”. Es entonces cuando corre hacia Cándido y le dice: “Huya o en una hora lo quemarán”. No había momento que perder. Pero, ¿cómo separarse de Cunegunda, y dónde refugiarse?

CAPÍTULO XIV

CÓMO RECIBIERON A CÁNDIDO Y CACAMBO LOS JESUITAS DE PARAGUAY

Cándido había traído de Cádiz un sirviente tal como se encuentran muchos en las costas de España y de sus colonias. Era un cuarterón, nacido de un mestizo en Tucumán. Había sido monaguillo, sacristán, marinero, monje, cartero, soldado, lacayo. Se llamaba Cacambo y quería a su amo porque su amo era bueno. Velozmente ensilló los dos caballos andaluces. “Vamos, mi amo, sigamos el consejo de la vieja. Partamos y corramos sin mirar atrás”. Cándido estalló en sollozos: “¡Oh, mi querida Cunegunda! ¡Es preciso que la abandone justamente en el tiempo en que el señor gobernador realizará nuestras nupcias! ¿Qué pasará con mi Cunegunda tan lejos de mí?”. “Pasará lo que tenga que pasar —dijo Cacambo—. Las mujeres siempre encuentran solución a sus problemas. Y Dios siempre les ayuda. Corramos”.

“¿Adónde me llevas?, ¿adónde vamos?, ¿qué haremos sin Cunegunda?”, decía Cándido. “Por Santiago de Compostela —dijo Cacambo—, usted iba a hacerles la guerra a los jesuitas, vamos a hacerla a su lado. Conozco el camino y lo llevaré a su reino. A ellos les encantará tener a su favor un capitán que combata como los Búlgaros. Hará con ellos una fortuna prodigiosa, porque cuando no se tiene lo mejor en un mundo, se lo halla en otro. Y siempre es un gran placer ver y hacer cosas nuevas”.

“¿O sea que ya has estado en Paraguay?”, dijo Cándido. “¡Por supuesto que sí! —dijo Cacambo—. He sido ayudante de cocina en el colegio de Asunción, y conozco el gobierno de los padres como las calles de Cádiz. Es una cosa admirable cómo funciona tal gobierno. El reino ya tiene trescientas leguas de diámetro y está dividido en treinta provincias. Los Padres lo tienen todo y los pueblos nada. Es una obra maestra de la razón y la justicia. Para mí no hay nada más divino que Los Padres. Aquí hacen la guerra al rey de España y al rey de Portugal, y en Europa los confiesan. Aquí matan a los Españoles, y en Madrid los envían al cielo. Todo eso me entusiasma. Sigamos, y no se olvide que usted será el más feliz de todos los hombres. ¡Qué placer sentirán Los Padres cuando vean

que les ha llegado un capitán que combate a la manera de los Búlgaros!”.

Cuando llegaron al primer puesto de frontera, Cacambo dijo a la guardia avanzada que un capitán solicitaba hablar con el señor comandante. Se advirtió a la gran guardia. Un oficial paraguayo corrió a los pies del comandante para darle la noticia. Cándido y Cacambo fueron desarmados y les tomaron sus caballos andaluces. A los dos extranjeros se les introdujo en medio de dos filas de soldados. El comandante estaba en el extremo, el sombrero de tres picos en la cabeza, la sotana subida, la espada al lado, el espontón en la mano. Hizo una señal. Enseguida veinticuatro soldados rodearon a los recién llegados. Un sargento les dijo que había que esperar, que el comandante no podía hablarles, y que el padre provincial no permitía que ningún Español abriera la boca si no estuviera ante su presencia y permaneciera más de tres horas en el país. “¿Y dónde está el reverendo padre provincial?”, dijo Cacambo. “Ha celebrado la misa y ahora está en la parada —respondió el sargento—. Y ustedes no podrán besar sus espuelas hasta que pasen tres horas”. “Pero —dijo Cacambo—, el señor capitán, que está muerto de hambre, no es Español, es Alemán. ¿No podríamos almorzar mientras esperamos a Su Reverencia?”.

El sargento corrió a darle cuenta de esta noticia al comandante. “¡Bendito sea Dios! —dijo el señor—, ya que es Alemán puedo hablarle. Que lo lleven a mi enramada”. Enseguida condujeron a Cándido a un gabinete lleno de verdor que estaba ornado con una bella columnata de mármol verde y oro, y con enrejados que guardaban loros, colibríes, pájaros mosca pintadas y todos los pájaros más extraños. Había un excelente almuerzo en vasijas de oro. Y mientras los Paraguayos comían en totumas, en pleno campo y con el sol encima, el reverendo padre comandante entró en la enramada.

Era un hombre joven y apuesto, el rostro lleno, bastante blanco, sonrosado, las cejas arqueadas, los ojos vivaces, las orejas rojas, los labios bermejos, el aire altivo, pero de una altivez que no era la de un Español ni la de un jesuita. Se le devolvieron las armas a Cándido y a Cacambo, e igual se hizo con los dos caballos andaluces. Cacambo les dio de comer la avena que estaba al lado de la enramada, sin perderlos de vista, temiendo que algo sorpresivo se presentara.

Cándido besó, primero, la parte baja de la sotana del comandante. Después, se sentaron a la mesa. “¿Es usted entonces Alemán?”, le dijo el jesuita en esta lengua. “Sí, mi reverendo padre”,

dijo Cándido. Los dos, al pronunciar estas palabras, se miraron con extrema perplejidad y con una emoción de la cual no eran dueños. “¿Y de qué parte del país?”, dijo el jesuita. “De la sucia provincia de Westfalia: nací en el castillo de Thunder-ten-tronckh”. “¡Cielos!, ¿es posible?”, exclamó el comandante. “¡Qué milagro!”, exclamó Cándido. “¿Es usted?”, dijo el comandante. “No es posible”, dijo Cándido. Se dejaron caer de espaldas, se abrazaron y derramaron ríos de lágrimas. “¡Cómo!, ¿es usted mi reverendo padre? ¡El hermano de mi bella Cunegunda! ¡Usted que fue masacrado por los Búlgaros! ¡Usted, el hijo del señor barón! ¡Usted, jesuita en Paraguay! Sin duda este mundo es una extraña cosa. ¡Oh, Pangloss! ¡Pangloss! ¡Cómo estaría usted de contento si no lo hubieran ahorcado!”.

El comandante hizo retirar a los esclavos negros y a los Paraguayos que servían de beber en pocillos de cristal de roca. Agradeció mil veces a Dios y a San Ignacio. Abrazaba con vehemencia a Cándido. Sus rostros estaban bañados en llanto. “Usted se asombraría bastante —dijo Cándido— si le dijera que la señorita Cunegunda, su hermana que creía despanzurrada, está llena de salud”. “¿Dónde?”. “En su vecindad, en casa del gobernador de Buenos Aires. Y pensar que yo

venía a declararle la guerra a usted”. Los prodigios se acumulaban en esta larga conversación con cada palabra pronunciada. Sus almas volaban en sus lenguas, estaban atentas en sus oídos y resplandecían en sus ojos. Como eran Alemanes, permanecieron largo tiempo en la mesa, mientras esperaban al reverendo padre provincial. Y de este modo el comandante habló a su querido Cándido.

CAPÍTULO XV

CÓMO CÁNDIDO MATÓ AL HERMANO DE SU QUERIDA CUNEGUNDA

“Siempre tendré presente en mi memoria el día en que vi cómo mataron a mi padre y a mi madre y violaron a mi hermana. Cuando los Búlgaros se retiraron, no se encontró a mi adorable hermana, y se puso sobre una carreta a mi madre, a mi padre y a mí. Con dos sirvientas y tres mozalbetes degollados nos fueron a enterrar a una capilla de jesuitas, a dos leguas del castillo de mis padres. Un jesuita nos arrojó agua bendita. Estaba horriblemente salada y algunas de sus gotas entraron a mis ojos. El padre se dio cuenta de que mi párpado hizo un pequeño movimiento. Puso su mano sobre mi corazón y lo sintió palpar. Se me socorrió y, al cabo de tres semanas, estaba restablecido del todo. Usted sabe, mi querido Cándido, que yo era buen mozo, pues figúrese que mejoré mucho más. Al reverendo padre Croust, superior de la

casa, le desperté la más tierna amistad. Me obsequió el hábito de novicio. Tiempo después fui enviado a Roma. El padre general necesitaba una camada de jóvenes jesuitas Alemanes. Los soberanos de Paraguay reciben jesuitas Españoles menos de lo que pueden. Se sienten mejor con los extranjeros porque creen dominarlos mejor. El reverendo padre me juzgó apropiado para venir a trabajar en este viñedo. Un Polaco, un Tirolés y yo partimos. Al llegar, fui honrado al nombrármese subdiácono y lugarteniente. Ahora soy coronel y sacerdote. Con vigor recibimos las tropas del rey de España. Y yo le aseguro que ellas serán excomulgadas y abatidas. La Providencia lo envía a usted para secundarnos. Pero ¿es verdad que mi hermana Cunegunda está en la vecindad, en la casa del gobernador de Buenos Aires?”. Cándido juró que nada era más verdadero. Y sus lágrimas comenzaron a correr de nuevo.

El barón no podía dejar de abrazar a Cándido. Lo llamaba su hermano, su salvador. “¡Ah!, mi querido Cándido —dijo—, tal vez podremos entrar juntos y vencedores a la ciudad, y rescatar a mi hermana Cunegunda”. “Es lo que más deseo —dijo Cándido—. La verdad es que yo esperaba desposarla, y todavía lo espero”. “¡Qué insolencia! —respondió el barón—, ¡tendría usted el

descaro de desposar a mi hermana, que tiene setenta y dos grados de nobleza! ¡Me ofende que se atreva a hablarme de un deseo tan temerario!”. Cándido quedó petrificado por tales palabras, y le respondió: “Mi reverendo padre, nada valen todos los grados de nobleza del mundo. Sepa usted que yo salvé a su hermana de los brazos de un Judío y de un inquisidor. Ella está agradecida y quiere casarse conmigo. El maestro Pangloss siempre me dijo que los hombres son iguales y con seguridad yo la desposaré”. “¡Eso lo veremos, bellaco!”, dijo el jesuita barón de Thunder-tronckh, y al mismo tiempo con la espada le dio un golpe en el rostro. Cándido saca la suya y la hunde hasta la empuñadura en el vientre del barón jesuita. Pero, al retirarla toda humeante de sangre, se puso a llorar. “¡Ay, Dios mío! —dice—, he matado a mi antiguo amo, a mi amigo, a mi cuñado. Soy el mejor hombre del mundo, y he aquí que he asesinado a tres hombres. Y entre esos tres, hay dos sacerdotes”.

Cacambo, que estaba de centinela en la puerta de la enramada, acudió con prontitud. “No nos queda más que vender cara nuestra vida —le dijo a su amo—. Entremos en la enramada, pues es necesario morir con las armas en la mano”. Cacambo, que había tenido experiencias simi-

lares, no perdió la cabeza. Tomó la sotana del jesuita y se la puso a Cándido, le dio el sombrero cuadrado del muerto, y lo hizo montar a caballo. Todo esto lo ejecutó en un abrir y cerrar de ojos. “Galopemos, mi amo. Todo el mundo lo tomará por un jesuita que va a cumplir su misión de dar órdenes. Habremos pasado la frontera antes de que puedan lanzarse sobre nosotros”. Y Camba ya volaba, y pronunciaba a modo de grito estas palabras: “Espacio, abran espacio para el reverendo padre coronel”.

CAPÍTULO XVI

LO QUE SUCEDIÓ A LOS DOS VIAJEROS CON DOS MUCHACHAS, DOS MICOS Y LOS SALVAJES LLAMADOS OREJONES

Cándido y su criado llegaron hasta más allá de los puestos fronterizos, y nadie se había dado cuenta todavía de la muerte del jesuita Alemán. El vigilante Cacambo hasta tuvo tiempo de llenar su valija de pan, chocolate, jamón, frutas y de alguna cantidad de vino. Con sus caballos andaluces se adentraron en un país desconocido del cual ignoraban todas las rutas. Por fin, una pradera sesgada de riachuelos se presentó ante sus ojos. Los dos viajeros dan descanso a sus animales. Cacambo propone a su amo comer y le da ejemplo. “¿Cómo quieres —decía Cándido—, que coma jamón si he matado al hijo del señor barón y me he condenado a no volver a ver a mi bella Cunegunda? ¿De qué me servirá prolongar mis miserables días, si los he de arrastrar lejos de

ella en el remordimiento y en la desesperanza? ¿Y, además, que dirá el diario de Trévoux?”.

No dejaba de comer mientras hablaba de este modo. El sol se escondía. Los dos extraviados oyeron unos pequeños gritos que parecían emitidos por mujeres. No sabían si los gritos eran de dolor o de felicidad. Se levantaron precipitadamente con la alarma y la inquietud que todo inspira en un país desconocido. Los clamores provenían de dos muchachas que corrían con ligereza en la pradera, en tanto dos micos les mordían las nalgas. Cándido se conmovió. Había aprendido de los Búlgaros la puntería, y era capaz de darle a una avellana en un matorral sin tocar las hojas. Toma entonces su fusil español de dos golpes, dispara y mata a los dos micos. “¡Loado sea Dios, mi querido Cacambo! He librado de un gran peligro a esas dos pobres criaturas. Si he cometido un pecado al matar un inquisidor y un jesuita, lo he reparado con suficiencia al salvar la vida de estas dos muchachas. Tal vez sean dos jóvenes de buena condición, y esta aventura pueda prodigarnos grandes beneficios en el país”.

Iba a continuar, pero su lengua se paralizó cuando vio que las dos muchachas abrazaban tiernamente a los micos, se desmoronaban en el llanto y llenaban el aire con quejidos dolorosos.

“No me esperaba tanta bondad de alma”, dijo al fin Cándido a Cacambo, quien replicó: “Qué bella obra maestra la que ha hecho, mi amo. Ha matado a los amantes de estas dos doncellas”. “¡Sus amantes!, ¿es posible?, ¿te burlas de mí Cacambo?, ¿cómo he de creerte?”. “Mi querido amo —retomó Cacambo—, usted siempre se asombra de todo, ¿por qué le parece extraño que en algunos países haya micos que obtengan las mejores gracias de las mujeres? Si ellos son cuarterones de hombre como yo soy cuarterón de Español”. “¡Ay! —respondió Cándido—, me acuerdo de haberle oído decir a mi maestro Pangloss que antiguamente se producían parecidos accidentes, y que estas mezclas provocaban egipanes, faunos, sátiros. Algunos grandes personajes de la antigüedad se encontraron con tales criaturas, pero siempre creía que se trataba de fábulas”. “Ahora usted debe convencerse —dijo Cacambo— de que es verdad, y ya puede constatar cómo se comportan las personas que no han recibido una esmerada educación. Lo que yo temo es que estas mujeres nos metan en un mal asunto”.

Estas sólidas reflexiones llevaron a Cándido a dejar la pradera y a tomar el camino de un bosque. Allí comió con Cacambo y, luego de maldecir al inquisidor de Portugal, al gobernador de



Buenos Aires y al barón, pudieron dormir sobre el musgo. Cuando despertaron, sintieron que no podían moverse. La razón de ello fue que durante la noche los Orejones, habitantes de la región, y ante quienes las dos damas los habían denunciado, los amarraron con cuerdas de corteza de árbol. Estaban rodeados por cincuenta Orejones desnudos, armados de flechas, mazos y hachas de piedra. Unos hervían agua en una gran caldera, otros preparaban asadores y todos gritaban: “¡Es un jesuita, es un jesuita! ¡Nos vengaremos y

haremos una comilona! ¡Comeremos jesuita, comeremos jesuita!”.

“Se lo había dicho, querido amo —exclamó con tristeza Cacambo—, que esas dos muchachas nos jugarían una mala pasada”. Cándido, al percibir la caldera y los asadores, exclamó: “Ciertamente vamos a ser asados y hervidos. ¡Ah!, ¿qué diría mi maestro Pangloss si viera de qué está hecha la pura naturaleza? Todo está bien, sea, pero confieso que es cruel haber perdido a la señorita Cune-gunda y ser asado por los Orejones”. Cacambo, por su parte, no perdía jamás la cabeza. “No se desespere —le dijo al desolado Cándido—. Entiendo un poco la jerigonza de estos pueblos, y voy a hablarles”. “No deje de advertirles —dijo Cándido—, la espantosa inhumanidad que hay en cocinar hombres, y lo poco cristiano que ello significa”.

“Señores —dijo Cacambo—, ustedes creen que van a comerse a un jesuita. Eso está muy bien y nada más justo que tratar así a los enemigos. En efecto, el derecho natural enseña matar a nuestro prójimo y es de este modo que se obra en toda la tierra. Si nosotros no empleamos el derecho de comérmolo es porque poseemos otras posibilidades de darnos el festín. Pero ustedes no tienen los mismos recursos que nosotros. Ciertamente es mucho mejor

comerse a los enemigos que abandonar el fruto de su victoria a los cuervos y a las cornejas. Con todo, señores, ustedes no querrán comerse a sus amigos. Creen que ensartarán a un jesuita en el asador, cuando se trata del defensor de ustedes, al enemigo de sus enemigos es a quien van a asar. En cuanto a mí, he nacido en su mismo país. Pero el señor que ven es mi amo y, bien lejos de ser jesuita, acaba de matar a uno de ellos y hasta lleva sus despojos encima. He aquí pues al hombre que ustedes desprecian. Para verificar lo que les digo, tomen su ropa, llévenla al primer puesto fronterizo del reino de los Padres, e infórmense si mi amo no ha matado a un oficial jesuita. Les bastará poco tiempo. Nos pueden comer si hay mentira en lo que les digo. Pero si lo que digo es la verdad, ustedes conocen suficientemente los principios del derecho público, los hábitos y las leyes para no procurarnos una gracia”.

Los Orejones consideraron estas palabras muy sensatas. Nombraron dos notables para que fueran a informarse sobre la verdad. Los dos diputados hicieron la pesquisa con inteligencia y regresaron pronto con buenas noticias. Los Orejones desataron a los dos prisioneros, les hicieron toda suerte de cortesías, les ofrecieron muchachas, les dieron de comer y los condujeron hasta los confines de sus

Estados. Y entre tanto gritaban con alegría: “¡No es jesuita, no es jesuita!”.

Cándido no cesaba de admirar el sentido de su liberación. “¡Qué pueblo! —decía—, ¡qué hombres!, ¡qué costumbres! Si yo no hubiera tenido la suerte de atravesar con mi espada al hermano de la señorita Cunegunda, me habrían comido sin remisión. Pero, después de todo, la pura naturaleza es buena, ya que estas gentes, en lugar de comerme, me han obsequiado con mil gestos de honestidad al saber que yo no era jesuita”.

CAPÍTULO XVII

LLEGADA DE CÁNDIDO Y SU CRIADO AL PAÍS DE ELDORADO¹⁵ Y LO QUE VIERON ALLÍ

Cuando llegaron a la frontera de los Orejones, Cacambo dijo a Cándido: “Ve usted que este hemisferio no es mejor que el otro. Créame y regresemos a Europa lo más rápidamente posible”. “¿Y cómo regresar? —dijo Cándido—, ¿y a dónde ir? Si voy a mi país, los Búlgaros y los Ávaros lo degüellan todo. Si regreso a Portugal, me queman. Si nos quedamos en este país, corremos el riesgo a todo momento de ser asados. Pero ¿cómo resolverse a dejar la parte del mundo donde vive Cunegunda?”.

“Giremos hacia Cayena —dijo Cacambo—. Allí encontraremos a los Franceses que andan por todo el mundo. Ellos podrán ayudarnos. Dios acaso tenga piedad de nosotros”.

No era fácil ir a Cayena. Sabían más o menos hacia qué lado era necesario caminar. Pero había

montañas, ríos, precipicios, forajidos. Y los salvajes se levantaban por todas partes como obstáculos terribles. Los caballos murieron de fatiga. Las provisiones fueron consumidas. Se alimentaron durante un mes entero de frutas salvajes. Finalmente, hallaron un pequeño río rodeado de cocoteros que aliviaron sus vidas y acrecentaron sus esperanzas.

Cacambo, pródigo como la vieja en dar buenos consejos, dijo a Cándido: “Ya no podemos más, hemos caminado demasiado. Veo que hay una canoa vacía en la orilla. Llenémosla de cocos, metámonos en ella, dejémonos llevar por la corriente. Un río siempre conduce a un lugar habitado. Y si no encontramos cosas agradables, al menos toparemos con cosas nuevas”. “Vamos —dijo Cándido—, encomendémonos a la Providencia”.

Remaron durante algunas leguas entre bordes tan pronto florecidos como áridos, tan pronto llanos como escarpados. El río se alargaba siempre hasta perderse bajo una bóveda de peñascos espantosos que se elevaban hasta el cielo. Los dos viajeros tuvieron la temeridad de abandonarse al raudal formado bajo esta bóveda. El río, angostado en este lugar, los arrastró con una rapidez ruidosa y horrible. Al cabo de veinticuatro horas, volvieron a ver la luz del día. La canoa, sin

embargo, se rompió en los escollos. Fue preciso arrastrarse durante una legua entera de peñasco en peñasco. Al fin descubrieron un horizonte inmenso, bordeado de montañas inaccesibles. La región estaba cultivada tanto por el placer como por la necesidad. Por todas partes veían que lo útil era agradable. Los caminos estaban cubiertos, o más bien ornados, de coches brillantes.¹⁶ Estos llevaban hombres y mujeres de una singular belleza y eran arrastrados ágilmente por grandes corderos rojos¹⁷ que sobrepasaban en velocidad a los caballos más hermosos de Andalucía, Tetuán y Mequinez.

“He aquí, sin duda —dijo Cándido—, un país mejor que Westfalia”. En el primer pueblo que hallaron se detuvieron. Algunos niños, trajeados de bordados de oro completamente desgarrados, jugaban al tejo a la entrada del caserío. Los dos hombres del otro lado del mundo se divirtieron mientras los observaban. Los tejos eran anchas piezas redondeadas de color amarillo, rojo, verde que lanzaban un brillo singular. Los viajeros tuvieron ganas de recoger algunos, pues eran de oro, de esmeraldas, de rubíes y el menor de ellos habría sido la más alta decoración del trono del Mogol. “Sin duda —dijo Cándido—, estos niños que juegan al tejo son los hijos del rey de este

país”. En este instante el maestro del pueblo apareció para invitarlos a la escuela. “He aquí —dijo Cándido—, al preceptor de la familia real”.

Los pequeños desharrapados interrumpieron enseguida su juego y dejaron tirados en la tierra sus tejos y todo lo que les había servido para su solaz. Cándido los recogió, corrió hacia el preceptor, se los presentó humildemente haciéndose entender a través de signos, que Sus Altezas Reales habían olvidado el oro y las piedras preciosas. El maestro del pueblo, sonriendo, los arrojó al suelo, miró un momento la figura de Cándido con mucha sorpresa, y continuó su rumbo.

Los viajeros no dejaron de recoger el oro, los rubíes y las esmeraldas. “¿Dónde estamos? —exclamó Cándido—. Es necesario que los niños de este país sean bien educados para que puedan despreciar el oro y las piedras preciosas”. Cacambo estaba tan sorprendido como Cándido. Finalmente, se aproximaron a la primera casa del pueblo. Estaba construida al modo de un palacio de Europa. Una multitud de gente se atropellaba en la puerta, y todavía más en los aposentos de la vivienda. Se escuchaba una música agradable y se olía un delicioso aroma de cocina. Cacambo se aproximó a la puerta y escuchó que hablaban en peruano. Era su lengua materna, ya

se sabe que Cacambo había nacido en Tucumán, en un pueblo donde solo se conocía esta lengua. “Le serviré de intérprete —le dijo a Cándido—. Entremos, que esto es un albergue”.

Enseguida, dos muchachos y dos muchachas, ataviados de oro y con los cabellos anudados en cintas, los invitan a sentarse en una de las mesas. Sirven cuatro sopas cada una de ellas con dos loros, un cóndor cocido que pesaba doscientas libras, dos micos asados de excelente sabor, trescientos colibríes en un plato y en otro seiscientos pájaros mosca. Sirven, además, guisados exquisitos y deliciosos dulces. Y todo esto en platos hechos con una especie de cristal de piedra. Los muchachos y las muchachas de la hostería escanciaban varios licores de caña de azúcar.

La mayor parte de los comensales eran mercaderes y cocheros, dueños de una cortesía extrema. Algunos hicieron preguntas a Cacambo con circumspecta discreción, y siempre respondían satisfactoriamente a las preguntas de este.

Cuando la comida acabó, Cacambo creyó, del mismo modo que Cándido, que para pagar su parte podía hacerlo con dos de esas anchas piezas de oro que había recogido. Los dueños de la hostería estallaron en risas y se apretaron por un rato las costillas. Cuando se repusieron,

el posadero dijo: “Señores, se nota que ustedes son extranjeros, y no estamos muy acostumbrados a tratarlos. Perdonen por habernos reído ante el gesto de querer pagarnos con los guijarros de nuestros caminos. Sin duda ustedes no tienen la moneda de nuestro país, pero ella no es necesaria para comer aquí. Todas las hosterías se establecen para la comodidad del viajero y son pagadas por el gobierno. La comida aquí no es muy buena porque este es un pueblo pobre, pero en todas partes ustedes serán recibidos como lo merecen”. Cacambo explicaba a Cándido el discurso del posadero. Cándido lo escuchaba con la misma admiración y la misma perplejidad que mostraba su amigo Cacambo. “¿Cuál es este país —se decían mutuamente—, ignorado en toda la tierra, y donde la naturaleza es de una especie tan diferente a la nuestra? Probablemente es el país donde todo va bien, ya que es preciso que haya un país de esta clase. Y a pesar de lo dicho por el maestro Pangloss, me daba cuenta a menudo de que todo iba mal en Westfalia”.

CAPÍTULO XVIII

LO QUE VIERON EN EL PAÍS DE ELDORADO

Cacambo dio testimonio de su curiosidad y el posadero le dijo: “Soy tan solo un ignorante y así me siento bien. Pero aquí hay un anciano retirado de la corte. Es el hombre más sabio y más comunicativo del reino”. Enseguida Cacambo fue conducido a la casa del anciano. El papel de Cándido era secundario y consistía en acompañar a su criado. Entraron en una casa humilde. La puerta solo era de plata, los artesonados solo de oro, pero estaban trabajados con tanto gusto, que los más suntuosos artesonados no lograban ocultarlos. La antecámara en verdad solo tenía incrustaciones de rubíes y de esmeraldas. Pero el orden que imperaba allí suplía ampliamente esta extrema humildad.

El anciano recibió a los dos extranjeros en un sofá relleno de plumas de colibrí y les ofreció licores en vasos de diamantes. Luego les satisfizo la curiosidad en estos términos:

“Tengo ciento setenta y dos años. Supe, por mi finado padre, escudero del rey, de las asombrosas revoluciones del Perú de las cuales él fue testigo. El reino donde estamos es el de los antiguos Incas que quisieron imprudentemente subyugar una parte del mundo, y que al final fueron destruidos por los Españoles.

”Los príncipes de sus familias que lograron permanecer en el país fueron más sabios. Ordenaron, con el consentimiento del pueblo, que ningún habitante saliera de nuestro pequeño reino. Lo cual ha conservado nuestra inocencia y nuestra felicidad. Los Españoles han tenido un conocimiento confuso de este país y lo han llamado Eldorado, y un inglés de apellido Raleigh estuvo por aquí hace más de cien años. Pero como nos hemos rodeado de inabordables peñas y de precipicios, siempre, al menos hasta la actualidad, nos hemos protegido de la rapacidad de las naciones de Europa. Ellas tienen un furor inconcebible por los guijarros y el fango de nuestra tierra y con tal de poseerlos exterminarían hasta el último de los hombres”.

La conversación fue larga. Giró en torno a la forma del gobierno, a las costumbres, a las mujeres, a los espectáculos públicos, a las artes. Por fin Cándido, inclinado siempre por la metafísi-

ca, pidió a Cacambo que preguntara si en el país había una religión.

El anciano se sonrojó un poco. “¿Cómo es posible que dude de ello! ¿Nos toma por ingratos?”. Cacambo preguntó con humildad de qué religión se trataba. El anciano se sonrojó aún más. “¿Y es que puede haber dos religiones? —dijo—. Nosotros practicamos, creo, la misma religión de todo el mundo. Adoramos al Dios de la noche y de la mañana”. “¿Adoran a un solo Dios?” dijo Cacambo, que servía siempre de intérprete a las dudas de Cándido. “Ni que hubiera dos, tres o cuatro. Les confieso que las gentes de su mundo preguntan cosas bastante singulares”. Cándido insistía en preguntarle al anciano. Quiso saber cómo se oraba a Dios en Eldorado. “Nunca oramos —dijo el bueno y respetable anciano—. No tenemos nada que pedirle a Dios. Él nos ha dado todo lo necesario y por ello le agradecemos sin cesar”. A Cándido le entró la curiosidad por conocer a los sacerdotes, y preguntó dónde estaban. El anciano sonrió. “Amigos míos —dijo—, todos somos sacerdotes. El rey y los jefes de familia elevan solemnemente cantos de acción de gracias todas las mañanas. Y cinco o seis mil músicos los acompañan”.

“¿Cómo! ¿Ustedes no tienen monjes que enseñen, que discutan, que gobiernen, que intri-

guen, que manden a quemar a las gentes que no compartan su opinión?”. “Tendríamos que estar locos —dijo el anciano—. Aquí tenemos todos la misma opinión y no entendemos lo que usted quiere decir cuando habla de sus monjes”. Ante estas palabras, Cándido quedaba como en éxtasis, y se decía a sí mismo: “Esto sí que es bien distinto a Westfalia y al castillo del señor barón. Si mi amigo Pangloss hubiera visto Eldorado, no habría dicho que el castillo de Thunder-tentronckh era el mejor sobre la tierra. Ciertamente es que viajar es necesario”.

Sucedida esta larga conversación, el anciano mandó a preparar un carruaje con seis corderos, y ordenó a doce de sus sirvientes que condujeran a los dos extranjeros a la corte. “Excúsenme —les dijo—, pero mi avanzada edad me impide el honor de acompañarlos. El rey los recibirá de una manera que les será grata y ustedes sabrán perdonar algunos de nuestros hábitos que tal vez no les satisfagan”.

Cándido y Cacambo suben al carruaje. Los seis corderos volaban y llegaron, en menos de cuatro horas, al palacio del rey, situado al extremo de la capital. El portal de entrada era de doscientos pies de alto por cien de largo. Parecía imposible decir de qué material estaba hecho. Se notaba



claramente, empero, la superioridad que tenía sobre esos pedruscos y esa arena que nosotros llamamos *oro y piedras preciosas*.

Veinte hermosas muchachas de la guardia recibieron a Cándido y a Cacambo cuando descendieron del carruaje. Los condujeron a los baños, los vistieron con un tejido de plumón de colibrí. Más tarde, los grandes oficiales de la corona los llevaron a los aposentos de Su Majestad. Pasaron en medio de dos filas, cada una de mil músicos, según la costumbre ordinaria. Al aproximarse a la sala del trono, Cacambo preguntó a un oficial cuáles eran las maneras utilizadas para saludar a Su Majestad. Si había que arrodillarse, o tenderse boca abajo, o poner las manos sobre la cabeza, o ponerlas detrás del cuerpo, o si había que lamer el polvo de la sala. En pocas palabras, que le explicara cómo era la ceremonia. “Lo habitual —dijo el gran oficial—, es abrazar al rey y besarlo en ambas mejillas”. Cándido y Cacambo saltaron al cuello de Su Majestad, quien los recibió con toda la gracia imaginable y les suplicó cortésmente que comieran con él.

Mientras esperaban, les hicieron conocer la ciudad, los edificios públicos elevados hasta las nubes, los mercados adornados con mil columnas, las fuentes de agua pura, las fuentes de agua rosada,

las de licores de caña de azúcar que borboteaban continuamente en grandes plazas embaldosadas con unas piedras preciosas que despedían un olor parecido al del giroflé y la canela. Cándido pidió que le mostraran la corte de justicia y el parlamento. Se le dijo que nada de esto existía y que nunca se presentaban pleitos. Preguntó si había cárceles y se le respondió que no. Lo que más lo sorprendió, llenándolo de gran placer, fue el palacio de las ciencias. Allí vio una galería de dos mil pasos llena de instrumentos de matemáticas y de física.

Luego de haber recorrido en la tarde más o menos la milésima parte de la ciudad, los llevaron donde el rey. Cándido se sentó a la mesa con Su Majestad, su criado Cacambo y varias damas. Nunca hubo mejores manjares y tanto buen gusto en la conversación con Su Majestad. Cacambo explicaba las ingeniosas palabras del rey a Cándido y, aunque traducidas, a este le parecían siempre ingeniosas. Y de todo lo que impresionaba a Cándido, esto no fue lo que menos lo impresionó.

Pasaron un mes como huéspedes reales. Cándido no se cansaba de decirle a Cacambo: “Es verdad una vez más, amigo mío, que el castillo donde nací no es mejor que este país. Pero, en fin, la señorita Cunegunda no está aquí, e imagino que tú ten-

drás algunas amantes en Europa. Si nos quedamos aquí jamás seremos como los otros. Piensa que si regresamos a nuestro mundo solamente con doce corderos cargados con los guijarros de Eldorado, seremos más ricos que todos los reyes juntos, y ya no habrá que temer a los inquisidores y podremos recuperar con facilidad a la señorita Cunegunda”.

Tal discurso convenció a Cacambo. Hay tanta satisfacción en el movimiento, en sentirse valorado en su propia tierra, en compartir todo lo que se ha visto en los viajes, que los dos felices extranjeros resolvieron no seguir siéndolo y le pidieron permiso a Su Majestad para partir.

“Cometen una estupidez —les dijo el rey—. Sé muy bien que mi país es poca cosa, pero cuando se está medianamente en algún lado, es necesario quedarse allí. Con seguridad, no tengo el derecho de retener a los extranjeros. Es una tiranía que no figura en nuestras costumbres, ni en nuestras leyes. Todos los hombres son libres, váyanse cuando lo deseen, pero la salida es bastante complicada. Es imposible remontar el río vertiginoso, que corre bajo bóvedas de piedras, que ustedes milagrosamente pudieron sortear. Las montañas que rodean todo mi reino tienen dos mil pies de altura, y son rectas como murallas. Cada una de ellas tiene la anchura de diez leguas. El único modo de descen-

derlas es a través de precipicios. Sin embargo, ya que para ustedes es absolutamente preciso partir, daré orden a los intendentes de las máquinas para que construyan una que pueda transportarlos con comodidad. Cuando se les conduzca al otro lado de las montañas, nadie podrá acompañarlos. Mis hombres han prometido jamás salir de su entorno, y ellos son demasiado sabios como para romper su juramento. Pídanme, en todo caso, todo lo que necesiten”. “Solo queremos pedirle a Su Majestad —dijo Cacambo— unos cuantos corderos cargados de víveres, de guijarros y del barro del país”. El rey sonrió. “No comprendo —dijo— cuál es el gusto que las gentes de Europa tienen por nuestro lodo amarillo. Pero llévense todo lo que puedan y ojalá les sirva de provecho”.

De inmediato ordenó a sus ingenieros que hicieran una máquina para llevar a los dos hombres extraordinarios fuera del reino. Tres mil excelentes físicos trabajaron en ella. Al cabo de quince días estuvo lista y no costó más que veinte millones de libras esterlinas, moneda del país. Pusieron a Cándido y a Cacambo en la máquina. Había un par de grandes corderos, ensillados y con bridas, para que les sirvieran de montura mientras franqueaban las montañas, veinte corderos cargados con víveres, treinta que llevaban los presentes

más atractivos del país, y cincuenta cargados con oro, piedras preciosas y diamantes. El rey abrazó tiernamente a los dos vagabundos.

Fue un bello espectáculo su partida, la manera ingeniosa en que ellos y los corderos fueron izados hasta lo alto de las montañas. Los físicos se despidieron después de haberlos asegurado en la máquina. Cándido no tuvo otro deseo y otro objeto que ir donde la señorita Cunegunda para presentarle sus corderos. “Tenemos —dijo— con qué pagarle al gobernador de Buenos Aires, si es que la señorita Cunegunda puede tener un precio. Vamos hacia Cayena, embarquémonos, y ya veremos cuál reino podremos comprar”.

CAPÍTULO XIX

LO QUE LES SUCEDIÓ EN SURINAM, Y CÓMO CÁNDIDO CONOCIÓ A MARTÍN

La primera jornada de los dos viajeros fue agradable. Los entusiasmaba el hecho de sentirse dueños de tesoros que ni Asia, Europa y África juntas podían reunir. Cándido, arrobado, escribió el nombre de Cunegunda en los árboles. En la segunda jornada dos de sus corderos se hundieron con sus cargas en los pantanos. Dos corderos murieron de fatiga algunos días después. Más tarde, siete u ocho perecieron de hambre en un desierto. Al cabo de otros días, unos más perecieron en los precipicios. En fin, luego de cien días de camino solo les quedaban dos corderos. Cándido dijo a Cacambo: “Amigo mío, ya ve usted lo percederas que son las riquezas. Pero no hay nada más sólido que la virtud y la alegría de ver de nuevo a la señorita Cunegunda”. “Estoy de acuerdo —dijo Cacambo—, pero aún nos quedan dos corderos con

tesoros que jamás tendría el rey de España. Y a lo lejos veo una ciudad que acaso sea la Surinam de los Holandeses. Estamos en el límite de nuestras penas y en el inicio de nuestra felicidad”.

Al aproximarse a la ciudad, encontraron a un negro tirado en el suelo, con solo la mitad de su traje. Llevaba, mejor dicho, un calzón de tela azul. Al pobre hombre le faltaban la pierna izquierda y la mano derecha. “¡Eh, Dios mío! —le dijo Cándido en holandés— ¿qué haces aquí en este horrible estado en que te veo?”. “Espero a mi amo, el señor Vanderdendur, famoso negociante”, respondió el negro. “¿Y es el señor Vanderdendur —dijo Cándido— quien te ha tratado así?”. “Sí, señor —dijo el negro—, es lo que se acostumbra. Se nos da un calzón de tela por vestido dos veces al año. Cuando trabajamos en los ingenios y la muela nos atrapa algún dedo, nos cortan la mano. Y cuando queremos huir, nos cortan la pierna.¹⁸ Como ve, a mí me sucedieron los dos casos. Este es el precio del azúcar que ustedes comen en Europa.¹⁹ Sin embargo, cuando mi madre me vendió por diez escudos patagones en la costa de Guinea, me decía: ‘Mi querido hijo, bendice a nuestros fetiches, adóralos por siempre, pues ellos te harán feliz. Tienes el honor de ser esclavo de nuestros señores blancos, y así procuras la fortuna de tu padre y de tu madre’.



¡Ay!, ignoro si yo provoqué su fortuna, pero sé que ellos no favorecieron la mía. Los perros, los micos y los loros son mil veces menos desgraciados que nosotros. Los fetiches Holandeses que me convirtieron, me dicen los domingos que todos, blancos y negros, somos hijos de Adán. No soy genealogista, pero si estos predicadores dicen la verdad, todos somos primos hermanos. Ahora bien, me confesarán ustedes que no es posible comportarse con los parientes de una manera más horrible”.

“¡Oh Pangloss! —exclamó Cándido—, jamás habrías adivinado semejante abominación. Pero así son las cosas y al fin tendré que renunciar a tu optimismo”. “¿Qué es el optimismo”, decía Cacambo. “¡Ay! —dijo Cándido—, es la rabia que nos lleva a decir que todo está bien cuando estamos mal”, y derramaba lágrimas al mirar al negro. Así, llorando, entró a Surinam.

La primera cosa que preguntan es si en el puerto hay algún navío que pueda llevarlos a Buenos Aires. A quien se dirigieron era precisamente un patrón Español que les ofreció negociar un asunto honesto. Les dio cita en una taberna. Cándido y el fiel Cacambo fueron allí y lo esperaron con sus dos corderos.

Cándido, con el corazón en la boca, le contó al Español el detalle de sus aventuras, y le confesó que quería rescatar a la señorita Cunegunda. “Yo me cuidaré de llevarlo a Buenos Aires —dijo el patrón—. Tanto a mí como a ustedes nos colgarían. La bella Cunegunda es la amante favorita del gobernador”. Esto fue un golpe brutal para Cándido. Durante un rato estuvo llorando. Al fin, llevó aparte a Cacambo: “Querido amigo, mira lo que debes hacer. Cada uno tenemos en nuestros bolsillos cinco o seis millones en diamantes. Eres más hábil que yo. Ve a Buenos Aires y rescata a

la señorita Cunegunda. Si el gobernador pone problemas, dale un millón. Si no te la devuelve, dale dos. Tú no has matado a ningún inquisidor y nadie desconfiará de ti. Entre tanto, yo aparejaré otro navío e iré a esperarte en Venecia. Ese es un país libre y no hay nada que temer de los Búlgaros, ni de los Ávaros, ni de los Judíos, ni de los inquisidores”. Cacambo aplaudió esta sabia resolución. Estaba desolado por tener que dejar a su buen amo, convertido ahora en amigo íntimo. Pero fue más grande el placer de serle útil que el dolor ocasionado por la separación. Se abrazaron y lloraron. Cándido le recomendó no olvidar a la buena vieja. Cacambo partió ese mismo día. Sin duda era un buen hombre aquel Cacambo.

Cándido permaneció un tiempo más en Surinam. Esperó a que otro patrón quisiera llevarlo, a él y a sus dos corderos, a Italia. Contrató algunos sirvientes y compró todo lo necesario para el largo viaje. Por fin, el señor Vanderdendur, dueño de un gran navío, se presentó. “¿Cuánto pide —le preguntó Cándido—, por llevarme y llevar todas mis pertenencias directamente a Venecia?”. El patrón pidió diez mil piastras. Cándido no vaciló.

“¡Oh!, ¡oh! —masculló para sí el prudente Vanderdendur—. ¡Este extranjero paga diez mil piastras de un solo golpe! Tiene que ser un hombre muy

rico”. Luego dijo que no haría el viaje por menos de veinte mil. “Bien —dijo Cándido—, las tendrá”.

“¡Vaya! —se dijo en voz baja el mercader—, este hombre paga veinte mil piastras tan fácilmente como si pagara diez mil”. Esta vez dijo que no podía conducirlo a Venecia por menos de treinta mil piastras. “Tendrá usted entonces las treinta mil”, respondió Cándido.

“¡Oh!, ¡oh! —se dijo una vez más el mercader Holandés—, treinta mil piastras no son nada para este hombre. Sin duda los dos corderos cargan tesoros incalculables. No insistamos más. Primero hagámosle pagar las treinta mil piastras y luego veremos”. Cándido vendió dos pequeños diamantes. El más pequeño valía más que todo el dinero pedido por el patrón, y le pagó de antemano. Los dos corderos fueron embarcados. Cándido iba en un pequeño bote que debía unirse al navío en la rada. El patrón se toma el tiempo necesario, despliega las velas y se hace a la mar. El viento lo favorece. Cándido, confuso y estupefacto, lo pierde muy pronto de vista. “¡Ay! —exclama—, he aquí una fechoría digna del viejo mundo”. Regresa a la orilla, abismado en el dolor, pues había perdido el equivalente a la fortuna de veinte monarcas.

Se dirige a la oficina de un juez Holandés. Como estaba un poco aturdido, golpea la puerta con ru-

deza. Entra y expone su aventura, y todo lo dice en un tono más alto del conveniente. El juez comienza haciéndole pagar diez mil piastras por el ruido ocasionado. Enseguida lo escucha pacientemente, le promete examinar su asunto al regreso del patrón, y exige un pago de otras diez mil piastras por la audiencia.

Tal procedimiento termina por desesperar a Cándido. En verdad, él había padecido infortunios mil veces peores, pero la sangre fría del juez y la del patrón encendieron su bilis y lo hundieron en una sombría melancolía. La maldad de los hombres se presentaba a su espíritu con toda su repugnancia. Y siempre se veía asediado por ideas tristes. Finalmente, un navío francés estaba presto a viajar hacia Burdeos. Como Cándido ya no tenía corderos cargados de diamantes para embarcar, alquiló uno de los camarotes del navío a un precio justo. Posteriormente avisó en la ciudad que estaba dispuesto a pagar el pasaje, la alimentación, y dar dos mil piastras a un hombre honesto que quisiera viajar con él. La condición de Cándido era, no obstante, que este hombre debía ser el más desesperado por su situación y el más desgraciado de la provincia.

Se presentó entonces una multitud de candidatos que no hubieran cabido en una flota. Querien-

do escoger entre los más sobresalientes, Cándido distinguió una veintena de personas que le parecieron bastante sociables y dignas de merecer la preferencia. Los reunió en su posada y les dio de comer a condición de que cada uno, bajo juramento, contara su historia con la mayor fidelidad posible. Se prometió escoger al más calamitoso de todos y al que se sintiera el más descontento con su propia condición. En cuanto a los demás, les daría alguna gratificación.

La sesión duró hasta las cuatro de la mañana. Cándido, al escuchar todas esas desventuras, se acordaba de lo que le había dicho la vieja en el camino a Buenos Aires, y de la apuesta que ella había hecho de que no había nadie en el navío libre de las grandes desdichas. Pensaba en Pangloss cada vez que oía el relato de las desdichas. “Ese Pangloss —decía— se vería en aprietos para demostrar su sistema. Cuánto quisiera que estuviera aquí. Ciertamente es solo en Eldorado donde todo va bien y no en el resto de la tierra”. Por fin, se inclinó por un pobre sabio que había trabajado diez años para los libreros de Amsterdam. Y juzgó que no había ningún otro oficio en el mundo que suscitara tanta repugnancia.

Este sabio, que era además un buen hombre, había sido robado por su mujer, golpeado por su

hijo y abandonado por su hija, quien optó por escaparse con un Portugués. Acababa de perder un pequeño empleo que le permitía la subsistencia. Los predicadores de Surinam lo perseguían porque lo tachaban de sociniano²⁰. Hay que confesar que los demás eran al menos tan desgraciados como él. Pero Cándido pensaba que, con el sabio, el viaje podría ser menos aburrido. Todos los otros rivales consideraron que Cándido era injusto. Pero él los apaciguó obsequiándoles a cada uno cien piastras.

CAPÍTULO XX

LO QUE SUCEDIÓ A CÁNDIDO Y A MARTÍN EN EL MAR

Cándido y el viejo sabio, que se llamaba Martín, se embarcaron para Burdeos. Ambos habían visto muchas cosas y sufrido demasiado. Y si el navío, al salir de Surinam hubiera tomado rumbo hacia Japón por el cabo de Buena Esperanza, no les habría faltado tema para discurrir durante el viaje sobre el mal moral y el mal físico.

Con todo, Cándido aventajaba en mucho a Martín. En realidad, este no esperaba nada y el otro esperaba volver a ver a la señorita Cunegunda. Además, Cándido había tenido oro y diamantes. Y aunque hubiera perdido cien corderos fuertes y rojos cargados con los más grandes tesoros de la tierra, y le agobiara la bribonería del patrón Holandés, cuando pensaba en lo que tenía en los bolsillos y hablaba de Cunegunda al final de las comidas, se inclinaba una vez más por el sistema de Pangloss.

“¿Pero usted, señor Martín —le dijo al sabio—, que piensa de todo esto? ¿Cuál es su opinión sobre el mal moral y el mal físico?”. “Señor —respondió Martín—, los sacerdotes me han acusado de ser sociniano. La verdad del asunto, empero, es que soy maniqueo²¹”. “Se burla usted de mí —dijo Cándido—, ya no hay maniqueos en el mundo”. “Estoy yo —dijo Martín—, y no sé qué hacer al respecto, pero no puedo pensar de otro modo”. “Quizás tenga usted metido el diablo en su cuerpo”, dijo Cándido. “Él se mezcla tan fuertemente en las cosas de este mundo —dijo Martín—, que es posible que esté en mi cuerpo como lo está en todas partes. Pero le aseguro que, al lanzar una mirada sobre el globo terrestre, o mejor dicho sobre este glóbulo, creo que Dios lo ha dejado en manos de un ser maligno. Habría que hacer tal vez una excepción con Eldorado. No he visto ciudades que no desearan la ruina de la ciudad vecina, ni familias que no quisieran exterminar a otra familia. En todas partes los débiles abominan de los poderosos así se arrastren a sus pies. Y los poderosos los tratan como si fueran rebaños de los cuales venden desvergonzadamente la lana y la carne. Un millón de asesinos uniformados corren de un extremo a otro de Europa, ejerciendo con disciplina el crimen y el vandalismo para ganarse

el pan, pues no hay oficio más honesto. Y en las ciudades que parecen gozar de la paz y donde florecen las artes, a los hombres los devoran más la envidia, el agobio y las inquietudes que a una ciudad sitiada por los peores flagelos. Las tristezas secretas son todavía más crueles que las miserias públicas. En pocas palabras, he visto tanto y he padecido tanto que soy maniqueo.

“Hay, sin embargo, algo bueno”, replicaba Cándido. “Tal vez —decía Martín—, pero no lo conozco”.

En medio de esta discusión, se oyó un cañonazo. El estruendo aumentó cada vez más y cada uno tomó su antejo. Vieron que dos naves combatían desde una distancia aproximada de tres millas. El viento las llevó tan cerca del navío francés, que tuvieron el placer de presenciar el combate cómodamente. Al final, una de las naves le lanzó a la otra una descarga tan certera que la hundió. Cándido y Martín vieron una centena de hombres sobre la cubierta de la nave que zozobraba. Levantaban las manos al cielo y lanzaban clamores espantosos. Y en un momento todo fue tragado por las aguas.

“Y bien —dijo Martín—, mire usted cómo los hombres se tratan entre ellos”. “Es verdad —dijo Cándido— que hay algo de diabólico en esta situación”. Y hablando de este modo, él se dio cuenta de que algo, de un rojo brillante, nadaba al lado de

su navío. Se descolgó la chalupa para ver de qué se trataba. Era uno de sus corderos. Cándido, al reconocerlo, tuvo una alegría más fuerte que la tristeza que sintió por la pérdida de los cien animales cargados de gruesos diamantes de Eldorado.

El capitán francés pronto supo que el capitán de la nave victoriosa era Español, y que el de la hundida era un pirata Holandés. Era el mismo que le había robado a Cándido. Las inmensas riquezas que este delincuente adquirió se hundieron en el mar con él, y no hubo más que un cordero salvado. “Ve usted —dijo Cándido a Martín— que a veces el crimen se castiga. Ese bribón Holandés ha tenido la suerte que merecía”. “Sí —dijo Martín—. Pero ¿era necesario que los pasajeros del navío hubieran perecido? Dios ha castigado a ese pillo, el diablo ha ahogado a los otros”.

En todo caso, el navío francés y el español continuaron su rumbo, y Cándido siguió sus conversaciones con Martín. Discutieron a lo largo de quince días y al cabo de ese tiempo se encontraban como en el primer día. Pero de este modo hablaban, compartían ideas, se consolaban. Cándido acariciaba su cordero. “Puesto que te encontré —dijo—, quizás pueda encontrar a Cunegunda”.

CAPÍTULO XXI

CÁNDIDO Y MARTÍN SE APROXIMAN A LAS COSTAS DE FRANCIA Y RAZONAN

Divisaron por fin las costas de Francia. “¿Alguna vez ha estado en Francia, señor Martín?”, dijo Cándido. “Sí —dijo Martín—, he recorrido varias de sus provincias. Hay unas donde la mitad de su población está loca. Algunas donde se es demasiado artero. Otras donde frecuentemente hay habitantes apacibles y estúpidos. Otras donde hay inteligentes. Y, en todas, la principal ocupación es el amor, la segunda la maledicencia, y la tercera proferir necedades”. “Pero, señor Martín, ¿ha estado usted en París?”. “Sí, he estado en París. Allí están reunidos todos estos tipos de existencia. Es un caos, un gentío donde todos buscan el placer y casi nadie lo encuentra. Al menos eso es lo que me parece. Permanecí poco tiempo allí. Apenas llegaba cuando unos rufianes me robaron todo lo que tenía, en la fe-

ria de San Germán. Me tomaron incluso por un ladrón y debí permanecer ocho días en la cárcel. Luego trabajé como corrector de imprenta para ganar algo y poder regresar a Holanda. Conocí la canalla que escribe, la canalla de la intriga y la canalla convulsionaria²². Dicen que hay personas corteses en esa ciudad. Ya quisiera creerlo”.

“En cuanto a mí, Francia no me suscita ninguna curiosidad —dijo Cándido—. Usted adivinará que cuando se pasa un mes en Eldorado, la única preocupación que se tiene en este mundo es ver a la señorita Cunegunda. Voy a esperarla en Venecia. Atravesaremos Francia para ir a Italia. ¿No me acompañaría usted?”. “Con gusto —dijo Martín—. Dicen que Venecia solo es buena para los nobles venecianos, pero que reciben bien a los extranjeros siempre y cuando se tenga mucho dinero. Yo no tengo nada, pero usted tiene, y lo seguiré a todas partes”. “A propósito —dijo Cándido—, ¿cree usted que la tierra haya sido en su origen un mar, como lo asegura el grueso libro que pertenece al capitán del navío?”. “En absoluto —dijo Martín— como tampoco creo en todas esas ilusiones que nos han metido en la cabeza desde hace tiempos”. “Pero, ¿para qué fin entonces se ha formado este mundo?”, dijo Cándido. “Para hacernos enfurecer”, respondió

Martín. “¿No le asombra la historia que le conté —continuó Cándido—, aquella del amor de ese par de muchachas por los dos simios en el país de los Orejones?”. “En absoluto —dijo Martín—, no veo ninguna extrañeza en esa pasión. He visto tantas cosas extraordinarias que para mí no hay nada extraordinario”. “¿Usted cree —dijo Cándido— que los hombres siempre se han masacrado como lo hacen en la actualidad? ¿Que siempre hayan sido mentirosos, trapaceros, pérfidos, desagradecidos, rufianes, flojos, veleidosos, cobardes, golosos, borrachos, avaros, ambiciosos, sanguinarios, calumniadores, disolutos, fanáticos, hipócritas y estúpidos?”. “¿Cree usted —dijo Martín— que los gavilanes se comen siempre a las palomas cuando se topan con ellas?”. “Sin duda”, dijo Cándido. “Pues bien —dijo Martín—, si los gavilanes siempre han tenido el mismo carácter, ¿por qué cree usted que los hombres hayan cambiado el suyo?”. “¡Oh! —dijo Cándido—, hay una clara diferencia, pues el libre arbitrio...”. Y de este modo discurrían cuando llegaron a Burdeos.

CAPÍTULO XXII

LO QUE LES SUCEDIÓ A CÁNDIDO Y A MARTÍN EN FRANCIA

Cándido se detuvo en Burdeos el tiempo necesario para vender algunos guijarros de Eldorado. Se procuró un coche ligero de dos puestos, pues le era imposible separarse de su filósofo Martín. Lo que lo enojó, no obstante, fue la separación de su cordero. Tuvo que dejarlo en la Academia de Ciencias de Burdeos, la cual propuso como premio ese año averiguar el porqué la lana del animal era roja. El premio fue adjudicado a un sabio del Norte que demostró a través de A más B , menos C y dividido por Z , que el cordero debía ser rojo y morir de viruela.

Todos los viajeros con los que Cándido se cruzaba en las tabernas del camino le decían: “Vamos a París”. Este afán general le despertó un ansia especial por conocer esta capital. De todas formas, no tenía que desviarse mucho del camino a Venecia.

Entró por el suburbio de San Marcelo, y creyó estar en la más fea aldea de Westfalia.

Al llegar a su albergue, a Cándido lo atacó una enfermedad leve causada por sus fatigas. Como tenía en el dedo un diamante enorme, y la gente se dio cuenta de que en su equipaje había una caja prodigiosamente pesada, fue atendido por dos médicos que no había solicitado. Algunos amigos íntimos aparecieron y se negaban a dejarlo. Dos devotas se encargaron de calentarle las sopas. Martín, al darse cuenta de esta atención desmesurada, decía: “Recuerdo haber estado enfermo en París durante mi primer viaje. Era pobre, y así no tuviera amigos, ni devotas, ni médicos, pude curarme”.

A pesar de los médicos y las sangrías, la enfermedad de Cándido se agravó. Un clérigo del barrio, con gestos dulces, le pidió un billete al portador para el otro mundo. Cándido se negó rotundamente. Las devotas le explicaron que se trataba de una nueva moda. Cándido respondió que él ignoraba las modas. Martín quiso arrojar al clérigo por la ventana. Este juró que jamás enterraría a Cándido. Martín juró, por su parte, que él enterraría al cura si no dejaba de importunarlos. La querrela se caldeó. Martín lo agarró por los hombros y lo expulsó con rudeza. Tal situación

causó gran escándalo y desencadenó un proceso verbal.

Cándido sanó y, durante su convalecencia, gozó de buena compañía en las comidas. A menudo jugaba con cierta intensidad y se asombraba de que jamás le salieran ases. Martín, en cambio, no se asombraba en absoluto.

Entre aquellos que en la ciudad le prodigaban sus honores, había un pequeño abate de Périgord. Uno de esos hombres diligentes, siempre alertas y serviciales, atrevidos, aduladores, acomodaticios, que están pendientes de los extranjeros, les cuentan la historia escandalosa de la ciudad y ofrecen todo tipo de placeres a cualquier precio. El abate, en primer lugar, llevó a Cándido y a Martín a la comedia. Se presentaba una nueva tragedia. Cándido se ubicó cerca de algunas personas de elevada inteligencia. Ello no le impidió llorar con ciertos pasajes que le parecieron perfectamente actuados. Uno de esos críticos le dijo en un entreacto: “Se equivoca usted al llorar: la actriz es muy mala y el actor que trabaja con ella es todavía peor. La obra es más mala incluso que los actores. El autor no sabe ni una palabra en árabe y la trama transcurre en Arabia.²³ Y, además, es un hombre que no cree en las ideas innatas.²⁴ Mañana, si lo desea, le traeré veinte libelos escri-

tos contra él”. “Señor —dijo Cándido al abate—, ¿cuántas obras de teatro tienen ustedes en Francia?”. El abate respondió: “Cinco o seis mil”. “Son muchas —dijo Cándido—. ¿Cuántas hay buenas?”. “Quince o dieciséis”, replicó el otro. “Son muchas”, dijo Martín.

Cándido se entusiasmó con una actriz que hacía de reina Isabel en una tragedia mediocre que se montaba de vez en cuando. “Esta actriz —dijo a Martín— me place mucho. Posee un cierto aire que me recuerda a la señorita Cunegunda. Me gustaría saludarla”. El abate de Périgord se ofreció a introducirlo en casa de la mujer. Cándido, educado en Alemania, preguntó cuál era la etiqueta y cómo se trataba a las reinas de Inglaterra en Francia. “Depende del sitio donde se esté —dijo el abate—. Si es en Provincia, se las lleva a la taberna. En París se las respeta si son bellas, y se las arroja al vertedero si están muertas”. “¡Reinas al vertedero!”, dijo Cándido. “Sí, es verdad —dijo Martín—, el señor abate tiene razón. Yo estaba en París cuando la señorita Monime pasó, como se dice, de esta vida a la otra. Se le negó lo que la gente de aquí llama *los honores de la sepultura*, es decir, de pudrirse con toda la pobrería del barrio en un cementerio hediondo. La enterraron sola en una esquina de la calle Borgoña,

cosa que debió producirle una pena extrema, ya que ella tenía pensamientos nobles”. “Me parece bastante descortés”, dijo Cándido. “¿Qué más quiere usted? —dijo Martín—. La gente de aquí se comporta de este modo. Imagínese todas las contradicciones y todas las incompatibilidades posibles, usted las verá en el gobierno, en los tribunales, en las iglesias, en los espectáculos de esta nación extraña”. “¿Es verdad que siempre se ríe en París?”, dijo Cándido. “Sí —dijo el abate—, pero se ríen con rabia. Incluso, se quejan a grandes carcajadas. Incluso se ríen haciendo las acciones más detestables”.

“¿Quién es el cerdo —dijo Cándido— que decía barbaridades de la obra de teatro que me hizo llorar y cuyos actores me satisficieron tanto?”. “Un pícaro —respondió el abate— que se gana la vida hablando mal de todas las obras y de todos los libros. Detesta al que triunfa del mismo modo en que un eunuco odia a los que gozan. Es una de esas serpientes de la literatura que se alimenta del fango y del veneno. Mejor dicho, es lo que se llama un foliculario²⁵”. “¿A qué llama usted foliculario?”, dijo Cándido. “Es —dijo el abate— un hacedor de folletos, un *Fréron*²⁶”.

Así razonaban Cándido, Martín y el abate, en las escalas mientras veían desfilar las gentes a la

salida del teatro. “Pese a que yo desee volver a ver a la señorita Cunegunda —dijo Cándido—, quisiera cenar con la señorita Clairon. Es una criatura admirable”.

El abate no era el hombre apropiado para acercarse a la señorita Clairon, inclinada solo a las buenas compañías. “Ella está comprometida para esta noche —dijo—, pero concédame el honor de llevarlo donde una dama de gran calidad y podrá conocer París como si hubiera vivido en ella durante cuatro años”.

Cándido, de naturaleza curiosa, se dejó llevar a casa de la dama, en el corazón del suburbio de San Honorato. Allí jugaban una partida de faraón. Doce tristes jugadores tenían, cada uno en su mano, un ramillete de cartas, registro cornudo de sus infortunios. Un hondo silencio reinaba, la palidez tocaba la frente de los jugadores, la inquietud la del banquero. Y la dueña del recinto, sentada al lado de este banquero despiadado, observaba con ojos de lince todas las apuestas con que cada jugador doblaba sus naipes. Y se los hacía desdoblar con una atención severa pero respetuosa, y jamás se enfadaba por miedo a perder sus clientes. La dama se hacía llamar la marquesa de Parolignac. Su hija de quince años era uno de los jugadores y advertía

con un guiño de ojo las trampas de esas pobres gentes que intentaban reparar las crueldades del destino. El abate de Périgord, Cándido y Martín entraron. Nadie se levantó, ni los saludó, ni los miró. Todos estaban profundamente ocupados en sus cartas. “La señora baronesa de Thunder-tronckh era más cortés”, dijo Cándido.

El abate se acercó, sin embargo, al oído de la marquesa. Ella a duras penas se levantó. Honró a Cándido con una falsa sonrisa, y a Martín con un gesto de cabeza displicente. Le dio una silla y un juego de cartas a Cándido. En un par de tandas este perdió cincuenta mil francos. Luego cenaron con alegría, y todos estaban sorprendidos de que Cándido no sintiera la pérdida. Los lacayos se decían entre ellos, en su lengua de lacayos: “Debe ser algún noble inglés”.

La cena fue como la mayor parte de las cenas de París: primero hay un silencio, luego un ruido de palabras que nadie entiende, enseguida bromas a cuál más insípida, noticias falsas, razonamientos torpes, un poco de política y mucho de maledicencia. Se habló incluso de libros nuevos. “¿Ha leído usted —dijo el abate de Périgord— la novela del señor Gauchat, doctor en teología?”. “Sí —respondió uno de los comensales—, pero no pude acabarlo. Hay una multitud de escri-

tos impertinentes, pero todos juntos no igualan la impertinencia de Gauchat, doctor en teología. Estoy tan hastiado de esta inmensidad de libros detestables que nos inundan, que me he convertido en un jugador de faraón”. “Y de las *Misceláneas* del archidiácono T²⁷, ¿qué piensa usted?”, dijo el abate. “¡Ah! —dijo la marquesa de Parolignac—, ¡es el aburrimiento mortal! ¡Hay que ver cómo cuenta lo que todo el mundo sabe! ¡Cómo discute pesadamente lo que ni siquiera vale la pena de señalar superfluamente! ¡Cómo se apropia sin ingenio del ingenio de los otros! ¡Cómo estropea todo lo que toca! ¡Cómo me asquea! Pero ya no me asqueará más, pues es suficiente haber leído algunas páginas del archidiácono”.

En la mesa había un hombre culto y de buen gusto que apoyó lo dicho por la marquesa. Se habló enseguida de tragedias. La dama preguntó por qué había tragedias que a veces se representaban, pero que eran imposibles de leer. El hombre culto explicó que había obras de teatro que podían tener algún interés y carecer casi de cualquier mérito. Y demostró, en pocas palabras, que no es suficiente con representar una o dos situaciones que se encuentran en casi todas las novelas y que seducen siempre a los espectadores, sino que es indispensable ser nuevo sin caer en

la extravagancia, a menudo ser sublime y siempre natural. Se debe tan solo conocer el corazón humano y hacerlo hablar. Ser gran poeta sin que ningún personaje de la obra pretenda serlo. Hay que saber perfectamente su lengua, hablarla con pureza, con armonía continua, sin que jamás la rima afecte el sentido. “Aunque —dijo—, el que no siga estas normas podrá escribir una o dos tragedias aplaudidas en el teatro, pero nunca estará entre los buenos escritores. En realidad, hay pocas tragedias buenas. Unas son idilios en forma de diálogos bien escritos y bien rimados.²⁸ Otras, razonamientos políticos que adormecen,²⁹ o ampliaciones del verbo que repelen. Otras más, son sueños de energúmeno tramados en estilo bárbaro,³⁰ propósitos desarticulados, largos apóstrofes a los dioses porque no se sabe hablar a los hombres, falsas máximas, ampulosos lugares comunes”.

Cándido escuchó con atención estas consideraciones y se formó una elevada opinión de quien las había pronunciado. Y como la marquesa tuvo el cuidado de situarlo a su lado, se le aproximó al oído y se atrevió a preguntarle quién era este hombre que hablaba tan bien. “Es un sabio que no juega, y que el abate trae a cenar de vez en cuando. Es un experto en tragedias y en libros. Hizo una tragedia que silbaron y escribió

un libro del cual solo ha salido de la tienda de su librero el ejemplar que me dedicó”. “¡Un gran hombre! —dijo Cándido—. Es otro Pangloss”.

Entonces, volteándose hacia él, le dijo: “Señor, ¿sin duda usted piensa que todo va de la mejor forma en el mundo físico y en el moral, y que nada podría ser de otro modo?”. “Yo, señor —le respondió el sabio—, pienso lo contrario. Me parece que todo está al revés entre nosotros. Que nadie sabe cuál es su rango, ni cuál es su deber, ni lo que hace, ni lo que debe hacer. Con excepción de las cenas, donde todo parece estar bien y hay unión, el resto del tiempo lo pasamos en querellas impertinentes: jansenistas contra molinistas, el parlamento contra la iglesia, letrados contra letrados, cortesanos contra cortesanos, financieros contra el pueblo, mujeres contra maridos, parientes contra parientes. Es una guerra eterna”.

Cándido le replicó: “He visto cosas peores. Pero un sabio, que tuvo la desgracia de ser ahorcado, me enseñó que todo es maravilloso, y que las desdichas son solo sombras vistas en un bello cuadro”. “Su ahorcado se mofaba del mundo —dijo Martín—. ¡Y sus sombras son manchas horribles!”. “Son los hombres quienes hacen las manchas —dijo Cándido—, y no pueden evitarlo”. “Entonces no es culpa suya”, dijo Martín. La

mayor parte de los jugadores no entendían tal conversación y se dedicaban a beber. Y Martín discutía con el sabio, y Cándido contó una parte de sus aventuras a la dueña del recinto.

Transcurrida la cena, la marquesa llevó a Cándido a su gabinete y le hizo sentar en un sofá. “Y bien —le dijo—, ¿está usted perdidamente enamorado de la señorita Cunegunda de Thunder-tronckh?”. “Sí, señora”, respondió Cándido. La marquesa le replicó con una tierna sonrisa: “Usted me responde como un joven de Westfalia. Un francés me hubiera dicho: es verdad que yo amo a la señorita Cunegunda, pero al verla, señora, temo no amarla más”. “¡Ay!, señora —dijo Cándido—, yo responderé como usted quiera”. “Su pasión por ella —dijo la marquesa—, comenzó recogiendo del suelo su pañuelo. Yo quisiera que usted recogiera mi liga”. “Con todo gusto”, dijo Cándido, y la recogió. “Pero, además, quiero que me la ponga”, dijo la dama, y Cándido se la puso. “Cómo son las cosas —dijo la dama—, usted es extranjero y yo hago languidecer por lo general quince días a mis amantes de París. En cambio, me entrego a usted desde la primera noche, porque es menester honrar con los honores del país a un joven de Westfalia”. La bella, al ver dos enormes diamantes en las manos de su joven

extranjero, los alabó con tan buena fe, que de los dedos de Cándido pasaron rápidamente a los dedos de la marquesa.

Cándido, mientras regresaba a su domicilio con el abate de Périgord, sintió algunos remordimientos por haberle sido infiel a la señorita Cunegunda. El abate compartió sus penas. Algo tenía que ver en la pérdida de las cincuenta mil libras en el juego, y en el valor de las dos joyas entre obsequiadas y robadas. Su deseo era aprovechar, en tanto que pudiera, las ventajas de la amistad establecida con Cándido. Le habló mucho de Cunegunda. Y Cándido le dijo que le pediría perdón en Venecia, cuando la viera, por la infidelidad cometida.

El abate extremaba sus cortesías y atenciones, y manifestaba tierno interés en todo lo que Cándido decía, en todo lo que hacía, y en todo lo que deseaba hacer.

“¿Tiene usted entonces —le dijo— una cita en Venecia?”. “Sí, señor abate —dijo Cándido—, es absolutamente necesario que vaya a reunirme allí con la señorita Cuneguda”. Y entusiasmado con el placer que hallaba en hablar sobre lo que más quería, Cándido contó, según su hábito, una parte de sus aventuras con aquella ilustre Westfaliana.

“Creo —dijo el abate—, que la señorita Cunegunda goza de un espíritu cultivado y que, sin

duda, le ha escrito encantadoras cartas”. “Jamás he recibido alguna —dijo Cándido—. Figúrese usted que cuando fui expulsado del castillo por su amor, no pude escribirle. Después supe que había muerto, y más tarde la encontré viva, y luego la volví a perder. Le envié un mensaje a dos mil quinientas leguas de aquí y aún espero la respuesta”.

El abate escuchaba atentamente y parecía un soñador. Solicitó permiso por su ausencia, abrazó a sus dos amigos y se fue. Al día siguiente, Cándido recibió una carta concebida en estos términos:

Señor, enamorado mío, hace ocho días que estoy postrada en esta ciudad. Supe que usted está aquí. Volaría a sus brazos si pudiera moverme. Me enteré de su paso por Burdeos. Allí dejé al fiel Cacambo y a la vieja que pronto habrán de seguirme. El gobernador de Buenos Aires me ha robado todo, menos mi corazón que le pertenece por entero a usted. Venga, su presencia me devolverá la vida, o me hará morir de placer.

Esta encantadora carta, esta inesperada carta, embargó a Cándido de una alegría inexpresable, y lo llenó de dolor la enfermedad de su entrañable Cunegunda. Dividido entre estos dos sentimientos, tomó su oro y sus diamantes, y pidió que lo condujeran, con su amigo Martín, a la posada donde la señorita Cunegunda se alojaba. Entra allí, tiembla de emoción, su corazón palpita,

su voz solloza. Quiere abrir las cortinas del lecho y traer algo de luz. “Cuidado con hacer eso —le dice la sirvienta—, la luz la mata”. Y, de repente, ella vuelve a correr la cortina. “Mi querida Cunegunda —dice Cándido entre sollozos—, ¿cómo se encuentra usted? Si no puede verme, al menos hábleme”. “Ella no puede hablar”, dice la sirvienta. La dama entonces saca del lecho una mano delicada que Cándido riega con sus lágrimas durante un rato. Y enseguida la cubre de diamantes, y deja un saco lleno de oro sobre el sillón.

En medio de sus arrebatos, llega un oficial seguido del abate y de un contingente de soldados. “¿Aquí están —dijo— los dos extranjeros sospechosos?”. Y los hace detener, y ordena a sus bravos que los lleven a prisión. “No es así como se trata a los viajeros en Eldorado”, dijo Cándido. “Ahora soy más maniqueo que nunca”, dijo Martín. “Pero, señor, ¿adónde nos llevan?”, dijo Cándido. “A una mazmorra”, replicó el oficial.

Cuando Martín recuperó su sangre fría, juzgó que la pretendida Cunegunda era una forajida; el abate de Périgord, un forajido que había abusado de la inocencia de Cándido; y el oficial, un forajido más del cual sería difícil desembarazarse.

Antes que exponerse a los procedimientos de la justicia e iluminado por su conciencia, e impaciente

por ver a la verdadera Cunegunda, Cándido ofreció al oficial tres pequeños diamantes, cada uno de los cuales valía alrededor de tres mil pistolas. “¡Ah!, señor —le dijo el hombre del bastón de marfil—, así hubiera cometido los crímenes imaginables, usted es el hombre más honesto del mundo. ¡Tres diamantes! ¡Cada uno de tres mil pistolas! ¡Señor! Yo me haría matar por usted, en vez de llevarlo a un calabozo. Aquí prendemos a todos los extranjeros, pero déjeme ver qué puedo hacer. Tengo un hermano en Dieppe, en Normandía, lo llevaré allí. Y si tiene algún diamante para darle, él se encargará de cuidarlo como yo lo he hecho”.

“¿Y por qué prenden a todos los extranjeros?”, dijo Cándido. El abate de Périgord tomó entonces la palabra y dijo: “Porque un vagabundo de la comarca de Atrebas ha escuchado decir algunas necesidades.³¹ Por tal razón ha cometido un parricidio, y no solo el de 1610 en el mes de mayo, sino el de 1594 en el mes de diciembre,³² y otros más cometidos en otros años y en otros meses por otros vagabundos que habían escuchado decir necesidades”.

El oficial explicó entonces de qué se trataba. “¡Ah! ¡Qué monstruos! —exclamó Cándido—. ¡Cómo es posible que tales horrores ocurran en un pueblo que baila y canta! ¿Es posible salir de este país donde los micos molestan a los tigres?

He visto osos en el mío, y no he visto más que hombres en Eldorado. Por Dios, señor oficial, lléveme a Venecia, pues allí debo esperar a la señorita Cunegunda”. “Solo puedo llevarlo a la baja Normandía”, dijo el jefe de la policía. Y enseguida les hace quitar los grilletes, dice que ha habido un error, despacha a sus hombres, conduce a Dieppe a los dos extranjeros, y los deja en manos de su hermano. Un pequeño navío holandés estaba en la rada. El Normando, con la ayuda de otros tres diamantes, se había vuelto el más servicial de los hombres. Embarcó a Cándido y a su gente en un navío que haría proa hacia Portsmouth, en Inglaterra. No era el camino de Venecia, pero Cándido creía librarse así del infierno. Contaba con retomar la ruta de Venecia en la primera ocasión que se le presentara.

CAPÍTULO XXIII

CÁNDIDO Y MARTÍN VAN POR LAS COSTAS DE INGLATERRA Y LO QUE VEN ALLÍ

“¡Ah, Pangloss! ¡Pangloss! ¡Ah, Martín! ¡Martín! ¡Ah, querida Cunegunda! ¿Qué mundo es este?”, decía Cándido en el navío holandés. “Algo bien loco y bastante abominable”, respondía Martín. “¿Conoce usted Inglaterra? ¿Son así de locos como en Francia?”. “Es otra especie de locura —dijo Martín—. Usted sabe que estas dos naciones están en guerra por algunos acres de nieve que se encuentran en Canadá, y que ambas gastan en esta bella guerra mucho más de lo que vale la misma Canadá. Mis escasas luces no me permiten decir si hay más locos de atar en un país o en el otro, pero acaso usted pueda hacerlo. Tan solo sé que, en general, las gentes que veremos son bastante atrabiliarias”.

Hablaban de este modo, cuando llegaron a Portsmouth. Una multitud popular cubría la orilla. Miraba atentamente a un hombre bastante grueso

que estaba de rodillas, los ojos vendados, en la tilla de uno de los navíos de la flota. Cuatro soldados, ubicados frente al hombre, le disparaba cada uno tres balas en el cráneo lo más suavemente posible. Luego toda la asamblea se retiró extremadamente satisfecha. “¿Y ahora qué es todo esto? —dijo Cándido—, ¿qué demonio ejerce el poder en todo su imperio?”. Preguntó quién era el hombre robusto que acababa de ser ultimado tan ceremoniosamente. “Es un almirante”, le respondieron. “¿Y por qué lo han ajusticiado?”. “Porque no mató el número de personas que debía matar —le respondieron—. Libró un combate contra un almirante francés y se ha demostrado que no estuvo lo suficientemente cerca de él”. “¡Pero —dijo Cándido—, el almirante francés estaba tan lejos del almirante inglés como este lo estaba del otro!”. “Eso es innegable —le respondieron—. Pero en este país es bueno matar, de vez en cuando, a un almirante para estimular a los demás”.

Cándido quedó tan aturdido, y se sintió tan molesto por lo que veía y escuchaba, que decidió no desembarcar. Hizo un negocio con el patrón Holandés (así este le robara como lo había hecho el de Surinam) para que lo condujera sin demora a Venecia.

El patrón estuvo dispuesto a hacerse a la mar al cabo de dos días. Bordearon Francia. Pasaron

por Lisboa y Cándido se estremeció. Entraron en el estrecho y en el Mediterráneo. Finalmente, divisaron Venecia. “¡Lado sea Dios! —dijo Cándido mientras abrazaba a Martín—. Es aquí donde volveré a ver a mi hermosa Cunegunda. Cuento con Cacambo como si contara conmigo mismo. Todo está bien, todo va bien y todo va del mejor modo posible”.

CAPÍTULO XXIV

PAQUETTE Y FRAY GIROFLÉ

Desde que llegó a Venecia, Cándido hizo buscar a Cacambo en todas las tabernas, en todos los cafés, en todos los lupanares, y no lo encontró. Todos los días enviaba a alguien a preguntar en todos los navíos y en todas las barcas: ninguna noticia de Cacambo. “¡Cómo! —le decía a Martín—, he tenido tiempo de pasar de Surinam a Burdeos, de Burdeos a París, de París a Dieppe, de Dieppe a Portsmouth, de costear Portugal y España, de atravesar todo el Mediterráneo, de pasar algunos meses en Venecia, y la bella Cunegunda no ha venido todavía. ¡En lugar de ella encontré a una bribona y a un abate de Périgord! Cunegunda está muerta sin duda, y yo sólo quiero morir. ¡Ah!, hubiera sido mejor quedarse en el paraíso de Eldorado y no volver a esta Europa maldita. ¡Cómo tiene usted de razón, mi querido Martín!, todo no es más que ilusión y calamidad”.

Cándido cayó en una negra melancolía, y no participó en la ópera *Alla moda*, ni en las otras diversiones del carnaval. Ninguna dama le prestó la más mínima atención. Martín le dijo: “De veras que es usted bastante ingenuo al creer que un criado mestizo, con cinco o seis millones en sus bolsillos, irá a buscar a su amante al otro lado del mundo y que, además, se la traerá a Venecia. Si la encuentra se la llevará con él. Y si no la encuentra, tomará otra. Le aconsejo que olvide a su criado Cacambo y a su amante Cunegunda”. Martín no lo consolaba. La melancolía de Cándido aumentaba, y Martín no paraba de demostrarle que había poca virtud y poca alegría en la tierra, con excepción tal vez de Eldorado, lugar adonde nadie podía ir.³³

En tanto que discutían sobre esta materia importante y esperaban a Cunegunda, Cándido vio a un joven teatino³⁴ en la plaza de San Marcos, que llevaba del brazo a una muchacha. El teatino se veía fresco, rollizo, vigoroso. Sus ojos eran brillantes, su aire seguro, su porte altivo, su caminar fiero. La muchacha era bonita y cantaba. Miraba a su teatino con gesto enamorado y, de vez en cuando, le pellizcaba las gruesas mejillas. “Me confesaré usted al menos —dijo Cándido a Martín— que estos dos sí son felices. En toda

la tierra habitada yo sólo he encontrado hasta el presente, y a excepción de Eldorado, gente desgraciada. Pero frente a esta muchacha y este teatino, apuesto a que son criaturas muy felices”. “Apuesto a que no”, dijo Martín. “Solo hay que invitarlos a cenar —dijo Cándido—, y usted verá si me equivoco”.

Entonces los abordó, les hizo los elogios del caso, y los invitó para que vinieran a comer en su hostería macarrones, perdices de Lombardía, huevos de esturión, y a beber vino de Montepulciano, de lacryma christi, de Chipre y de Samos. La señorita se sonrojó, el teatino aceptó la invitación, y la muchacha siguió mirando a Cándido con ojos sorprendidos y confusos que se oscurecieron con algunas lágrimas. Apenas hubo entrado a la habitación de Cándido, ella le dijo: “Y bien, señor Cándido, ¿ya no reconoce a Paquette?”. Ante estas palabras, Cándido, que hasta este momento no la había considerado con atención por estar a toda hora ocupado de Cunegunda, le dijo: “¡Ay, pobre hija mía!, ¿es usted entonces la que puso al doctor Pangloss en el terrible estado en que lo vi?”.

“¡Ay!, señor, la misma —dijo Paquette—. Me doy cuenta de lo bien informado que está usted. Me enteré de todas las espantosas desgracias que

acaecieron a la familia de la señora baronesa y de la hermosa Cunegunda. Le aseguro que mi destino no ha sido menos triste. Yo era inocente cuando usted me conoció. Un franciscano, mi confesor, me sedujo con facilidad. Las consecuencias fueron horribles. Me obligaron a salir del castillo poco después de que a usted lo expulsara el señor barón con grandes patadas en el trasero. Si un médico famoso no se hubiera compadecido de mí, estaría muerta. Durante algún tiempo fui la amante reconocida de ese médico. Su mujer, celosa hasta la ira, me golpeaba despiadadamente todos los días. Parecía una verdadera furia. El médico era el más feo de todos los hombres, y yo la más desdichada de todas las criaturas por ser golpeada continuamente por un hombre que no amaba. Usted sabe, señor, lo peligroso que es para una mujer desabrida ser la esposa de un médico. Este, ultrajado por el proceder de su mujer, le dio un día, para curarla de un pequeño resfriado, una medicina tan eficaz que ella murió al cabo de dos horas presa de horribles convulsiones. Los padres de la mujer le entablaron al médico un proceso criminal. Este huyó y a mí me metieron en la cárcel. Mi inocencia no me hubiera salvado si yo no tuviera un poco de gracia. El juez me liberó a condición de que lo aceptara como re-

emplazo del médico. Muy pronto fui suplantada por una rival y despedida sin recompensa. Y así me vi obligada a continuar con este oficio abominable que a ustedes los hombres les parece tan grato y que para nosotras no es más que un pozo de miserias. Vine a ejercer la profesión a Venecia. ¡Ah!, señor, usted no se alcanza a imaginar lo que es acariciar, por obligación e indiferentemente, a un viejo mercader, a un abogado, a un monje, a un gondolero, a un abate. Lo que significa estar expuesta a todos los insultos y a todas las humillaciones. Y a menudo verse reducida a pedir prestada una falda para hacérsela levantar a un hombre repugnante. Y verse robada por uno lo que se ha ganado por otro. Y tener que pagar a los oficiales de la justicia, y solo poseer en perspectiva una vejez horrible, un hospital y un estercolero. Así que usted puede concluir que soy una de las más desdichadas criaturas del mundo”.

Paquette abría de este modo su corazón al buen Cándido, en un gabinete, en presencia de Martín, quien decía a Cándido: “Ve usted que ya he ganado la mitad de la apuesta”.

Fray Giroflé se había quedado en el comedor y bebía una copa a la espera de la cena. “Pero —dijo Cándido a Paquette—, cuando la encontré tenía usted un aire tan pleno de felicidad. Cantaba y

acariciaba al teatino con una complacencia natural. Me ha parecido tan dichosa como dice usted que es infortunada”. “¡Ah!, señor —respondió Paquette—, esa es otra de las miserias del oficio. Ayer fui robada y golpeada por un oficial. Y es preciso que hoy parezca de buen humor para satisfacer a un monje”.

Cándido no quiso saber más y confesó que Martín tenía razón. Se sentaron a la mesa con Paquette y el teatino. La comida fue bastante animada y, hacia el final, se hablaron con confianza. “Padre —dijo Cándido al monje—, me parece que su destino debe despertarle envidia a todo el mundo. La flor de la salud brilla sobre su semblante y su fisionomía promete la felicidad. Tiene usted una hermosa muchacha para sus ratos de ocio, y se le ve muy contento de ser un teatino”.

“A fe mía, señor —dijo fray Giroflé—, yo quisiera que todos los teatinos estuvieran en el fondo del mar. Intenté cien veces prenderle fuego al convento y convertirme en turco. Mis padres me forzaron, cuando tenía quince años, a ponerme esta detestable ropa, para dejar más fortuna a un maldito hermano mayor que Dios, espero, confunda algún día. Los celos, la discordia, la rabia habitan en el convento. Es verdad que he predicado algunos malos sermones que me han valido

un poco de dinero y del cual el prior me roba la mitad. En cuanto al resto me sirve para entretenerme con muchachas. Pero, cuando entro por las noches al monasterio, de gusto me rompería la cabeza contra las paredes de mi dormitorio. Sobra decir que todos mis hermanos de orden están en la misma situación”.

Martín se volteó hacia Cándido con su habitual sangre fría: “¿Y bien? —le dijo—, ¿no he ganado la apuesta entera?”. Cándido dio dos mil piastras a Paquette y mil a fray Giroflé. “Le respondo —dijo— que con esto ellos serán felices”. “No lo creo en absoluto —dijo Martín—. Quizás con esas piastras usted los volverá todavía más desdichados”. “Ellos verán lo que puedan hacer —dijo Cándido—, pero una cosa me consuela: me doy cuenta de que a menudo encontramos a las personas que nunca pensamos encontrar. Es posible que así como encontré a mi cordero rojo y a Paquette, pueda encontrar también a Cunegunda”. “Deseo —dijo Martín—, que algún día ella le procure la felicidad, pero lo dudo mucho”. “Es usted muy duro”, dijo Cándido. “Es que he vivido”, dijo Martín.

“Pero mire esos gondoleros —dijo Cándido—, ¿no cantan sin cesar?”. “Usted no los ve en sus hogares, con sus mujeres y sus hijos —dijo Mar-

tín—. El dux tiene sus preocupaciones, los gondoleros las tuyas. Es verdad que si hubiera que escoger, la suerte de un gondolero es preferible a la de un dux. Pero creo que la diferencia es tan mínima que no vale la pena examinarla”.

“Se habla —dijo Cándido— del senador Pococuranté, que vive en un hermoso palacio junto al Brenta, y que recibe bien a los extranjeros. Se afirma que es un hombre ajeno a los pesares”. “Quisiera ver esta especie tan rara”, dijo Martín. Cándido de inmediato solicitó al señor Pococuranté el permiso para verlo al día siguiente.

CAPÍTULO XXV

VISITA AL SEÑOR POCOCURANTÉ³⁵, NOBLE VENECIANO

Cándido y Martín fueron en góndola, a lo largo del Brenta, hasta el palacio del noble Pococuranté. Los jardines estaban bien tenidos y bellas estatuas de mármol lo ornaban. El palacio poseía una hermosa arquitectura. El dueño de la casa, hombre de sesenta años y muy rico, recibió cortésmente a los dos curiosos, pero con tan poca diligencia que desconcertó a Cándido y no molestó en absoluto a Martín.

En primer lugar, dos muchachas preciosas y bien vestidas sirvieron un chocolate que batieron con destreza. Cándido no vaciló en elogiar su hermosura, su buena gracia y habilidad. “Son criaturas bastante buenas —dijo el senador Pococuranté—. A veces me acuesto con ellas, ya que me he hastiado de las damas de la ciudad, de sus coqueterías, de sus celos, de sus querellas, de sus humores, de

sus pequeñeces, de su orgullo, de sus necesidades, y de los sonetos que hay que mandarles a hacer. Aunque, después de todo, estas dos muchachas comienzan también a aburrirme”.

Cándido, transcurrido el almuerzo, y al pasearse por una larga galería, se sorprendió de la belleza de los cuadros. Preguntó de cuál maestro eran los dos primeros. “Son de Rafael —dijo el senador—, los compré por vanidad a un precio muy alto hace algunos años. Dicen que es lo más bello que hay en Italia, pero no me agradan: el color es muy oscuro, las figuras no están bien trazadas y su relieve es escaso. Los paños no se parecen en nada a una tela. En una palabra, a pesar de lo que se dice, no encuentro en ellos una verdadera imitación de la naturaleza. Solo me gustaría ver un cuadro en el que creyera ver la naturaleza misma. Pero no hay cuadros de esta especie. En realidad, tengo muchos cuadros que ya ni siquiera miro”.

Pococuranté, en tanto esperaba la cena, se hizo dar un concierto. A Cándido le pareció deliciosa la música. “Este ruido —dijo Pococuranté— puede divertir una media hora, pero si dura más tiempo, termina por cansar a todo el mundo así nadie lo confiese. La música hoy en día no es más que el arte de ejecutar cosas difíciles, y lo que es solamente difícil, a la larga no satisface”.³⁶

“Acaso me gustaría más la ópera, si no se hubiera dado con el secreto de hacer de ella un monstruo indignante. Que vaya quien quiera a ver esas tragedias musicales en las que las escenas están hechas solo para llevar, desastrosamente, dos o tres canciones ridículas que hacen valer el gazarate de una actriz. Que se extasíe de placer quien quiera, o quien pueda, al ver un castrado gorjeando el papel de César o de Catón en tanto se pasea con aire torpe por el escenario. En cuanto a mí, hace tiempo que renuncié a esas miserias que edifican actualmente la gloria de Italia, y que sus soberanos pagan tan caro”. Cándido discutió un poco pero con discreción. Martín estuvo enteramente de acuerdo con la opinión del senador.

Se sentaron a la mesa y, luego de una excelente cena, entraron a la biblioteca. Cándido, al ver un Homero magníficamente encuadernado, elogió el buen gusto del ilustrísimo. “He aquí —dijo—, un libro que hacía las delicias del gran Pangloss, el mejor filósofo de Alemania”. “Pues a mí no me hace ninguna —dijo Pococuranté con frialdad—. Hace años me hicieron creer que sentía placer al leerlo. Pero esta repetición continúa de combates que se parecen todos entre sí, estos dioses que obran siempre para no hacer nada decisivo, esta Helena que es dizque el sujeto de la guerra

y apenas interviene en la obra, esta Troya sitiada que nunca se toma, todo esto me provocaba el más mortal de los aburrimientos. A veces preguntaba a los sabios si con esta lectura ellos se aburrían tanto como yo. Todas las personas sinceras me confesaron que el libro se les caía de las manos, pero que era fundamental tenerlo siempre en la biblioteca, como un monumento de la antigüedad, como una de esas medallas oxidadas que ya no se pueden comerciar”.³⁷

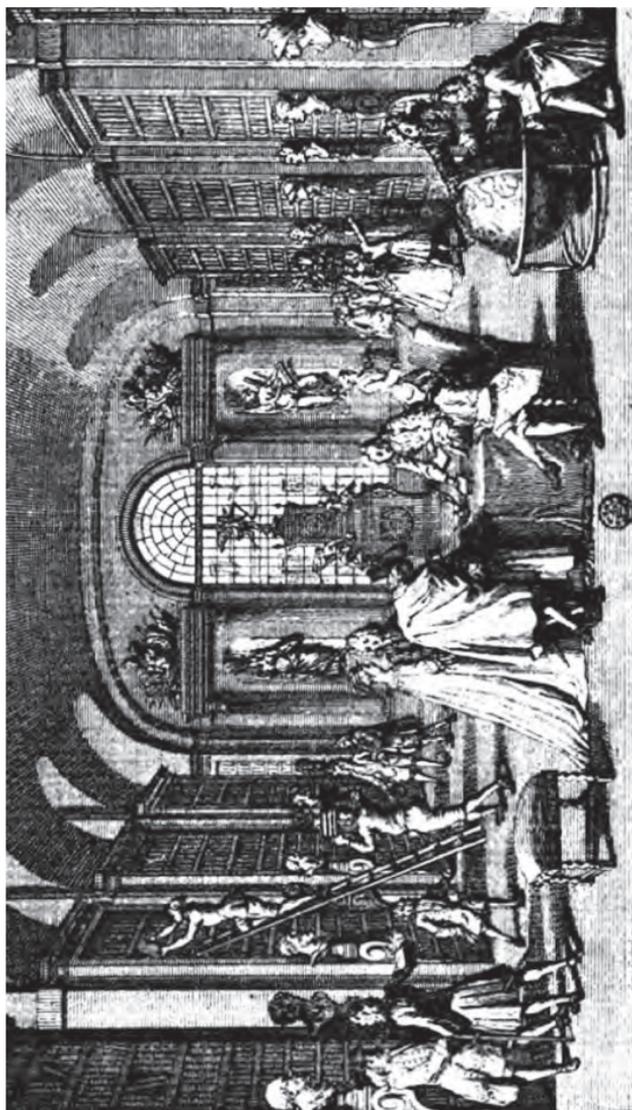
“¿Su excelencia no piensa lo mismo de Virgilio?”, dijo Cándido. “Acepto —dijo Pococuranté— que el segundo, el cuarto y el sexto libro de su *Eneida* son excelentes. Sin embargo, en lo que se refiere al piadoso Eneas, y al fuerte Cloante, y al amigo Acates, y al pequeño Ascanio, y al imbécil rey Latino, y a la burguesa Amata y a la insípida Lavinia, no creo que haya nada más desagradable y frío. Prefiero el Tasso y los cuentos para dormir de pie del Ariosto”.

“Me atrevería a preguntarle, señor —dijo Cándido—, si no goza usted con la lectura de Horacio”. “Hay máximas —dijo Pococuranté— que pueden beneficiar a un hombre de mundo y que, al estar encerradas en versos enérgicos, se graban fácilmente en la memoria.”³⁸ Pero me importan poco su viaje a Brindis, su descripción de

una mala cena, y su querrela de gancheros entre un tal Rupilius cuyas palabras, según él, *estaban llenas de pus*, y otro cuyas palabras *eran de vinagre*. Leí con asco sus versos groseros contra las viejas y contra las brujas. Y no veo qué mérito puede haber en decirle a Mecenas que golpeará los astros con su frente sublime si él lo sitúa entre los poetas líricos. Los tontos admiran todo en un autor consagrado. Yo solo leo para mí, y sólo quiero lo que me resulta útil”. Cándido, que había sido educado para no juzgar nada por sí mismo, estaba muy sorprendido por lo que escuchaba. Martín, en cambio, hallaba bastante razonable la manera de pensar de Pococuranté.

“¡Oh!, he aquí un Cicerón —dijo Cándido—. En cuanto a este hombre, supongo que usted no se cansa de leerlo”. “No lo leo nunca —respondió el veneciano—. ¿Qué me importa que haya defendido a Rabirio o a Cluentio? Me basta y me sobra con los procesos que juzgo. Me acomodo mejor a sus obras filosóficas. Pero cuando me di cuenta de que él dudaba de todo, concluí que sabía lo mismo que él, y que yo no necesitaba a nadie para ser ignorante”.

“¡Ah!, he aquí ochenta volúmenes de publicaciones de una academia de ciencias —exclamó Martín—. Es posible que entre todo esto haya



algo bueno”. “Habría algo —dijo Pococuranté— si uno solo de los autores de tal fárrago sólo hubiera inventado el arte de hacer alfileres. Pero en estos libros no hay más que vanos sistemas y ni una sola cosa útil”.

“¡Pero cuántas piezas de teatro veo aquí! —dijo Cándido—. ¡En italiano, en español, en francés!”. “Sí —dijo el senador—, hay tres mil, pero acaso tres docenas lleguen a ser buenas. Todos esos libros de sermones, que no valen siquiera una página de Séneca, y todos esos gruesos volúmenes de teología, jamás los abro, ni yo, ni nadie”.

Martín vio repisas llenas de libros ingleses. “Imagino —dijo— que un republicano debe sentirse dichoso entre tantas obras escritas libremente”. “Sí —respondió Pococuranté—, es hermoso escribir lo que se piensa. Tal es el privilegio del hombre. En toda nuestra Italia, sólo se escribe lo que no se piensa. Aquellos que escriben en la patria de los Césares y los Antoninos no se atreven a tener una idea sin el permiso de un jacobino. Me sentiría contento de la libertad que inspira a los genios ingleses si la pasión y el espíritu de partido no corrompiera todo lo que esta preciosa libertad tiene de estimable”.

Cándido, al advertir una obra de Milton, le preguntó si él no consideraba a este autor como

un gran hombre. “¿Quién? —dijo Pococuranté—, ¿este bárbaro que hace un largo comentario del primer capítulo del Génesis en diez libros de versos ásperos al oído? ¿Ese vulgar imitador de los griegos que desfigura la creación y que, mientras Moisés representa al Ser Eterno creando el mundo por la palabra, hace tomar al Mesías un gran compás de un armario del cielo para trazar su obra? ¿Admiraría yo al que ha estropeado el infierno y el diablo de Tasso; al que ha disfrazado a Lucifer ora de sapo ora de pigmeo; al que le hace desbarrar cien veces el mismo discurso y lo pone a discutir sobre teología; al que, imitando seriamente la invención cómica de las armas de fuego por el Ariosto, hace que los diablos disparen el cañón hacia el cielo? Ni yo, ni nadie en Italia, nos sentimos satisfechos con todas estas extravagancias tristes. El matrimonio del pecado y la muerte y las culebras engendradas por la culpa hacen vomitar a todo aquel que tiene el gusto un poco delicado, y su larga descripción de un hospital solo es buena para un sepulturero. Este poema oscuro, raro y repugnante fue despreciado desde su nacimiento. Hoy yo lo trato como fue tratado en su patria por sus contemporáneos. Por lo demás, digo lo que pienso y no me importa si los otros piensan como yo”. Cán-

dido estaba afligido por la dimensión de estas palabras. Respetaba a Homero, amaba un poco a Milton. “¡Ay! —dijo en voz baja a Martín—, temo que este hombre tenga un soberano desprecio por nuestros poetas alemanes”. “No habría nada de malo en ello”, dijo Martín. “¡Oh!, ¡qué hombre superior! —decía una vez más Cándido entre dientes—, ¡qué gran genio este Pococuranté! Nada le satisface”.

Después de haber hecho revista a todos los libros, descendieron al jardín. Cándido elogió todas sus bellezas. “No sé nada que tenga más mal gusto —dijo el maestro—. Aquí solo tenemos bagatelas. Pero desde mañana haré plantar otro jardín de un diseño más noble”.

Cuando los dos curiosos solicitaron permiso de Su Excelencia para retirarse, Cándido dijo a Martín: “Ahora usted me aceptará que este es el más feliz de todos los hombres, pues está más allá de todo lo que posee”. “¿No ve usted —dijo Martín—, que le repugna todo lo que posee? Platón ha dicho que los mejores estómagos no son aquellos que repelen todos los alimentos”. “Pero —dijo Cándido—, ¿no hay placer en criticarlo todo, en sentir defectos allí donde la mayoría de los hombres creen ver bellezas?”. “Es decir —retomó Martín— ¿qué hay placer al no tener placer?”.

“¡De acuerdo! —dijo Cándido—, entonces no habrá un hombre más feliz que yo cuando vuelva a ver a la señorita Cunegunda”. “Siempre es bueno tener una esperanza”, dijo Martín.

Sin embargo, los días, las semanas transcurrían. Cacambo no aparecía. Cándido estaba tan agobiado por el dolor, que no se dio cuenta de que Paquette y fray Giroflé no habían vuelto ni siquiera para darle las gracias.

CAPÍTULO XXVI

LA CENA QUE CÁNDIDO Y MARTÍN COMPARTIERON CON SEIS EXTRANJEROS Y QUIÉNES ERAN ESTOS

Una noche, cuando Cándido, seguido por Martín, iba a sentarse a la mesa con los extranjeros que se hospedaban en la misma hostería, un hombre con el rostro color del hollín lo abordó por detrás y, tomándole por el brazo, le dijo: “Dispóngase a partir con nosotros lo más pronto posible”. Cándido gira y ve a Cacambo. Solo la visión de Cunegunda podía asombrarlo y alegrarlo más. Estuvo a punto de enloquecerse de la felicidad. Abraza a su querido amigo. “Cunegunda está aquí, sin duda. ¿Dónde está? Llévame con ella para que me muera de la dicha a su lado”. “Cunegunda no está aquí —dijo Cacambo—, está en Constantinopla”. “¡Ah! ¡Cielos! ¡En Constantinopla! Pero así estuviera en China yo volaría hacia ella. Partamos”. “Nos iremos después de la cena —res-

pondió Cacambo—, no puedo decirle nada más. Soy un esclavo y mi amo me espera. Es preciso que vaya a servirle la mesa. No diga una palabra. Cene y esté preparado para la partida”.

Cándido, dividido entre la alegría y el dolor, encantado de volver a ver a su fiel emisario, asombrado de que fuera esclavo, embargado con la idea de encontrar a su amada una vez más, el corazón agitado, el espíritu estremecido, se sentó a la mesa con Martín, quien veía con sangre fría todas estas aventuras, y con seis extranjeros que habían venido a Venecia para el carnaval.

Cacambo, que servía las copas de uno de estos extranjeros, se aproximó al oído de su amo hacia el final de la comida, y le dijo: “Señor, Su Majestad partirá cuando lo desee, el navío está listo”. Después de decir estas palabras, salió. Los comensales, asombrados, se miraban sin decirse una palabra, cuando otro criado se acercó a su amo y le dijo: “Señor, la silla de Su Majestad está en Padua, y la barca está dispuesta”. El amo hizo una señal, y el criado se fue. Los comensales se miraron una vez más, y la sorpresa de todos se redobló. Un tercer sirviente se aproximó a un tercer extranjero para decirle: “Señor, créame, Su Majestad no debe quedarse aquí por mucho tiempo. Voy a prepararlo todo”. Y enseguida desapareció.

Cándido y Martín no dudaron que aquello era una mascarada propia del carnaval. Un cuarto criado dijo al cuarto amo: “Su Majestad partirá cuando lo desee”, y salió como los otros. El quinto sirviente dijo lo mismo al quinto amo. Pero el sexto criado habló de un modo diferente al sexto amo, que se hallaba cerca de Cándido. Le dijo: “A fe mía, Señor, ya no quieren fiarnos, ni a Su Majestad, ni a mí tampoco. Podríamos pasar la noche entre rejas, usted y yo. Voy a ocuparme de mis asuntos. Adiós”.

Cuando todos los criados desaparecieron, los seis extranjeros, Cándido y Martín permanecieron en un profundo silencio. Finalmente, Cándido lo rompió. “Señores —dijo—, estamos ante una broma singular. ¿Por qué todos ustedes son reyes? En cuanto a mí, les confieso que ni Martín ni yo lo somos”.

El amo de Cacambo tomó entonces gravemente la palabra, y dijo en italiano: “Esto no es ninguna broma, me llamo Ahmed III.³⁹ Durante varios años fui gran sultán. Destroné a mi hermano y a mí me destronó mi sobrino. Decapitaron a mis visires y yo terminé mis días en el viejo serrallo. Mi sobrino, el gran sultán Mahmud, me permite viajar de vez en cuando por motivos de salud. Y he venido a pasar el carnaval en Venecia”.

Un hombre joven, que estaba al lado de Ahmed, habló después y dijo: “Me llamo Iván y he sido em-

perador de todas las Rusias.⁴⁰ Fui destronado en la cuna. Mi padre y mi madre fueron encerrados y a mí me criaron en prisión. Algunas veces se me da el permiso de viajar, acompañado por aquellos que me cuidan. Y he venido a Venecia para el carnaval”.

El tercero dijo: “Soy Carlos-Eduardo, rey de Inglaterra.⁴¹ Mi padre me cedió sus derechos al reino. He combatido para defenderlos. A ochocientas personas de mi partido les arrancaron el corazón y se lo arrojaron a sus propias caras. Fui encarcelado. Voy a Roma a visitar a mi padre el rey, destronado como yo y mi abuelo. Y he venido a pasar el carnaval a Venecia”.

El cuarto tomó entonces la palabra y dijo: “Soy el rey de los Polacos. El rumbo de la guerra me ha privado de mis Estados hereditarios. Mi padre ha experimentado los mismos reveses. Me resigno a la Providencia como el sultán Ahmed, el emperador Iván y el rey Carlos-Eduardo a quien Dios conceda larga vida. Y he venido a pasar el carnaval a Venecia”.

El quinto dijo: “Soy también rey de los Polacos. He perdido dos veces mi reinado.⁴³ Pero la Providencia me ha dado otro Estado en el cual he hecho más bien que el que han hecho todos los reyes juntos de los Sármatas en las orillas del Vístula. Me resigno también a la Providencia, y he venido a Venecia a pasar el carnaval”.

Faltaba el sexto monarca para hablar. “Señores —dijo—, no poseo el mismo rango que ustedes. Pero, en fin, he sido un rey como cualquier otro. Soy Teodoro y se me ha elegido rey de Córcega.⁴⁴ Se me ha llamado *Su Majestad*, aunque hoy me llaman *Señor*. He hecho acuñar monedas y no poseo ni un céntimo. Tuve dos secretarios de Estado y apenas tengo un criado. Me he visto en un trono, y durante largo tiempo estuve prisionero en Londres. Tengo miedo de ser tratado de este modo aquí, aunque haya venido, como Sus Majestades, a pasar el carnaval en Venecia”.

Los otros cinco reyes escucharon estas palabras con una noble compasión. Cada uno de ellos dio veinte sequines al rey Teodoro para que comprara trajes y camisas. Cándido le obsequió un diamante de dos mil sequines. “¿Y quién es este simple particular, decían los cinco reyes, que puede dar y da cien veces más de lo que nosotros podemos?”.

En el momento en que se levantaban de la mesa, llegaron a la misma hostería cuatro altezas serenísimas que habían perdido también sus Estados por los destinos de la guerra, y que venían a pasar el resto del carnaval en Venecia. Pero Cándido no se ocupó de ellos. Solo quería ir a Constantinopla en busca de su querida Cunegunda.

CAPÍTULO XXVII

VIAJE DE CÁNDIDO A CONSTANTINOPLA

El fiel Cacambo obtuvo del capitán turco, que debía conducir al sultán Ahmed a Constantinopla, la aceptación de llevar a bordo a Cándido y a Martín. Uno y otro se embarcaron luego de rendirle pleitesía a Su miserable Alteza. Cándido, en tanto tomaba el camino, le decía a Martín: “Mire, no obstante, a estos seis reyes destronados con quienes hemos compartido la cena. Y fíjese que a uno de ellos le he dado una limosna. Acaso puede haber muchos príncipes más desgraciados. En lo que respecta a mí, solo he perdido cien corderos, y vuelo a los brazos de Cunegunda. Mi querido Martín, una vez más Pangloss tenía razón: todo está de la mejor manera”. “Cómo lo desearía”, dijo Martín. “Pero —dijo Cándido—, la aventura que hemos tenido en Venecia es poco verosímil. Jamás se había visto u oído decir que seis reyes destronados cenaran juntos en una

hostería”. “Eso no es más extraordinario —dijo Martín—, que la mayor parte de las cosas que nos han sucedido. Es bastante común que a los reyes los destronen. Y frente al honor que tuvimos al cenar con esas altezas, todo ello es una fruslería que no merece nuestra atención”.

Apenas Cándido estuvo en el navío, saltó sobre el cuello de su antiguo criado, de su amigo Cacambo. “Y bien —le dijo—, ¿qué hay de Cunegunda? ¿Sigue siendo un prodigio de belleza? ¿Continúa amándome como siempre? ¿Cómo es su comportamiento ahora? ¿Sin duda le compraste un palacio en Constantinopla?”.

“Mi querido amo —respondió Cacambo—, Cunegunda lava las escudillas en las orillas del Propóntide, en la casa de un príncipe que tiene pocas escudillas. Es esclava en la casa de un antiguo soberano llamado Ragotski,⁴⁵ a quien el Gran Turco da tres escudos al día en su asilo. Pero lo que es más triste aun es que la señorita ha perdido su belleza y se ha vuelto horriblemente fea”. “¡Ah!, bella o fea —dijo Cándido—, soy un hombre honesto, y mi deber es amarla hasta siempre. Pero ¿cómo se le redujo a un estado tan abyecto con los cinco o seis millones que te llevaste?”. “Bueno —dijo Cacambo—, tuve que darle dos millones al señor Fernando de Ibarra

y Figueroa y Mascareñas y Lampourdos y Souza, gobernador de Buenos Aires, para obtener el permiso de llevarme a la señorita Cunegunda. Un pirata nos despojó con bravura de todo el resto y nos llevó al cabo de Matapán, a Milos, a Nicaria, a Samos, a Petra, a los Dardanelos, al Mármara, a Escutari. Cunegunda y la vieja trabajan de sirvientas en la casa del príncipe del cual le hablé, y yo soy esclavo del sultán destronado”. “¡Qué espantosas calamidades se encadenan una tras otra! —dijo Cándido—. Pero, después de todo, todavía tengo algunos diamantes. Liberaré con facilidad a Cunegunda. Y es una lástima que se haya vuelto tan fea”.

Enseguida giró hacia Martín y dijo: “¿Quién piensa usted que sea el más digno de conmiseración, el sultán Ahmed, el emperador Iván, el rey Carlos-Eduardo o yo?”. “Lo ignoro —dijo Martín—. Para saberlo es preciso que yo esté en cada uno de sus corazones”. “¡Ah! —dijo Cándido—, si Pangloss estuviera aquí, lo sabría y nos lo hubiera enseñado”. “No sé —dijo Martín— con qué tipo de balanzas su Pangloss habría pesado los infortunios de los hombres y apreciar sus dolores. Todo lo que presumo es que sobre la superficie de la tierra hay millones de hombres más dignos de conmiseración que el rey Carlos-Eduardo, el

emperador Iván y el sultán Ahmed”. “Es bastante posible”, dijo Cándido.

En pocos días llegaron al canal del mar Negro. Cándido comenzó por comprar de nuevo a Cacambo a un precio muy alto y, sin perder tiempo, se embarcó en una galera con sus compañeros, para ir a las orillas del Propóntide en busca de Cunegunda, por más fea que estuviera.

Había entre la chusma dos forzados que remaban torpemente. De vez en cuando el cómitre les daba latigazos en sus hombros desnudos. Cándido, con movimiento natural, los miró atentamente y se aproximó a ellos. Ciertos rasgos de sus semblantes desfigurados le recordaron un poco a Pangloss y a ese jesuita desgraciado, al barón, al hermano de la señorita Cunegunda. Tal idea lo emocionó y al mismo tiempo lo entristeció. Volvió a mirarlos con más atención. “La verdad —dijo a Cacambo—, es que si yo no hubiera visto colgar al maestro Pangloss, y la desgracia de matar al barón no me hubiera postrado, creería que son ellos quienes reman”.

Al escuchar el nombre del barón y de Pangloss, los dos forzados lanzaron un grito, se detuvieron en el banco y dejaron caer sus remos. El cómitre corrió en su dirección y los fuetazos aumentaron. “Deténgase, deténgase, señor —exclamó

Cándido—, le daré todo el dinero que quiera”. “¡Cómo!, es Cándido”, decía uno de los forzados. “¡Cómo!, es Cándido”, decía el otro. “¿Todo esto es un sueño? —dijo Cándido—. ¿Estoy despierto? ¿Me encuentro en esta galera? ¿Es este el señor barón a quien yo maté? ¿Es este el maestro Pangloss a quien vi ahorcar?”.

“Somos nosotros, somos nosotros”, respondían ellos. “¡Cómo!, ¿este es el gran filósofo?”, decía Martín. “¡Eh!, señor cómitre —dijo Cándido—, ¿cuánto dinero quiere por el rescate del señor de Thunder-ten-tronckh, uno de los primeros barones del imperio, y por el señor Pangloss, el metafísico más profundo de Alemania?”. “Perro cristiano —respondió el cómitre—, ya que estos dos perros cristianos condenados a las galeras son barones y metafísicos, lo que sin duda es algo digno en sus países, me darás cincuenta mil sequines”. “Los tendrá, señor, pero lléveme de inmediato a Constantinopla y le pagaré allá mismo. Pero no, mejor lléveme adonde la señorita Cune-gunda”. El cómitre, ante el primer ofrecimiento de Cándido, ya había puesto proa hacia la ciudad, y hacía remar con la rapidez de un pájaro que hiende los aires.

Cándido abrazó cien veces al barón y a Pangloss. “¿Y cómo es posible que no lo haya mata-

do, mi querido barón? Y usted mi querido Pangloss, ¿cómo es posible que siga con vida luego de haber sido ahorcado? ¿Y por qué están ustedes dos en las galeras, en Turquía?”. “¿Es verdad que mi querida hermana está en este país?”, decía el barón. “Sí”, respondía Cacambo. “Vuelvo a ver entonces a mi querido Cándido”, exclamaba Pangloss. Cándido les presentó a Martín y a Cacambo. Todos se abrazaban y hablaban al mismo tiempo. La galera volaba y ya estaban en el puerto. A un Judío Cándido vendió un diamante de cien mil sequines por cincuenta mil. Aquel juró por Abraham que no podía darle más. Luego Cándido pagó el rescate del barón y de Pangloss. Este se lanzó a los pies de su liberador y los bañó en lágrimas. El otro le agradeció con un simple gesto de cabeza y le prometió devolverle el dinero en la primera ocasión. “Pero ¿es posible que mi hermana esté en Turquía?”, decía. “Nada es más posible —replicó Cacambo—, puesto que ella lava los platos en la casa de un príncipe de Transilvania”. Luego hicieron llamar a dos Judíos más. Cándido les vendió más diamantes y se fueron en otra galera para liberar a Cunegunda.

CAPÍTULO XXVIII

LO QUE SUCEDIÓ A CÁNDIDO, A CUNEGUNDA, A PANGLOSS, A MARTÍN, ETC.

“Perdón una vez más —dijo Cándido al barón—. Perdón, reverendo padre, por haberle atravesado el cuerpo con la espada”. “No hablemos más de eso —dijo el barón—. Confieso que he sido un poco vivo, pero como usted quiere saber cuál es el azar que me ha conducido a las galeras, le diré que después de que el hermano boticario del colegio me curara la herida, una banda de Españoles me atacó y me capturó. Me hicieron prisionero en Buenos Aires en los días en que mi hermana acababa de partir. Pedí al padre general que se me trasladara a Roma. Fui nombrado como capellán en Constantinopla, en casa del señor embajador de Francia. No llevaba ocho días ejerciendo mis funciones, cuando encontré, en la tarde, a un paje turco muy bien parecido. Hacía mucho calor. El joven quiso bañarse. Aproveché

esta ocasión para bañarme también. No sabía que era un crimen capital para un cristiano el que se le encontrara desnudo con un joven musulmán. Un cadí⁴⁶ ordenó que se me dieran cien bastonazos en la planta de los pies y me condenó a las galeras. No creo que se haya hecho jamás una injusticia más horrible. Con todo, quisiera saber por qué mi hermana está en la cocina de un soberano de Transilvania refugiado entre los Turcos”.

“Pero usted, mi querido Pangloss —dijo Cándido—, ¿cómo es posible que pueda volver a verlo?”. “Es verdad —dijo Pangloss— que usted presencié mi ahorcamiento, y yo debía naturalmente ser quemado en la hoguera. Pero recuerda usted que se puso a llover cuando me iban a asar. La tormenta fue tan violenta que inútilmente intentaron prender el fuego. Fui colgado porque no había otra cosa mejor para hacer. Un cirujano compró mi cuerpo, me llevó a su casa y me disecó. En primer lugar, me hizo una incisión en forma de cruz desde el ombligo hasta la clavícula. No se podía estar más ahorcado de lo que yo fui. El ejecutor de las altas obras de la Santa Inquisición, quien era un subdiácono, quemaba maravillosamente a las gentes, pero no estaba acostumbrado a ahorcar. La cuerda estaba mojada, no deslizaba bien

y se hizo un nudo. En fin, yo respiraba todavía. La incisión me hizo arrojar un grito tan poderoso, que mi cirujano se fue de espaldas y, creyendo que disecaba al mismo diablo, huyó muerto de miedo y cayó por las escaleras. Su mujer, que estaba en un gabinete vecino, corrió al escuchar el ruido. Me vio extendido sobre la mesa con mi incisión en forma de cruz. Huyó, más aterrorizada que su marido, y cayó sobre él. Cuando volvieron en sí, oí que la cirujana le decía al cirujano: ‘Pero ¿cómo se te ha ocurrido disecar a un hereje? ¿No sabes que el diablo está siempre en el cuerpo de esa gente? Voy ahora mismo a buscar un sacerdote para que lo exorcice’. Me estremecí ante este propósito y acudí a las pocas fuerzas que me quedaban para gritar: ‘¡Tengan piedad de mí!’ Al final, el barbero portugués se llenó de coraje y me cosió la piel. Su mujer, incluso, cuidó de mí. Al cabo de quince días pude sostenerme. El barbero me consiguió un trabajo y me hice lacayo de un caballero de Malta que iba a Venecia. Pero como mi amo no tenía con qué pagarme, me puse al servicio de un mercader de Venecia y le seguí a Constantinopla.

”Un día me provocó entrar a un mezquita. Dentro sólo había un viejo imán y una joven devota muy agraciada que decía sus padrenuestros.⁴⁷ Sus pechos estaban descubiertos. Tenía

entre sus tetas un hermoso ramo de tulipanes, de rosas, de anémonas, de ranúnculos, de jacin-
tos y de primaveras. La joven dejó caer su ramo
y yo lo recogí y lo ubiqué de nuevo en su sitio
con respetuosa diligencia. Me demoré tanto en
la faena que el imán se enfureció. Se percató de
que yo era cristiano y pidió ayuda a gritos. Me
llevaron adonde el cadí quien ordenó me dieran
cien sablazos en la planta de los pies y, posterior-
mente, me mandó a las galeras. Fui encadenado
en la misma galera y en el mismo banco que el
señor barón. Había en esta galera cuatro jóvenes
de Marsella, cinco sacerdotes napolitanos y dos
monjes de Corfú. Ellos nos dijeron que semejan-
tes aventuras ocurrían todos los días. El señor
barón pretendía que él había sufrido una mayor
injusticia que yo. En cambio, yo pensaba que era
más permitido poner un ramo de flores sobre
los pechos de una mujer que estar desnudo ante
un paje musulmán. Discutíamos sin cesar y nos
daban veinte latigazos al día, cuando el encade-
namiento de los hechos de este universo lo trajo
a usted hasta aquí para rescatarnos”.

“Y bien, mi querido Pangloss —le dijo Cán-
dido—, ¿cuando usted fue ahorcado, disecado,
apaleado y condenado a las galeras, pensaba
que todo iba de la mejor manera en el mundo?”.

“Sigo siempre fiel a mi primer sentimiento —respondió Pangloss—, pues finalmente soy filósofo, y no me conviene desdecirme. Leibniz no podía equivocarse, la armonía preestablecida, por otra parte, es la cosa más bella del mundo, así como lo lleno y la materia sutil”.

CAPÍTULO XXIX

CÓMO CÁNDIDO ENCONTRÓ A CUNEGUNDA Y A LA VIEJA

Mientras Cándido, el barón, Pangloss, Martín y Cacambo contaban sus aventuras, y razonaban sobre los acontecimientos contingentes o no contingentes de este universo, y discutían sobre los efectos y las causas, sobre el mal moral y el mal físico, sobre la libertad y la necesidad, sobre las consolaciones que se hallan cuando se está en las galeras de Turquía, llegaron a las orillas del Prepóntide, a la casa del príncipe de Transilvania. Las primeras personas que aparecieron fueron Cunegunda y la vieja. Extendían toallas en unas cuerdas para secarlas.

El barón se puso pálido ante tal visión. El tierno amante Cándido, al ver a su bella Cunegunda quemada por el sol, las patas de gallo alrededor de sus ojos, los pechos secos, las mejillas arrugadas, los brazos rojos y despellejados, retrocedió tres pasos, estremecido de horror, y avanzó enseguida empu-

jado por sus buenos modales. La mujer abrazó a Cándido y a su hermano. Estos abrazaron a la vieja. Y Cándido rescató a ambas.

Había una pequeña alquería por aquellos alrededores. La vieja le propuso a Cándido que se instalara allí mientras el rumbo de todo el grupo se resolviera. Cunegunda no sabía hasta qué punto era fea, pues nadie se lo había advertido. Con un tono tan tajante le recordó a Cándido sus promesas, que este no se atrevió a rechazarla. Él le transmitió entonces al barón su propósito de casarse con su hermana. “Jamás sufriré —dijo el barón— una tal bajeza de parte de ella y una insolencia tan grande como la suya. Esta infamia nunca se me reprochará, pues los hijos de mi hermana no podrán entrar en los capítulos de Alemania. No, mi hermana solo podrá desposarse con un barón del Imperio”. Cunegunda se arrojó a sus pies y se deshizo en lágrimas. Pero el barón fue inflexible. “Miserable —le dijo Cándido—, te liberaré de las galeras, pagué tu rescate, pagué el de tu hermana. Ella lavaba escudillas y es fea, he tenido la bondad de convertirla en mi mujer, y todavía pretendes oponerte a ello. Te volvería a matar si me dejara llevar por la rabia”. “Puedes volverme a matar —dijo el barón—, pero mientras viva no te casarás con mi hermana”.

CAPÍTULO XXX

CONCLUSIÓN

Cándido, en el fondo de su corazón, no tenía gana alguna de casarse con Cunegunda. La extrema impertinencia del barón, sin embargo, lo determinaba a consumir el matrimonio. Cunegunda, por su lado, lo acosaba tanto, que él no podía dar vuelta atrás. Consultó a Pangloss, a Martín y al fiel Cacambo. Pangloss elaboró una excelente disertación en la cual demostraba que el barón no tenía ningún derecho sobre su hermana. Ella podía, bajo todas las leyes del Imperio, casarse con Cándido mediante el matrimonio de la mano izquierda.⁴⁸ Martín propuso simplemente que el barón fuese arrojado al mar. Cándido pensaba que era mejor devolverlo al cómitre y a las galearas, después de lo cual se le mandaría a Roma, al padre general, en el primer navío que se presentara. Tal propuesta fue considerada la mejor. La vieja la aprobó. No se le dijo nada a la hermana y

el asunto se ejecutó con algo de dinero. Así tuvieron el placer de atrapar a un jesuita y castigar el orgullo de un barón Alemán.

Era natural imaginar que ocurridos tantos desastres, Cándido, casado con su amada, y viviendo con el filósofo Pangloss, el filósofo Martín, el prudente Cacambo y la vieja, y habiendo traído tantos diamantes de la patria de los antiguos Incas, pudiera llevar la vida más agradable del mundo. Pero se vio tan estafado por los Judíos, que solo le quedó su pequeña alquería. Su mujer, cada día más fea, se volvió huraña e insoportable. La vieja estaba tullida y su humor se hizo más agrio que el de Cunegunda. Cacambo, que trabajaba en el jardín e iba a vender las legumbres a Constantinopla, maldecía su destino excedido por el trabajo. Pangloss estaba desesperado por no brillar en alguna universidad de Alemania. Martín seguía firmemente persuadido de que en todas partes se estaba igual de mal, y tomaba las cosas con paciencia. Cándido, Martín y Pangloss discutían a veces de metafísica y moral. A menudo veían pasar bajo las ventanas de la alquería barcos cargados de efendis, de bajás, de cadíes que se enviaban al exilio a Lemnos, a Mitilene, a Erzerum. Veían venir otros cadíes, otros bajás, otros efendis⁴⁹, que ocupaban el lugar de los expulsa-

dos y que eran expulsados a su vez. Veían cabezas rellenas de paja que debían presentar ante la Sublime Puerta. Estos espectáculos aumentaban las disertaciones. Y cuando no discutían, el tedio se volvía tan excesivo que la vieja se atrevió a decirles un día: “Quisiera saber qué es lo peor: si ser violada cien veces por piratas negros, tener una nalga rebanada, pasar por las baquetas entre los Búlgaros, ser azotado y ahorcado en un auto de fe, ser disecado, remar en una galera, padecer todas las miserias por las cuales hemos pasado, o quedarnos aquí sin hacer nada”. “Es una gran pregunta”, dijo Cándido.

Estas palabras suscitaron nuevas reflexiones. Martín, sobre todo, concluyó que el hombre había nacido para vivir en las convulsiones de la inquietud, o en el letargo del tedio. Cándido no estaba de acuerdo, pero tampoco proponía algo distinto. Pangloss confesaba que siempre había sufrido horriblemente, y como sostuvo una vez que todo iba de maravillas, lo seguía sosteniendo, aunque no creyera en nada de eso.

Una cosa acabó por confirmar a Martín en sus detestables principios, hizo vacilar más que nunca a Cándido, y tornó confuso a Pangloss. Sucedió que un día Paquette y el fraile Giroflé llegaron a la alquería en la más extrema miseria. Bien

pronto se habían tragado las tres mil piastras, se habían dejado, se habían vuelto a juntar, se habían peleado de nuevo, habían sido encarcelados, se habían escapado y, finalmente, el fraile Giroflé se había hecho turco. Paquette continuaba su oficio por todas partes y no ganaba casi nada. “Yo ya había previsto —dijo Martín a Cándido— que sus obsequios serían pronto disipados y solo los tornarían aún más miserables. Usted y Cacambo han tenido millones de piastras y no fueron más felices que el padre Giroflé y Paquette”. “¡Ah, ah! —dijo Pangloss a Paquette—, ¡el cielo la trae a nosotros, pobre niña mía! ¿Sabe usted que me ha costado la punta de la nariz, un ojo y una oreja? ¡Qué cosas suceden! ¡Qué mundo este!”. Y esta nueva aventura los indujo a filosofar más que nunca.

En los alrededores había un derviche⁵⁰ muy célebre que pasaba por ser el mejor filósofo de Turquía. Fueron a consultarlo. Pangloss se encargó de hablar y le dijo: “Maestro, le rogamos que nos diga ¿por qué un animal tan extraño como es el hombre ha sido creado?”.

“¿Y por qué te mezclas en eso? —dijo el derviche—, ¿es asunto tuyo?”. “Pero, reverendo padre —dijo Cándido—, hay demasiado mal sobre la tierra”. “¿Qué importa —dijo el derviche—

que haya mal o bien? ¿Cuando Su Alteza envía un barco a Egipto se preocupa de que los ratones que van en el navío estén cómodos o no?”. “¿Qué se debe hacer entonces?”, dijo Pangloss. “Callarse”, dijo el derviche. “Yo esperaba —dijo Pangloss— que razonáramos un poco sobre los efectos y las causas, sobre el mejor de los mundos posibles, sobre el origen del mal, sobre la naturaleza del alma y sobre la armonía preestablecida”. El derviche, ante esas palabras, les cerró la puerta en las narices.

Durante esta conversación, se expandió la noticia de que en Constantinopla acababan de estrangular a dos visires del banco y al muftí, y que habían empalado a varios de sus amigos. Esta catástrofe ocasionó mucho alboroto durante algunas horas. Pangloss, Cándido y Martín, al regresar a la pequeña alquería, encontraron a un buen viejo que tomaba el sereno junto a su puerta, a la sombra de unos naranjos. Pangloss, que era tan curioso como amante del razonamiento, le preguntó cómo se llamaba el muftí estrangulado. “No sé nada de eso —respondió el buen hombre—. Nunca he sabido el nombre de ningún muftí, ni de ningún visir. Ignoro del todo la aventura de la que me habla. Presumo, en general, que aquellos que se mezclan en los asuntos públicos perecen a veces de manera mise-

rable, y que tal fin acaso lo merecen. No obstante, jamás me informo de lo que ocurre en Constantinopla. Tan solo me contento con enviar y vender allí las frutas que cultivo en mi jardín”. Dichas estas palabras, hizo entrar a los extranjeros en su casa. Sus dos hijas y sus dos hijos les ofrecieron varios tipos de sorbetes que ellos mismos hacían: kaimac con corteza de cidra confitada, naranjas, limones, piñas, pistachos, café de Moka que aún no había sido mezclado con el mal café de Batavia y de las islas. Después de lo cual las dos hijas de este buen musulmán perfumaron las barbas de Cándido, de Pangloss y de Martín.

“¿Debe tener usted —dijo Cándido al Turco— una vasta y magnífica propiedad?”. “Sólo tengo veinte *arpents*⁵¹ —respondió el Turco—. Las cultivo con mis hijos. El trabajo nos aleja de tres grandes males: el tedio, el vicio y la necesidad”.

Cándido regresó a su alquería y reflexionó profundamente sobre las palabras del Turco. Dijo a Pangloss y a Martín: “Me parece que ese buen anciano ha escogido un mejor destino que el de los seis reyes con quienes tuvimos el honor de cenar”. “Las grandezas —dijo Pangloss— son bastante peligrosas, según lo dicho por todos los filósofos. Pues finalmente, Eglón, rey de los Moabitas, fue asesinado por Aod. A Absalón lo colgaron de los

cabellos y lo atravesaron con tres dardos. El rey Nadab, hijo de Jeroboam, murió a manos de Baasa. El rey Ela, de Zambri; Ocosias, de Jehú; Atalía, de Joaida. Los reyes Joaquín, Joconias y Sedecias fueron esclavos. ¿Ya saben cómo perecieron Creso, Astiajes, Darío, Dionisio de Siracusa, Pirro, Perseo, Aníbal, Yugurta, Ariovisto, César, Pompeyo, Nerón, Otón, Vitelio, Domiciano, Ricardo II de Inglaterra, Eduardo II, Enrique VI, Ricardo III, María Estuardo, Carlos I, los tres Enriques de Francia, el emperador Enrique IV? ¿Saben ustedes...”. “Sé también —dijo Cándido— que es preciso cultivar nuestro jardín”. “Tiene razón —dijo Pangloss—, ya que cuando el hombre fue puesto en el jardín del Edén, se le puso allí *ut operaretur eum*⁵², para que trabajase en él. Lo que prueba que el hombre no ha sido creado para el descanso”. “Trabajemos sin razonar —dijo Martín—, es el único modo de soportar la vida”.

Toda la pequeña sociedad se encaminó entonces hacia este loable designio. Cada uno ejerció sus talentos. El pequeño pedazo de tierra produjo mucho. Cunegunda en realidad era cada vez más fea, pero se convirtió en una excelente pastelera. Paquette bordaba y la vieja se ocupó de la ropa blanca. Todos eran útiles, hasta fray Giroflé que llegó a ser un buen carpintero y devino un

hombre honesto. Pangloss decía a veces a Cándido: “Todos los acontecimientos están encadenados en el mejor de los mundos posibles. Si usted no hubiera sido expulsado a patadas de un hermoso castillo por el amor de la señorita Cunegunda, si no hubiera caído en medio de la Inquisición, si no hubiera recorrido América a pie, si no le hubiera dado una buena estocada al barón, si no hubiera perdido todos sus corderos del buen país de Eldorado, no estuviera aquí comiendo cidras confitadas y pistachos”. “Eso está bien dicho —respondió Cándido—, pero hay que cultivar nuestro jardín”.

NOTAS

- 1 Referencia paródica al escritor norteamericano James Ralph (1698-1762). Ralph se instaló en Inglaterra en los años en que Voltaire vivió en este país.
- 2 Se trata de un nombre burlesco y de sonidos ásperos con el que Voltaire alude al poco gusto que tuvo siempre por la lengua alemana. A pesar de su estancia en Prusia y a las numerosas amistades y enemistades que hizo allí, Voltaire jamás llegó a dominar el alemán.
- 3 Pangloss, según Carlos Pujol, es un nombre de desinencia alemana formado por dos raíces griegas que significan “todo” y “lengua”.
- 4 En *itálica* en el original. Esta misma anotación para todos los pasajes que aparezcan en este tipo de letras en el texto.
- 5 Los Búlgaros son los prusianos, y los Ávaros, que aparecen más adelante, son los austriacos y los húngaros. Para otros, los Ávaros son los franceses. De este modo Voltaire se refiere a dos de los bandos enfrentados en la Guerra de los Siete Años (1756-1763), guerra que sirve de marco histórico para *Cándido o el optimismo*.
- 6 De este color era el uniforme de los soldados prusianos.

- 7 Aquí se presenta uno de los muchos y a veces inesperados cambios verbales, del pasado al presente y viceversa, que manifiesta la escritura de Voltaire en *Cándido o el optimismo*. Ellos, repito, se han respetado a lo largo de la traducción.
- 8 Alusión a Federico II, Emperador de Prusia. La referencia, en medio de la ironía sobre la guerra de que trata el capítulo, es respetuosa. Voltaire agradecía así los buenos tratos que recibió de este monarca, pese a las grandes diferencias ideológicas que al final de sus vidas habrían de tener.
- 9 Moneda de oro portuguesa que equivalía a unos veintisiete chelines.
- 10 *Pistoles* es el nombre francés que se le da al escudo español.
- 11 Vean la extrema discreción del autor: hasta el presente no ha habido un papa llamado Urbano X. El autor teme atribuir una bastarda a un papa conocido. ¡Qué circunspección!, ¡qué delicadeza de conciencia! (Nota de Voltaire).
- 12 Sultán de Marruecos (1646-1727) que pacificó su país ayudado por un ejército de negros esclavos. A su muerte, Marruecos entró en una nueva fase de guerras civiles que duraron más de treinta años.
- 13 “¡Oh, qué desgracia estar sin c...!”.
- 14 Probable alusión de Voltaire al célebre castrati Carlo Broschi, llamado Farinelli (1705-1780). Con este fragmento de *Cándido* Voltaire se une a las denuncias de su tiempo contra este infame comercio estetizante.

- 15 Eldorado es el país que los conquistadores españoles del siglo xvi imaginaron. Lo situaban entre el Orinoco y el Amazonas. Suponían que allí se habían refugiado, con sus invaluable tesoros, los últimos incas. Eldorado define, a su vez, una de las geografías utópicas de América. Voltaire retoma en *Cándido* ambas tendencias.
- 16 El detalle es anacrónico ya que los incas no conocieron la rueda.
- 17 Se considera que estos corderos coloridos son llamas.
- 18 Véase el *Código negro* publicado bajo mandato de Luis XIV, en 1685, donde se precisa el modo en que debían ser tratados los negros en los ingenios de las colonias francesas.
- 19 Voltaire había leído en *Del espíritu* de su amigo Claude-Adrien Helvétius, obra recibida por el escritor el 18 de octubre de 1758, el siguiente pasaje que inspira, a su vez, este encuentro con el negro en Surinam: “Convendremos que no llega barrica alguna de azúcar a Europa que no esté teñida de sangre”.
- 20 Se llamaban socinianos a los seguidores de Socini, un reformador religioso italiano del siglo xvi. Los socinianos negaban la divinidad de Cristo y de la Trinidad y se inclinaban por una interpretación racional de las santas escrituras.
- 21 El maniqueísmo es una doctrina propuesta por Manes en el siglo iii. El maniqueo se explica el universo a partir de la lucha entre dos principios: el bien y el mal. Voltaire se interesó bastante por

esta doctrina y le dio un tratamiento literario en su novela corta *Lo blanco y lo negro*.

- 22 Las aventuras de Martín en París se basan en las que vivió Voltaire. La canalla que escribe está representada por Pierre-François Guyot Desfontaines y otros. La canalla intrigante es sobre todo la eclesiástica que Voltaire denuncia con claridad en sus *Memorias*. La canalla convulsionaria se refiere a los jansenistas que se daban a escenas de convulsión frente a la tumba de San Medardo entre 1727-1732.
- 23 Probable alusión a los comentarios que *Mahoma* de Voltaire recibió de la crítica, en su estreno en París en 1742. Esta obra transcurre en La Meca.
- 24 Voltaire no creía en las ideas innatas de Descartes. Pensaba, como Locke, que las ideas de espacio y tiempo se debían a las sensaciones.
- 25 La palabra designa a un tipo de periodista muy de moda entonces que escribía folletines de dieciséis páginas.
- 26 Elie Fréron (1719-1776), periodista y crítico literario enemigo de Voltaire.
- 27 Joseph Trublet (1697-1770), canónigo de Saint-Malo, publicó *Ensayos de literatura y de moral* donde ataca a Voltaire.
- 28 Alusión a las obras de Racine.
- 29 Alusión a las de Corneille.
- 30 Alusión a las de Crebillon, gran enemigo de Voltaire en el ámbito del teatro.

- 31 Después del atentado de Robert François Damiens, oriundo de Atrebasia, contra Luis XV, en 1757, se detuvo en París a todos los extranjeros.
- 32 El 14 de mayo de 1610 François Ravaiillac asesinó a Enrique IV. El 27 de diciembre de 1594 Jean Chatel hirió a este mismo monarca.
- 33 Es en este pasaje donde Eldorado adquiere en *Cándido o el optimismo* su verdadero sentido utópico: como ese lugar perfecto y armónico que no existe.
- 34 La orden de los teatinos se fundó en Italia en el siglo XVI por Gian Petro Carafa. Se establecieron en Francia en 1642 y obtuvieron el apoyo de Jules Mazarin. Entre sus integrantes, Voltaire contaba con un gran enemigo: el obispo Jean François Boyer.
- 35 En italiano Pococuranté significa “el que poco se preocupa”. Este personaje es acaso uno de los mejores exponentes literarios del tedio. Voltaire gustaba compararse con este Pococuranté y sin duda muchos fueron los momentos en que el escritor pensaba del mundo y sus criaturas y sus goces como el amargo sabio veneciano. Pero el remedio contra el tedio, padecimiento abismal de los exquisitos y ociosos, es el trabajo. Tal es el consejo que presenta *Cándido o el optimismo* hacia el final en la voz de Martín: el trabajo protegerá del tedio, del vicio y de la necesidad.
- 36 Voltaire permaneció siempre fiel a la simplicidad expresiva de la música de Lully. No entendió la complejidad contrapuntística de Rameau y se hastió de los refinamientos virtuosos del bel canto italiano.

- 37 Las opiniones literarias de Pococuranté son las mismas de Voltaire. Lo que dice el veneciano de Homero, de Virgilio, de Torcuato Tasso, de Ludovico Ariosto, de John Milton son casi las mismas que aparecen en su *Ensayo sobre la poesía épica*, escrito en 1727.
- 38 De hecho, Horacio es el autor que más cita Voltaire en su correspondencia.
- 39 Sultán de Turquía de 1703 a 1730. Destronado por los jenízaros, murió en 1736.
- 40 Iván VI fue proclamado Zar de las Rusias al nacer en 1740. Fue destronado en 1741 en beneficio de Elizabeth, hija de Pedro el Grande. Se exilió y luego fue asesinado en 1764.
- 41 Carlos Eduardo (1720-1766), hijo y nieto de reyes. Intentó en vano apoderarse de la corona inglesa en 1745. Murió en Roma.
- 42 Se trata de Augusto III, elector de Sajonia y rey de Polonia. Fue expulsado de su reino en 1756 por Federico de Prusia.
- 43 Referencia a Estanislao Leczinski (1677-1766) quien perdió dos veces el reino de Polonia, en 1709 y en 1735. Fue amigo de Voltaire.
- 44 El barón Teodoro de Neuhof (1690-1756), aventurero alemán al servicio de Suecia y de Austria. Fue proclamado rey de Córcega. Encarcelado por deudas, murió en Inglaterra.
- 45 Francisco Leopoldo Ragotski (1676-1735), rey de Transilvania en Hungría. Al ser destronado pasó

por Polonia y luego por Francia. Se retiró a Turquía donde murió.

- 46 Juez musulmán encargado de asuntos policivos.
- 47 Frédéric Deloffre, en sus notas críticas sobre *Cándido o el optimismo*, explica que Voltaire establece en este pasaje un anacronismo voluntario: las devotas musulmanas no son admitidas en el interior de las mezquitas y menos para decir padrenuestros.
- 48 Puede entenderse de tres maneras esta alusión matrimonial. La primera consiste en el matrimonio contraído entre una mujer noble y un hombre de estrato inferior, o viceversa. La segunda se refiere a la modalidad misma del casamiento. En la época de Voltaire el esposo daba a la esposa la mano izquierda en lugar de la derecha, durante la bendición sacerdotal, para indicar que no otorgaba su rango ni a la mujer ni a los hijos futuros. La tercera acepción tiene que ver con una forma burlesca que utiliza el texto para referirse al concubinato.
- 49 Los efendis son altos personajes del serrallo.
- 50 Los derviches son religiosos musulmanes agrupados, generalmente, en comunidades.
- 51 Antigua medida agraria equivalente a 58,47 metros. Carlos Pujol dice, en su edición crítica, que la propiedad de este anciano equivale a 42,21 hectáreas.
- 52 Para que lo cultivara (en el original en latín).

FUENTES DE LAS IMÁGENES

Carátula

Pedro Berruguete, *Auto de fe*, 1490, Óleo sobre tabla, 154 x 92 cm, Museo del Prado, Madrid, España.

Frontispicio, p. iv

Voltaire a los 70, grabado publicado en el frontispicio de su *Diccionario filosófico*, Londres, W. Dugdale, 1843.

Capítulo V, pp. 22-23

Terremoto de Lisboa, 1755. Grabado sin más datos, Museo de la ciudad de Lisboa.

Capítulo VI, pp. 30-31

Quema de condenados por la Inquisición, grabado anónimo del siglo xvii. El grabado muestra la Plaza de Comercio de Lisboa antes del terremoto de 1755.

Capítulo XVI, p. 77

Jean-Michel Moreau le Jeune (1741-1814), grabado, 1803.

Capítulos XVIII, XIX y XXV, pp. 91, 99, 145

Ilustraciones tomadas de la edición *Candide, ou l'Optimisme*, París, Sirène, 1759.